
ELOY
MORENO
EL
VIAJE

El viaje

Eloy Moreno

BANDA SONORA

Pensé que sería bonito compartir con vosotros la banda sonora de *El viaje*, por eso he creado una lista en Spotify con las principales canciones que estuvieron sonando mientras escribía esta novela.

Os dejo el nombre de la lista y un enlace QR por si os apetece escucharla mientras leéis el libro.

La lista se llama
Eloy Moreno (B.S.O. El Viaje)

Lo único necesario para que triunfe el mal es que las personas buenas no hagan nada.

EDMUND BURKE

Ahora

Hace ya varios días que me escondo tras una ventana en la segunda planta de un edificio antiguo, en una de las zonas más ricas de una ciudad que no conozco.

Desde aquí me dedico a observar la coreografía de vidas que, diariamente, desfilan por la calle. Sé, por ejemplo, a qué hora exacta abre y cierra cada una de las tiendas; a qué hora pasa el mismo ejecutivo con la misma cara de cansancio. Sé también en qué momento del día sale de uno de los portales de enfrente la misma cuidadora para pasear al mismo bebé, o el instante en que la misma pareja de siempre se despedirá con el mismo beso de siempre.

Ya conozco qué periódico comprará el anciano que vive en el tercer piso del edificio de la esquina; cuántas barras de pan traerá bajo el brazo el hombre mayor que suele ir fumando un cigarro mientras tose, o en qué momento pasará cada uno de los repartidores que suministran los productos de los pequeños y exclusivos comercios de alrededor.

Y cada día, al verlos, me doy cuenta de que no son conscientes de la suerte que tienen: ellos, de momento, pueden distinguir los colores.

Ahora mismo, la única diferencia con el resto de los días es la forma en la que estoy observando esta calle, pues hoy no la miro directamente tras el cristal; hoy, a pesar del frío, la ventana está abierta.

Esto provoca que algunos copos de nieve entren en la habitación y se vayan acumulando sobre mí, pero por otra parte me permite sacar el cañón del fusil que hasta ahora ha estado varado en el suelo.

Mi dedo se mantiene sobre un gatillo helado, mi ojo izquierdo permanece cerrado y el derecho observa fijamente a través de una

mirilla a dos figuras que, cogidas de la mano, se acaban de detener frente a un precioso escaparate, en la acera de enfrente.

Una de esas dos figuras es un hombre rubio, alto, muy alto, con unos ojos verdes tan claros que casi siempre los oculta tras unas gafas de sol. Viste gabardina negra, bufanda gris y unos zapatos demasiado caros.

La otra figura es una niña de cinco años que, amarrada a la mano del hombre, lleva un abrigo rosa, un gorro blanco y una sonrisa de esas que son capaces de deshacer la tristeza de cualquiera.

Acaba de salir del colegio y, como cada una de las tardes de esta semana, ambos se detendrán frente a una de las mejores pastelerías de la zona.

Tras unos momentos de duda, el hombre le preguntará qué le apetece. Ella observará hipnotizada todas las maravillas de azúcar que tiene delante, y acercará tanto la cabeza a los pasteles que acabará aplastando su nariz contra el cristal.

Y, como cada tarde, tras mucha indecisión, señalará con su mano el dulce elegido.

El hombre moverá afirmativamente la cabeza, siempre lo hace, y en ese momento ella lo abrazará. Y él, en el interior de ese abrazo, se sentirá la persona más afortunada del mundo. Un abrazo que debería sentir yo.

Después, a veces cogidos de la mano, a veces el uno delante del otro, los dos entrarán en la pastelería y, dependiendo de la gente que haya, tardarán entre dos y tres minutos en salir.

Una vez en el exterior, lo primero que hará la niña será llevarse el dulce a la boca. Ambos caminarán hacia un coche negro con chófer que los esperará en la esquina, a unos pocos metros.

Eso es lo que han hecho durante todos los días de esta semana, cada tarde, sin excepción. Por eso sé que el mejor momento para disparar es ahora, cuando acaban de llegar y esperan fuera, mirando el escaparate, de espaldas, totalmente desprotegidos… con la separación suficiente para no equivocarme en el objetivo.

Observo a través de la mirilla de nuevo al hombre y, después, delicadamente, porque un milímetro en mi pupila pueden ser varios metros en la calle, desvío la diana para mirarla a ella.

Y la veo allí, bajo una nieve débil, tan pequeña, tan inocente, tan lejos de mí… ofreciendo un amor que no puedo recibir yo, recibiendo ese tipo de abrazo que no puedo ofrecerle yo…

Silencio.

Respiro muy lentamente, para que mis pequeños movimientos no consigan variar el objetivo.

Ahora mismo se acaba de girar hacia el hombre, acerco el *zoom* para verla mejor…

Y justo cuando tengo su rostro centrado en el visor, ocurre algo extraño: comienzo a verlo todo borroso, confuso, como si la realidad, de pronto, se estuviera desenfocando.

* * *

Me doy cuenta de que son mis propios ojos los que están creando esa niebla en el visor: las lágrimas nunca dejan enfocar bien.

Aparto la cabeza, cierro los párpados con fuerza y dejo que las contradicciones se derrumben por mis mejillas.

Respiro profundamente, intentando que el aire me ayude a recuperar la calma necesaria. Sé que en esos momentos de duda solo hay una cosa que me puede ayudar a continuar. Por eso miro fijamente la pulsera que llevo en mi muñeca: una pulsera que nunca llegó a ser de ningún color, pero en la que aún puede leerse una palabra.

Me limpio los restos de tristeza.

Y las dudas desaparecen.

Y me hago la misma pregunta que me llevo haciendo durante tantos meses: ¿qué dura más tiempo, el odio o el dolor?

Nunca encuentro la respuesta.

Y vuelvo a apuntar con el fusil al hombre.

Y vuelvo a acariciar el gatillo.

Tiene que ser hoy, tiene que ser ahora, porque la semana que viene él ya no estará por aquí.

Llevo un tiempo siguiendo sus movimientos y la única rutina en su vida es esta: la de venir una semana al mes a recoger a la niña a la salida del colegio.

Tiene que ser hoy.

Pero mi dedo no me escucha, no se mueve.

Mientras los dos cuerpos permanecen de espaldas vuelvo a pensar en las opciones que tengo, esas que he estado analizando durante

cada uno de los días en los que me he asomado a esta ventana.

La primera sería no disparar, poniéndome como excusa a mí mismo que hay una posibilidad de que no sea él, de que quizás mis ojos se confundieron, de que todas las pistas que encontré en aquella casa de madera estaban equivocadas. Y dejar así que sus futuros continúen deslizándose a través del azar.

Desaparecer de sus vidas y asumir que nada de lo que haga podrá cambiar el pasado.

Eso significaría, claro, asumir también que el dolor nunca desaparecerá, que, a pesar de todo, siempre estará ahí, latente, esperando el momento en que un pequeño recuerdo lo traiga de vuelta.

Por otra parte, podría también hacerle trampas a la mente e imaginar que nunca ocurrió nada, que no fue él, que ese hombre nunca se la llevó… El problema es que uno no se puede engañar eternamente.

La segunda opción sería dispararle.

Un disparo certero en la cabeza, por la espalda, sobre un objetivo inmóvil, a muy pocos metros de distancia, fácil… pero tengo tanto miedo de darle a ella…

Además, tampoco sé si eso resolvería algo, si eso compensaría suficientemente lo ocurrido para poder equilibrar la situación: ninguna bala ha podido cambiar el pasado. Pero ese disparo, su muerte, sé que me daría una cierta calma, me dejaría respirar, me devolvería una pequeña sensación de justicia.

Aprieto un poco más el gatillo: tengo que decidirme antes de que entren, mientras ambos están frente a la pastelería, más o menos separados, y no hay probabilidad de equivocarme de cuerpo.

Por lo ocurrido los días anteriores, tengo unos minutos de margen.

Y aun así dudo.

Dudo porque no confío del todo en mi puntería. Tiemblo yo.

Y tiembla mi dedo.

La nieve continúa entrando por la ventana y, copo a copo, se va acumulando sobre unos pies, los míos, que parecen anclados al suelo.

Respiro profundamente para conseguir estar tranquilo, porque cuanto más mueva la diana, más fácil será equivocarme.

Creo que ahora mismo mi inestabilidad mental es lo único que me mantiene en un cierto equilibrio, lo único que me mantiene aquí, en pie.

Silencio.

Desde esta ventana no se escucha ningún ruido, nada. Me coloco de nuevo.

Dedo en el gatillo. Ojo en el visor.

Noto el aire frío arrastrándose hasta mis pulmones, como un erizo rozándome por dentro.

Miro mi muñeca.

Y la palabra que leo en la pulsera es la gasolina que lo mueve todo.

* * *

EL VIAJE

Es bastante difícil no ser injusto con lo que uno ama.

OSCAR WILDE

Un mes antes

Un vehículo lleva circulando casi una hora por los intestinos de un bosque cubierto de nieve y silencio. En su interior van tres hombres en busca de respuestas y venganza.

—Creo que es ahí delante, justo en aquel claro… —dice uno de ellos señalando un lugar donde los árboles se han apartado para dejar paso a una inmensa alfombra de nieve oscura.

El vehículo avanza lentamente por un camino que a cada metro se va estrechando, como si el propio bosque abriese la boca para tragárselos. Cada vez que una placa de hielo cruje, todos sienten un escalofrío que les hace tragar saliva.

Tras pasar bajo un arco de madera sobre el que aún puede leerse la palabra *Bienvenidos*, acceden a un pequeño aparcamiento que parece un cementerio de vehículos. Hay una camioneta blanca con los cristales rotos y las ruedas deshinchadas; a su lado, una pequeña máquina quitanieves de un color amarillo oxidado, y a unos metros de esta, varias furgonetas negras abandonadas.

El vehículo se detiene junto a una de las furgonetas y, desde allí, observan dos escenarios. En la parte izquierda destacan sobre la nieve varios columpios de colores junto a los restos de lo que pudo ser un castillo hinchable. Unos metros más atrás puede distinguirse un parque de aventuras instalado entre los árboles, aunque la mayoría de las cuerdas cuelgan ya rotas o muertas, acariciando el suelo. En la parte derecha hay un gran edificio de madera de dos plantas, todas sus ventanas están cerradas.

Los tres hombres bajan del coche, armados. Comprueban varias veces todo su alrededor y, lentamente, hundiendo sus huellas en la nieve, se dirigen hacia la entrada de lo que parece ser un hotel rural. Descubren que tiene la puerta principal rota, casi partida por la mitad.

Ninguno de ellos lo admitirá, pero caminan con miedo, como si de un momento a otro se fuera a deshacer el suelo.

Tras muchos pasos se detienen a la entrada y, desde fuera, se asoman a un interior que almacena oscuridad.

Encienden sus linternas.

Nada más acceder se encuentran una barra que hace las veces de recepción. Sobre ella, y esparcidos por el suelo, descubren cientos de folletos turísticos. Hay también una estantería de madera dividida en secciones que contiene varios juegos de llaves.

Continúan caminando hacia un gran espacio que parece ser sala de estar y comedor a la vez. Uno de ellos, con la linterna y el arma por delante, se acerca a la pared lateral más cercana y aprovecha para abrir varias de las ventanas. Un sonido desgastado rompe el silencio del lugar y, poco a poco, como si al sol también le diera miedo entrar allí, comienza a iluminarse suavemente la estancia: millones de motas de polvo flotan a su alrededor.

Descubren que la mitad del espacio está ocupado por pequeños sofás individuales o de dos plazas, algunos de ellos dispuestos en círculo alrededor de una chimenea. En cambio la otra mitad está cubierta por mesas y sillas, la mayoría tiradas por el suelo. En alguna de las mesas que aún quedan en pie pueden ver platos con restos de comida que ya ha sido devorada por los gusanos. El olor es desagradable.

—Tuvieron que salir corriendo —dice en voz baja uno de los hombres.

—Eso nos va a dar una oportunidad —contesta su compañero en el mismo instante en que escuchan un ruido extraño, como un golpe.

Silencio.

Uno de ellos, sin apenas moverse, les señala con el dedo índice para indicarles que el sonido ha venido de la planta superior.

Todos asienten.

—Subimos nosotros dos y tú te quedas aquí… —susurra su compañero mientras hace señas con la mano.

Uno de los hombres pone un pie en el primer escalón y, al levantarlo, este emite un pequeño sonido.

—Mierda… —se dice en voz baja a sí mismo.

—Pisa por los extremos de las maderas, a ver si así no crujen tanto… —le comenta casi al oído el compañero.

—Mejor —responde.

Y mientras dos hombres suben al piso de arriba, armas en mano, el tercero se queda en la parte inferior de la escalera, vigilando.

* * *

Un año antes

En la terraza de uno de los clubes de golf más exclusivos de la zona, dos hermanos, hijos del dueño de una de las principales empresas del país, están sentados en unas hamacas disfrutando de las vistas del hoyo 18.

Ambos, ocultando sus miradas bajo gafas de sol, observan cómo una chica con polo rosa y minifalda blanca se agacha para recoger la bola que acaba de meter en el hoyo después de varios intentos desde el green.

—No es muy buena jugando al golf —dice uno de los hermanos.

—Creo que con esa minifalda no necesita serlo —le contesta el otro.

—He estado contando… y ha hecho exactamente seis putts en un par tres. Mal, muy mal.

—No es en eso en lo que me he estado fijando yo —contesta el mayor mientras sonríe.

La joven desaparece junto a un chico que la está esperando en un buggy. Los hermanos continúan observando a la siguiente pareja que avanza hacia el green: un hombre enorme, malhumorado, de aspecto y bigote descuidados, que lleva toda la vida en el club. Junto a él va una mujer con el pelo naranja, gafas de pasta gigantes y unas piernas más delgadas que sus propios palos.

Es ella la primera que llega al green y en dos golpes mete la bola en el hoyo. Saca la bandera y ahora espera a que su marido, sudando, golpee también la bola.

Nada.

Otro golpe.

Nada.

Otro golpe.

La bola no quiere entrar y el hombre lanza el palo contra el suelo.

—Ya están ahí los de siempre… haciendo las tonterías de siempre… —comenta el mayor mientras deja la copa en la mesa y se baja las gafas de sol.

Se queda mirando a su hermano fijamente.

—Creo que dentro de nada es el cumpleaños de alguien… —sonríe.

—¡No te has olvidado!

—¿Me he olvidado alguna vez?

—¡Nunca, nunca! Nunca te has olvidado.

—Exacto. Nunca me he olvidado.

—¿Y qué me vas a regalar? ¿Qué me vas a regalar? —pregunta entusiasmado.

—¿Qué es lo que te regalo siempre?

—¡Un viaje! —contesta su hermano incorporándose lentamente en su silla.

—Exacto. Ese será tu regalo, pero esta vez será un viaje especial, muy especial —le dice en voz baja, para añadir misterio a la situación.

—Siempre son especiales —sonríe.

—Sí, pero este es tan especial que me apostaría uno de tus coches a que ninguno de los miembros del club lo ha hecho jamás.

—¿Está lejos?

—Ya lo verás.

—Claro, claro… —contesta el hermano moviendo la cabeza afirmativamente—. ¿Y es caro?

—Muy caro, sin duda será el viaje más caro que hemos hecho juntos.

—Genial. Pero… ¿está muy lejos? ¿Cuántas horas? —insiste.

—Ya lo verás.

—¿Cuántos días va a durar el viaje?

—No muchos. La primera parte, dos o tres días; la segunda, todo lo que queramos.

—¡Hay dos partes! —sonríe.

—Sí, en la segunda parte nos iremos a alguna playa de esas de agua transparente y arena fina para pasar tiempo juntos. Solos tú y yo, sin que nadie nos moleste, sin reuniones, sin horarios… como cuando éramos pequeños y guardábamos secretos.

—¿Este viaje es un secreto? —pregunta acercándose a su hermano mayor.

—No, a ver… que vayamos a hacer un viaje no es un secreto; en cambio, el lugar al que vamos a ir sí. Eso sí es un secreto.

—Pero… yo no sé guardar secretos… —se lamenta.

—Por eso no sabrás a dónde vamos hasta que hayamos llegado.

—Yo no sé guardar secretos… —se insiste a sí mismo.

—Ya lo sé, ya lo sé. Será un viaje maravilloso, ya lo verás… —le dice volviéndose a poner las gafas de sol y tumbándose de nuevo en la hamaca.

El hermano pequeño se queda durante unos instantes mirando a la nada, sonriendo… intentando imaginar cuál será el lugar elegido en esta ocasión.

* * *

Un año antes

En una céntrica pastelería de París, uno de los rostros y cuerpos más conocidos de internet está a punto de transmitir en directo cómo se toma uno de los cafés más caros de toda la ciudad. Se ha maquillado para la ocasión, ha elegido la ropa perfecta y le ha dado el móvil a su asistenta personal para que comience a grabar.

—Tres, dos, uno… vamos —le dice la mujer a la influencer.

—Chicos, chicas, estamos en una de las mejores cafeterías de todo París, podríamos decir de toda Francia. Acabamos de entrar y hemos pedido su especialidad. Como veis, toda la decoración es maravillosa y las vistas… ¿Qué os parecen estas vistas? —dice mientras el móvil comienza a enfocar la parte exterior del establecimiento.

»¡Bueno, aquí viene, aquí viene! —casi grita a la cámara mientras su asistenta le da una patada a la camarera para que se acerque por la parte izquierda y así dejar que el lado derecho de la influencer, el bueno, sea el que salga en pantalla.

»Pues vamos a ver si es verdad eso que dicen de que aquí se puede tomar el mejor café de Francia. Vaya, ¡mirad!, y viene con unas pastas monísimas, da pena hasta comérselas. Pero habrá que probarlas.

Su asistenta hace *zoom* sobre una de las pequeñas galletas y lentamente mueve el móvil hacia el rostro de la chica que se lleva tímidamente una a la boca.

—Maravilloso, maravilloso —susurra como si estuviera sintiendo un orgasmo en silencio.

Tras unos segundos, se limpia ligeramente los labios con una servilleta rosa y se acerca la taza de café.

—Bueno… ahora viene el momento importante. ¡Estoy hasta nerviosa! Vamos a ver si es verdad lo que dicen… —susurra a cámara mientras da un pequeño sorbo de café y cierra los ojos.

Silencio.

Se deja querer.

—Increíble… Creo que sí… creo que podemos decir que es el mejor café que he probado en mi vida. Puedo notar un sabor a… a naturaleza… Vale la pena cada euro invertido. Solo por este café vale la pena el viaje a París, os lo aseguro.

Se limpia ligeramente la espuma que le ha quedado en los labios con su propia lengua.

—Bueno, pues voy a continuar mi viaje para poder mostraros esos lugares que yo considero imprescindibles. Y recordad que solo os voy a recomendar sitios que a mí me gusten, todo real. Yo no soy como esas otras influencers a las que compran con regalos o con dinero para que digan cosas buenas de un establecimiento. Todo en esta cuenta es auténtico.

El móvil deja de grabar y al cabo de unos pocos segundos todo queda subido a la red social de turno.

En apenas unos minutos el vídeo tiene más de cinco mil me gusta y unos mil comentarios.

—¿Cómo ha quedado? —le pregunta la influencer a su asistenta.

—¡Genial! —le contesta la mujer sin dejar de actualizar la publicación para ver cómo aumentan los *likes*.

—Sí, pero la idiota de la camarera casi lo estropea, iba a acercarse por el lado equivocado.

—Ya me he dado cuenta y le he advertido: le he dado una patada —se ríen.

—¡Qué haría sin ti!

La asistenta comienza a recoger el micrófono, la grabadora, el flash junto a su soporte, parte del outfit que han utilizado…

—Por cierto… —le dice la chica mientras se acaba el café—, me he enterado de un viaje…

—¿Un viaje? —le contesta la asistenta sorprendida—. Tienes la agenda complicadísima.

—Sí, ya, ya… Lo sé, lo sé, complicadísima ahora, pero las dos sabemos que igual en uno o dos años mi trabajo ya no tiene sentido.

Durante unos instantes las dos se quedan en silencio, como cada vez que hablan de un tema que se está convirtiendo en tabú entre todos los influencers del mundo.

—Bueno… —dice finalmente la chica—, con respecto al viaje, ¿no estás harta de cafeterías cursis, de desfiles de ropa que nadie se pone o de eventos vip donde siempre van los mismos? Ya sabes que me gusta hacer cosas diferentes, cosas que no hace todo el mundo. Bueno, en realidad me gusta hacer cosas que no pueda hacer todo el mundo —se ríe.

—Sí, ya lo sé… Ya lo sé, ya nos conocemos. A ver… ¿qué viaje es ese?

—Es un viaje especial, digamos que muy diferente a lo que han hecho el resto de los influencers…

—¿A dónde? ¿Quién lo patrocina? ¿Qué presupuesto hay? —pregunta.

—Bueno, a ver, no es un viaje como los otros, esta vez no nos lo paga nadie… de hecho, aunque sé que te parecerá extraño, nos lo tenemos que pagar nosotras —y se vuelve a reír.

—¿Nosotras? ¿No nos pagan? No lo entiendo.

—A ver… es un viaje algo diferente, vamos a decir que es un viaje especial.

—¿Especial? Pero ¿qué se te ha ocurrido ahora?

—Además, nada de lo que allí grabemos se podrá emitir, pero será una experiencia, algo que muy poca gente puede hacer, y ahora mismo nos sobra el dinero, ¿no? Pues… ¡vivamos!

»¡Vivamos momentos especiales!

—Me estás dando miedo —se ríe—. ¿No será peligroso, como aquella vez que por poco nos congelamos vivas en Laponia? ¿O como aquella excursión privada por el Tíbet en la que casi me dejo los pulmones?

—Bueno, no, no es para tanto. Además, hay más gente que lo ha hecho, lo que pasa es que nadie lo hace público. Todos los que han ido dicen que ha sido una experiencia increíble. Y la agencia que he

elegido tiene muy buenas opiniones. Mira… —le dice mientras alarga el brazo para enseñarle el móvil.

La mujer le coge el teléfono, se lo acerca a la cara y comienza a leer el folleto en la pantalla.

—Así vemos paisajes diferentes… —insiste la influencer.

—¿Llamas a esto paisaje? —le contesta su asistenta sin dejar de leer.

—Sí, claro, es un paisaje.

—No sé… pero tengo que reconocer que es interesante… —sonríe.

—¿Para qué nos sirve tener tanto dinero si no podemos hacer cosas exclusivas, cosas que el resto de la gente no puede?

—Bueno, déjame que averigüe quién lo organiza, qué privacidad te ofrecen, qué alojamientos nos ponen, qué nivel de lujo tendremos, qué tipo de transporte… o qué comida nos dan… No vamos a estar comiendo bocadillos, ¿verdad?

—¿Bocadillos? ¡Ni loca, antes muerta! De hecho, en el folleto pone que allí podremos visitar dos de los restaurantes más exclusivos del mundo, con chefs de estrella… Mira, mira en la parte de restauración.

—Bueno, eso ya me gusta más… ¿Y el tema del alojamiento?

—Mira, mira… —le insiste mientras pasa la pantalla del móvil y le muestra imágenes del hotel—. El hotel es increíble, y el entorno… y las habitaciones son tan grandes que podemos dormir juntas.

—Vaya… tengo que admitir que las habitaciones son preciosas.

—Entonces no es un no…

—No es un no. De momento.

Y ambas se dan un abrazo.

—Por cierto, ¿qué te parece el café? —le pregunta su asistenta.

—Una puta mierda —dice la influencer en voz alta dentro de la cafetería.

—Totalmente de acuerdo.

—Pero nos han pagado cinco mil euros por decir lo contrario.

Ambas ríen.

* * *

Un año antes

En un hemiciclo repleto de representantes de varios países, un hombre se dispone a hablar. Durante su turno de palabra aprovechará para exponer la postura de su partido ante varios de los temas que se están debatiendo en ese momento, la mayoría de ellos relativos al medio ambiente y las fuentes de energía renovables, con interés especial en la solar.

Hablará de la necesidad urgente de proteger a la naturaleza ante un ser humano depredador e incluso utilizará la palabra *asesino* en su discurso al referirse a los cientos de animales en peligro de extinción. Expondrá datos sobre el calentamiento global debido a la industria descontrolada y al cambio de paradigma en los recursos energéticos. Atacará sin piedad a las grandes corporaciones mundiales acusándolas de estar destruyendo la biodiversidad.

Y durante los más de treinta minutos de su intervención, expondrá, uno tras otro, sus planteamientos para intentar convencer al resto de los asistentes de que su partido apuesta por el respeto hacia toda forma de vida.

Se despedirá, además, con una cita del Dalai Lama.

Recuerden que nuestro propósito principal en esta vida es ayudar a otros. Y si en algún momento no somos capaces de ayudarles, al menos no debemos hacerles daño.

Tras los intensos aplausos de sus propios compañeros, dará las gracias a los asistentes y saldrá del hemiciclo lo más rápido que pueda para coger un avión privado que lo llevará a casa.

Ya en su hogar, en el interior de un dormitorio donde hace años que solo se duerme, el hombre y su esposa están preparándose para ir a la cama.

Mientras ella se lava los dientes en un inmenso baño, él, desde un vestidor que es casi más grande que la propia habitación, le habla en voz alta.

—La semana que viene vuelvo a salir de viaje —dice con una mueca de aburrimiento.

—Perfecto —le contesta su mujer intentando vocalizar las palabras con espuma aún en la boca—. Avisaré a la cocinera para que lo tenga en cuenta.

—Es otro de esos malditos viajes diplomáticos —miente—. De esos en los que nos gastamos los impuestos de todos los ciudadanos para reunirnos, dormir en hoteles de lujo y comer lo mejor posible para al final no arreglar absolutamente nada —añade él, sin tener necesidad de hacerlo.

—Ya… —dice ella mientras se seca la boca con la toalla sabiendo que le está mintiendo y que en realidad el motivo del viaje será el de continuar aumentando esa colección que ella detesta, la que tiene en esa inmensa sala a la que solo las personas *más importantes* pueden acceder.

—No serán más de tres o cuatro días, quizás cinco si vemos que se complican las negociaciones y no llegamos a ningún acuerdo —insiste.

—Bien —contesta su mujer mientras sale del baño y se dirige a la cama.

Una vez allí, abre uno de los cajones de la mesita, coge un libro y enciende una pequeña luz.

El hombre le dice un *buenas noches* que hace tiempo que no acompaña con un beso, se introduce en el otro extremo de la cama y se coloca un antifaz. Se tumba lentamente, dándole la espalda, intentando no tocarla: no lo soportaría.

Odia, además, esa manía de ella de ponerse a leer antes de dormir y mantener la luz encendida. Él, para descansar, necesita oscuridad absoluta.

Es cierto que podría dormir en cualquiera de las otras habitaciones, pero hay demasiada gente en casa y de momento deben guardar las formas.

En el interior de la completa oscuridad que le proporciona su antifaz, el hombre comienza a visualizar cómo será cada uno de los próximos días.

No es la primera vez que hace un viaje de ese tipo y aun así siempre le recorre una emoción por dentro que no sabría describir.

Él, que está acostumbrado a coger cientos de aviones al año, acostumbrado a cruzar océanos, acostumbrado a dormir cada día de la semana en una ciudad distinta… aún sigue sintiendo algo especial con este tipo de aventuras. Durante cuatro o cinco días nadie sabrá dónde estará, nadie podrá localizarlo.

Comienza a repasar mentalmente todo lo que debe llevar: una pequeña maleta con la ropa básica; unos prismáticos, los mejores; mucho dinero en efectivo y, sobre todo, ese pasaporte falso que siempre le ha funcionado. No estaría bien que alguien se enterara de que él, un diplomático de tan alto nivel, ha formado parte de un viaje así.

Piensa, mientras intenta dormir, en que dentro de poco podrá aumentar su colección privada. Esa que tiene en la sala en la que casi nadie puede entrar.

Nadie comprendería que una persona como él tuviera una colección tan…, digamos, políticamente incorrecta, tan incoherente con sus propios discursos. *La gente no entiende que las personas estamos hechas de contradicciones*, se dice a sí mismo.

Piensa también en lo frustrante que es tener un museo que no puede enseñar a casi nadie.

* * *

Un año antes

Un hombre con exceso de kilos y defecto de amabilidad acaba de sentarse en la terraza de un exclusivo hotel que está a apenas dos metros del mar. Ha pedido una copa —ya es la tercera— y, nervioso, se dispone a abrir el portátil para leer la crítica de una de las revistas más prestigiosas.

EN CAÍDA LIBRE

Efectivamente, Morrison se ha quedado sin ideas, parece haber olvidado que las películas sirven para contar historias, no para aburrir al público en una cinta de dos horas y media.

Se ha apuntado a la moda del cine de los últimos años, que consiste en gastarse todo el presupuesto, en su mayoría ya subvenciones, en largos sin trama, absurdos. Refritos que intentan repetir taquillazos que nunca llegan.

En esta ocasión, Morrison pretende contar una historia sobre algo que parece que desconoce, no vale con leer en internet cuatro cosas sobre un lugar que estoy seguro ni siquiera ha visitado.

Si Morrison me acepta un consejo, debería investigar más, meterse en el barro… No se puede hacer una película sobre Roma sin haber pisado Italia, no se puede hacer una película sobre los suburbios de una ciudad montado en una limusina.

Si no me salí del cine no fue por ganas, fue porque quería ver si el final nos deparaba alguna sorpresa que me compensara las más de dos horas perdidas allí. Pero no, desde el inicio hasta el final todo era basura.

El hombre, histérico, temblando de ira, cierra con rabia el portátil, lo coge con fuerza y lo lanza al mar.

Los testigos que hay alrededor lo miran con sorpresa y temor, todos menos los camareros del hotel, pues estos ya lo conocen.

Se bebe la copa de un trago y también la lanza contra el mar. Respira lentamente durante unos segundos y finalmente levanta la mano.

Nada más.

Los camareros ya saben que deben traerle otra lo más rápido posible.

Mientras llega esa cuarta copa piensa en aquellos inicios, en aquellos cortometrajes que carecían de presupuesto pero a los que les sobraba originalidad, frescura… todo lo que ahora mismo ha perdido.

Después vino su primer gran largo: aquella sátira política, una película audaz que se sumergía hasta el fondo en las cloacas del sistema. Y allí llegaron los primeros reconocimientos, las primeras críticas positivas.

Y también el primer taquillazo, el que nadie se esperaba por ser prácticamente una primera obra de un desconocido.

Después vinieron las nominaciones, aunque nunca los premios. Pero sí entró dinero, mucho dinero. Y, casi de forma inmediata, los primeros escándalos, y tras ellos, las primeras adicciones; como si de pronto un huracán estuviera devorando toda la vida que había soñado.

Después llegaron dos éxitos más que aumentaron su patrimonio y su mal carácter.

Y a partir de ahí, el declive.

Llega ahora la cuarta copa.

Tiene un primer impulso de bebérsela de golpe, pero decide tomárselo con un poco más de calma. Para evitarlo llama por teléfono a su representante.

—Dime, Morrison.

—¿La has leído, has leído al cabrón de la revista? —le grita.

—Sí, lo he leído, y, por lo que veo, tú también.

—Me ha costado un portátil.

Silencio.

—Lo que más me jode es que al final el cabrón tiene razón… —suspira—. Eso es lo que más me jode, que tiene razón: no me muevo lo suficiente para implicarme en las películas.

—Morrison, hace años que no te mueves ni de la silla para los rodajes. A veces has grabado escenas sin salir del camerino.

—Sí, pero voy a cambiar, voy a cambiar. A la mierda todo, lo siguiente va a ser espectacular, es una idea que siempre he tenido desde que me contaste lo de aquel viaje. ¿Lo recuerdas?

—Sí, claro, ¿ahora estás interesado?

—Sí, sí, esta vez va a ser distinto. Voy a implicarme de verdad, voy a por el puto Óscar, voy a por todos los putos premios de la industria. Voy a cerrarle la puta boca al mierda de crítico. Voy a hacer la mejor película del mundo.

—Estás borracho.

—Sí, y cabreado. Voy a hacerlo. Ve preparando todo, los billetes de avión, el alojamiento, los permisos, los pasaportes, todo lo que haga falta. Te encargas, ¿verdad? ¿Te encargas?

—Sí, sí, me encargo. Pero igual para un viaje así deberías adelgazar un poco.

—¿Para qué?

—Pues para que no te cobren dos plazas en cada puñetero vuelo.

—¡Cabrón!

El director, lentamente, como si no pudiera ya con su propio cuerpo, se levanta de la silla, coge la copa y se la vuelve a beber de un solo trago.

Se dirige hacia recepción y, una vez allí, pregunta por el gerente, a quien ya conoce de tantas otras veces. En cuanto llega, se saludan con un apretón de manos y el director le da dos billetes de esos que no se ven a menudo.

—Sí, hoy que vengan dos, tengo ganas de marcha. Voy a celebrar algo.

—No les hagas daño o serán las últimas —le advierte el gerente mientras se mete el dinero en el bolsillo.

—Solo ocurrió una vez, y sabes que fue un accidente —protesta mientras se dirige hacia el ascensor.

Llega a la habitación, se deja caer sobre la cama y, mientras espera a que llegue la compañía, se queda observando al techo. Visualizando su viaje. Ese con el que quiere ganar el Óscar.

Se imagina paseando por la alfombra roja, saludando a la prensa, recogiendo la estatuilla y dando el discurso de agradecimiento.

Gracias, gracias, gracias…

Gracias a todos por este premio.

Hay viajes que lo cambian todo, donde las distancias también son internas, donde se descubren cosas de uno mismo que no sabía ni que existían.

Ha sido uno de esos viajes el que me ha traído hoy hasta aquí…

* * *

Ahora

Pienso, mientras mantengo mi ojo en el visor del fusil, en aquellas primeras veces en las que los tests nunca dibujaron las líneas adecuadas.

Esos momentos en los que toda tu vida, por muy maravillosa que sea, pasa a un segundo plano y solo hay un objetivo. Todo depende de dos pequeñas líneas dibujadas sobre un material del que ni siquiera conoces el nombre.

Recuerdo ahora todas aquellas noches de intentos que al principio hacíamos con ilusión, como si fuera un juego, pero que con el tiempo se convirtieron en rutina. Una rutina que consiguió sustituir el placer por la culpa, porque conforme se pierde la esperanza aparecen los reproches.

Al principio fueron semanas, después unos pocos meses… Nada preocupante, *no os preocupéis, todo está dentro de lo normal,* nos decían. Pero al año la tristeza ya comenzó a crecer por todos los rincones… Aunque al inicio solo se instaló en el dormitorio, después esa tristeza, poco a poco, se extendió por toda la casa… Aparecía al final de cada conversación, también en cada uno de esos silencios que nadie sabe cómo llenar, llegó a aparecer incluso en nuestras miradas…

Y llegaron las preguntas sin respuesta.

Y las comparaciones con el resto: esa envidia mal disimulada sobre la alegría ajena.

Y llegó también ese duelo que se lleva en silencio, en la propia intimidad.

Fue más o menos al año y medio, una mañana de domingo, cuando en una muestra rutinaria aparecieron las líneas adecuadas. Unas

líneas que nos devolvieron la sonrisa y, sobre todo, algo que ya habíamos perdido: la ilusión.

Recuerdo ahora, mientras observo a través de la mirilla a un hombre y una niña que continúan demasiado juntos, aquel momento en el que, entre lágrimas, nos abrazamos tan fuerte que volvimos a sentirnos uno sabiendo que por fin, después de mucho tiempo, ya éramos tres.

A partir de aquel día, a partir de aquel domingo… hicimos lo imposible para mantener vivo el milagro, para conseguir que una vida continuara creciendo en el interior de otra. A partir de aquel domingo, cada uno de nuestros días se convirtió en una victoria.

Tardamos mucho en hacerlo público, como si el hecho de mantenerlo en secreto nos protegiera de cualquier daño, de cualquier amenaza.

Pero llegó un momento en el que ya fue imposible: ya no pudimos ocultarlo más: era tan complicado esconder al bebé como nuestra alegría.

—Nacerá en invierno —me dijo una noche en la que desde la ventana de nuestra habitación no parábamos de ver cómo caía la lluvia.

—En invierno… Entonces será fuerte, muy fuerte —le hablé al oído.

—¿Será él o será ella? —me preguntó mientras se le dormían los ojos.

—Da igual, él o ella, será fuerte como el invierno —le contesté mientras me agachaba para besar a nuestro bebé a través de su barriga.

En esos momentos nunca nos planteamos otro tipo de preguntas.

Aquella noche, como muchas otras noches, nos dormimos abrazados escuchando el rumor de una lluvia que en aquella época del año era

perpetua. Abrazados allí, en nuestro pequeño piso, en nuestro pequeño hogar.

Yo abrazado a mis dos vidas, a la que ya conocía y a la que me moría por conocer.

Y así, casi sin darnos cuenta, entre sonrisas y cuidados, entre esperanzas y miedos, nos fueron atravesando los días, las semanas y los meses.

Parpadeo.

Continúo ahora observando al hombre, de espaldas, a través de la mirilla de un fusil que nunca he querido disparar. Porque no he sido yo quien ha decidido estar aquí… porque muchas de nuestras decisiones las toman otros.

Miro de nuevo.

Ahora sería un buen momento si no fuera porque ella aún está demasiado cerca.

Debo esperar a que se separen un poco.

Me miro de nuevo la pulsera y leo esa palabra:

Papá.

Silencio.

Continúo apuntando.

* * *

Un año antes

Tras una comida en la casa de campo familiar, dos hermanos se retiran de la mesa para ir a dar un paseo por los alrededores, como siempre han hecho desde que eran pequeños, desde que jugaban con sus bicis por estos mismos caminos.

—¿Recuerdas aquella vez que estuvimos perdidos dos días en el desierto?

—Sí… Me encantó aquel viaje, pasé miedo, pero me encantó el viaje… ¡Cien!

—¿Y te acuerdas de cuando nos fuimos a bucear en aquella isla tan pequeña en la que apenas había seis o siete casas?

—¡La de las tortugas!

—Sí, esa, la de las tortugas. Aquel mar parecía de cristal.

Silencio durante un minuto.

—¡La de las tortugas! ¡Doscientos!

—Sí, sí, esa. ¿Te gustó?

—Me encantan las tortugas —responde el hermano menor mirando hacia el suelo.

Ambos se quedan en silencio y continúan caminando, uno observando lo que hay frente a ellos, el otro sin dejar de mirar sus propios pies.

—¡Mil! —grita a los pocos minutos el hermano menor con una sonrisa que casi no le cabe en la boca, señalando una pequeña roca situada a la derecha.

—Vaya, clavado, lo tienes medido, ¿eh? Justo en la misma piedra de siempre —dice sabiendo que ha hecho trampas para que el paso número mil encaje en el lugar donde hace tantos años dejaron esa señal.

—Sí, mil pasos exactos hasta nuestra roca —contesta con una ilusión más propia de un niño.

Y, justo ahí, ambos se detienen y miran hacia arriba.

—¿Subimos?

—Claro, como siempre.

—Como siempre.

Los dos hermanos comienzan a caminar hacia una pequeña colina que emerge ante ellos.

Mientras suben, lentamente, continúan hablando y recordando todos y cada uno de esos viajes que hacen juntos una vez al año.

Uno de ellos sabe que esos recuerdos los tendrá para toda la vida, el otro no sabe muy bien cuándo los olvidará.

El hermano mayor ha ido escalando dentro de la empresa de su padre. Comenzó de repartidor, luego fue responsable de almacén, después jefe de zona… y finalmente es quien se encarga de negociar las nuevas adquisiciones de la empresa utilizando los métodos que le ha enseñado su padre. Quizás no siempre los más correctos, los más amables, pero, al fin y al cabo, sí los más eficaces.

El otro, el menor, nunca llegó a ser lo que se esperaba de él. Desde su infancia ya notaron algo distinto: pequeñas manías que nadie entendía, ciertos comportamientos extraños, largos periodos de silencio, dificultades para hablar en público, obsesiones por cosas sin importancia que muchas veces no le permitían ni siquiera dormir.

Un niño con un complejo de inferioridad tan grande que lo único que le ayudaba a superarlo eran las adicciones.

La primera de ellas fue al alcohol. Se dio cuenta de que cuanto más bebía, más facilidad tenía para hablar con gente desconocida. Al principio aún era más o menos controlable, pero con el tiempo su mente no supo dónde poner límites y comenzaron a llegar también las drogas. La mezcla fue explosiva. Tras un año de internamiento en un hospital especializado, consiguieron que finalmente lo superara.

Después llegó el juego.

Al principio se lo permitieron por dos motivos: el primero, porque pensaron que así al menos se olvidaría de las drogas; el segundo, porque el dinero nunca fue un problema en la familia.

Aun así, con el tiempo, a través de tratamientos consiguieron mutar esa dependencia por una nueva que no les costase la herencia.

Ahora su única adicción es a los videojuegos, sobre todo a los de realidad virtual. Algo que parece no molestar demasiado a nadie. Quizás lo único que necesitaba era escapar de su existencia y vivir en un mundo hecho a su medida. Allí dentro, en los mundos virtuales que muchas veces él mismo se crea, sabe que puede cometer todos los errores que quiera sin consecuencias, sin que nadie se enfade, y lo más importante de todo: allí es igual a los demás, nadie lo trata de una forma diferente, y eso le da una seguridad que nunca ha tenido antes.

No es que esta nueva afición no le cueste dinero, pues se gasta miles de dólares en elementos virtuales que ni siquiera existen: una estación espacial ficticia, una isla virtual o una espada imaginaria pueden llegar a costar más de diez mil dólares que sí son reales.

Pero, al fin y al cabo, su problema no es el dinero, y se siente bien encerrado en su sala adaptada con las mejores pantallas, sus gafas 3D y su asiento ergonómico. Al menos allí dentro, en un mundo que no es real, es feliz.

Continúan subiendo por una colina que conocen de memoria, porque han hecho ese recorrido mil veces desde que eran pequeños.

—Dos mil doscientos treinta y tres.

—¿Qué? —contesta confuso su hermano, que tenía la cabeza ya en el viaje que van a realizar.

—Hay justo dos mil doscientos treinta y tres pasos hasta aquí, hasta el punto más alto. Desde la casa a este punto siempre hay dos mil doscientos treinta y tres pasos. Nunca te acuerdas, siempre lo olvidas —le recrimina con orgullo, como si hubiese encontrado por fin un punto débil en su hermano mayor.

Silencio.

Desde arriba ambos pueden observar todas las posesiones de la familia.

Comienza a soplar un poco de viento y alguna nube asoma por el horizonte.

Silencio.

—¿Dónde vamos de viaje? —pregunta de nuevo el hermano pequeño, ilusionado.

—Ya sabes que es una sorpresa, siempre es una sorpresa.

—¿Lo sabe alguien? —vuelve a insistir.

—No, no, solo lo sé yo.

—¿Dónde vamos? ¡Venga! ¡Una pista!

—Bueno, vale. Es algo relacionado con lo que más te gusta ahora mismo.

—¿Jugar? ¿Vamos a algún lugar con las últimas novedades en videojuegos virtuales? ¿Es alguna feria de esas internacionales?

—Es posible, muy posible. Tiene algo que ver con los videojuegos.

Y el hermano menor comienza a saltar de alegría.

—¡Otra pista! ¡Otra pista! ¡Venga! ¡Otra pista!

—Hará frío.

—¿Frío?

—Mucho, pero solo nos dejan llevar una maleta pequeña por persona. Lo importante es que te lleves ropa vieja, de esa que podemos tirar, porque no la traeremos de vuelta. Ah, y es indispensable traer un bañador y prismáticos.

—¿Prismáticos? —se entristece—. Pero yo no tengo prismáticos…

—Ahora sí, yo ya te he comprado unos, los mejores. —El hermano menor vuelve a sonreír.

—Y después de ese primer viaje sorpresa, ¿nos iremos a otro viaje juntos?

—Claro, después de esta primera sorpresa, nos iremos a unas islas, a la playa a descansar.

—Necesitaremos ropa de verano.

—Lo único que necesitaremos después será dinero, no te preocupes. Ya lo compraremos allí todo.

Ambos ríen.

Y se abrazan.

El viento continúa y las nubes van cubriendo lentamente el cielo.

—¿Podemos volver ya a casa? Tengo ganas de ir a mi sala de juegos.

—Sí, claro, claro…

Y sale corriendo colina abajo en dirección a la finca familiar, casi saltando.

Su hermano mayor lo mira desde arriba con una mezcla entre amor y lástima. Observa cómo la ilusión de un niño desciende por un camino de tierra.

Siente también envidia: él casi nunca tiene ya esa ilusión por nada.

* * *

Un año antes

En una de las zonas más caras de la ciudad, en una enorme casa rodeada completamente por un jardín meticulosamente cuidado, un hombre está acabando de preparar una pequeña maleta.

Ha introducido en ella cada uno de los elementos necesarios para realizar un viaje. Ha escogido ropa que sabe que después tirará, no quiere ningún recuerdo de vuelta. De hecho, el único motivo para ir será conseguir algo que no podrá traerse físicamente, y aun así lo añadirá a su colección.

No le contará a casi nadie dónde ha estado, solo lo sabrán tres o cuatro personas de confianza, esas que coleccionan lo mismo que él.

Su mujer, evidentemente, también sabe cuál es su colección, pero no es consciente de la procedencia de alguna de las piezas, sobre todo de las que no tienen ni siquiera pieza, de esas en las que solo está, digamos, el certificado, la placa.

Ha hecho tantas cosas, ha visitado tantos lugares, ha estado en tantas situaciones… que ha perdido la capacidad de disfrutar con lo convencional. En ocasiones se da cuenta de que cuando uno lo tiene todo, en realidad ya no tiene nada.

Tampoco disfruta ya con los viajes: le aborrecen los cruceros aunque sean de superlujo, le aborrecen los paseos privados en helicóptero, las invitaciones a los palcos vip de los grandes estadios donde puede conocer al famoso de turno, o esas habitaciones de hotel situadas en la última planta del rascacielos más alto de la ciudad…

En esa tediosa vida de rico que sufre solo hay algo que aún le hace ilusión: ir completando una colección en la que muchas de sus

piezas están prohibidas o al menos restringidas para la mayoría de los mortales.

Es cierto que el lugar al que va a ir ahora ya lo ha visitado en varias ocasiones, pero entonces era imposible conseguir lo que ahora sí podrá.

La vida cambia, las leyes cambian, los políticos cambian y los que en realidad mandan también cambian, y eso siempre ofrece nuevas oportunidades. Lo que en un momento estaba prohibido puede que de pronto ya no lo esté.

Es consciente de que si algún día saliera a la luz su colección, lo expulsarían de su propio partido, pues su corriente ideológica es totalmente contraria a lo que él hace en la intimidad. De hecho, si realmente algún día saliera a la luz el origen de todas las piezas de su colección, acabaría en la cárcel. *Pero qué le vamos a hacer*, piensa, *cada uno tiene sus debilidades.*

Introduce delicadamente las pequeñas pertenencias y cierra la maleta. Al final solo serán dos o tres días. En realidad, en este tipo de experiencias casi siempre es más largo el viaje que la estancia, pero le vale la pena. Sabe que es algo que muy poca gente puede hacer.

A diferencia de otros viajeros, él llegará a la zona en su propio vehículo: un Hummer negro que no está matriculado a su nombre.

Viajará con un guardaespaldas y un chófer, y, por supuesto, con la seguridad que le da su posición diplomática.

Sabe también que no tendrá problemas en ninguna de las primeras fronteras. Quizás pueda ocurrir algo en las últimas, en esas itinerantes que en realidad no existen, pero eso también lo tiene solucionado. Allí ni siquiera le hará falta mostrar su pasaporte falso.

Lo que más le molesta de este tipo de viajes es que no sean del todo exclusivos. Pues siempre hay un momento en el que le tocará compartir lugares comunes con unas pocas personas más. Pijos millonarios que, al igual que él, quieren vivir experiencias diferentes. Y eso no acaba de gustarle.

Baja ahora al sótano, a ese lugar donde casi nadie puede acceder, solo los exclusivos socios de un minúsculo club que comparten las mismas aficiones que él.

Introduce la clave, fija su iris en la pantalla y entra. La luz se enciende automáticamente y, desde el centro de la estancia, comienza a observar las diferentes estanterías, vitrinas, paredes… Es consciente de que quizás tiene el museo privado más completo del mundo.

Hay gente que colecciona cuadros que ni siquiera les gustan, solo por el valor que pueden alcanzar; otros coleccionan coches que jamás conducirán, que dejan morir en el garaje; los hay que coleccionan joyas que nunca se pondrán… y yo colecciono esto, se dice a sí mismo intentando justificarse.

Se sienta en uno de los sillones a la espera de que dos de sus mejores amigos lleguen. Tiene tantas ganas de contarles qué lugar va a visitar en esta ocasión, y lo que quiere conseguir.

Se sirve una copa y pone algo de música.

* * *

Un año antes

¿Cómo consigue una influencer de apenas veinte años ser millonaria?

Es una de las dos preguntas que siempre aparecía en cualquiera de las entrevistas. Al principio le hacía cierta gracia, incluso le daba vergüenza contestar, pero ahora ya le aburre cualquier contacto con la prensa.

Por fortuna, hace tiempo que contrató a una asistenta que la sigue a todas partes, que la ayuda en todo, que siempre está con ella para todo lo que necesite.

En realidad la respuesta no es complicada: nunca tuvo interés en nada en particular, pero la naturaleza le dio un cuerpo precioso que ella ha sabido cuidar y, sobre todo, explotar. Nada más. Ese es el secreto.

La otra pregunta que también le suelen hacer últimamente le molesta casi tanto como la anterior: *¿Cuánto te queda?*

Apareció en las redes con apenas catorce años. Al principio simplemente hacía vídeos probándose la ropa que ella misma iba comprando. Y, poco a poco, todas las chicas de su edad comenzaron a seguirla simplemente por la simpatía de sus directos. Las marcas, siempre atentas a lo que se mueve por internet, vieron una oportunidad y le enviaban lo que querían vender y ella, simplemente, se lo probaba.

Es cierto que a su edad parecía ya mucho más mayor y, al contrario de lo que sería normal en un perfil de moda femenina, poco a poco se fue dando cuenta de que casi la mitad de sus seguidores eran hombres.

Conforme se iba haciendo mayor, empezó a mostrar cada vez menos ropa y más cuerpo, hasta que a los dieciocho años se dio de alta en una plataforma para adultos sin dejar de mantener también su canal de moda.

Tenía, por una parte, seguidoras adolescentes en el canal público y, por la otra, en el privado, la inmensa mayoría de los suscriptores eran hombres.

Me di cuenta de que al principio la gente me pagaba por ver partes de mi cuerpo: cuanto más enseñaba, más ganaba. Pero ocurrió algo extraño: empecé a notar que me pagaban aún más por cosas tan absurdas como ver cómo me depilaba, o por ver cómo me cortaba las uñas de los pies, o por ver cómo me ponía el pijama frente al espejo, incluso por ver cómo me bajaba las bragas antes de sentarme en el váter… Una vez subasté una compresa ya usada y gané muchísimo dinero. Si la gente es imbécil, ¿qué culpa tengo yo?

Estas fueron unas de las declaraciones más polémicas que realizó en sus inicios, antes de que se negara a realizar más entrevistas.

Después, poco a poco, fue lanzando retos y consiguiendo cada vez más dinero. Dinero por hacer un vídeo en el que meaba en la calle agachada al lado de un Lamborghini. Dinero por pasear en bikini en una de las avenidas más importantes de Londres, o de París, o de Milán… Dinero por hacer topless junto a una pirámide en Egipto, en plena selva o en medio de cualquier concierto. Acababa de encontrar una forma fácil de hacerse rica, y la aprovechó.

Continuó buscando lugares donde hacerse fotos o vídeos con poca o casi ninguna ropa: una playa privada de esas a las que solo pueden acceder los millonarios, subida en un telesilla en una de las más exclusivas estaciones de esquí, montada en un coche fórmula uno…

Cada vez fue llevándolo todo más al extremo. Llegó un punto en el que las principales agencias le iban ofreciendo viajes diferentes, experiencias que casi nadie puede permitirse… Eso es lo que realmente le gusta. Le encanta sentirse especial, superior al resto de las personas.

Ha llegado a estar en lugares en los que ni siquiera ha podido compartir fotos en las redes, como por ejemplo cuando consiguió

entrar en una cárcel de máxima seguridad convenientemente camuflada solo por poder hacer cosas que los demás no podían hacer. ¿Le gustó? No demasiado, pero se sintió superior al resto de los mortales, y eso es lo que realmente la excita.

Le encanta poder acceder a lugares para los que se necesitan permisos privilegiados: el interior de aquella cámara secreta de Notre Dame, las pinturas rupestres más antiguas en una visita para ella sola, tocar uno de los diamantes más grandes del mundo… Esas experiencias son las que en realidad le dan la vida.

Sabe también que ya le queda poco tiempo en esa vida de sueño, porque todo se acaba, porque lo que viene arrasará con ella y con tantas y tantas como ella.

Aun así, muchas veces prefiere no pensarlo, pero la realidad siempre alcanza sus temores.

* * *

Un año antes

—Me acompañarás, ¿verdad? —le pregunta por teléfono a su representante.

—Te acompañaré… qué remedio, aunque no me hace mucha gracia.

—¿Cómo? Si fuiste tú quien me lo sugeriste, si fuiste tú quien me lo dijo.

—Sí, bueno… Como te sugiero tantas y tantas cosas, y no sé, me pareció algo distinto… quizás lo hice porque como siempre te critican por lo mismo…

—Sí, siempre lo mismo: por no estar en el sitio donde se supone que están ambientadas las películas, por no documentarme lo suficiente… Y lo peor de todo es que tienen razón, por eso esta vez sí que voy a ir, esta vez va a ser distinto, y tú vas a venir conmigo.

—Ya te he dicho que iré. Pero tampoco te hagas ilusiones, igual no encontramos lo que buscas, ya sabes que solo son rumores. Igual la información que tengo no es cierta… Y ten en cuenta que depende de cómo enfoques el viaje conseguirás que te admiren o que te odien, y en tu caso es casi más probable lo segundo.

—Conseguiré que me admiren, conseguiré premios, esta vez voy a callarles la boca.

—Bueno… lo primero es organizarlo todo; según me dijeron, en caso de salir, habría que hacerlo pronto.

—¿Cuándo es pronto?

—Quizás en los próximos días, en las próximas semanas… Pero déjame consultarlo, y sobre todo asegurarme, a ver si vamos a ir allí para nada.

El director de cine vuelve a beber una copa de vino antes de continuar con la conversación.

—Perfecto. ¿Te encargas entonces de todo? —insiste un hombre que cada vez está más excitado, nervioso.

—Me encargo.

—Esta va a ser la mejor película de mi vida, ¿sabes por qué? Porque esta vez no voy a rodar desde el asiento, esta vez voy a empaparme de realidad.

—Bueno… pero vas, te inspiras y nos volvemos cuanto antes, ya está. No te pongas a hacer tonterías, que te conozco. No quiero que la prensa se entere de nada, al menos hasta que tengas ya avanzada la película y podamos justificar de alguna forma el viaje. Que no vean que vamos a aprovecharnos de ellos.

—Tranquilo, que yo sé controlarme, parece que no me conozcas.

—Sí, te conozco, por eso te aviso. Intenta comportarte. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, confía. Ya estoy viéndolo, ya me estoy imaginando los titulares —dice mirando al cielo—. Habrá que preparar muchas cosas.

—Me dijeron que solo puedes llevar una maleta pequeña, nada más.

—¿Qué? ¿Una maleta pequeña? ¿Y todo mi equipo de grabación?

—No, solo vamos a vivir la experiencia, luego ya lo cuentas aquí como quieras.

El director tuerce el gesto y vuelve a llevarse la copa a la boca, decepcionado.

—Ah, y hará falta algo más: dinero. Mucho dinero y en efectivo.

—Vale, sin problema.

—Mañana volveré a preguntar y supongo que en unos días nos dirán la fecha; eso sí, en cuanto te llame, tienes que estar preparado. No es el típico viaje que se hace con turistas a los que hay que esperar en el autobús porque se han retrasado en el baño. Y acuérdate del pasaporte.

—Sí, sí, claro, claro. Una duda.

—Dime.

—Allí a donde vamos no pasaremos hambre, ¿verdad?

—¿En serio? ¿Esa es tu mayor preocupación?

—Es importante comer.

—No, nosotros no pasaremos hambre.

El director cuelga el teléfono, da un último sorbo a la copa y se queda mirando el mar.

Vuelve a soñar despierto.

Vuelve a imaginarse su nombre en letras grandes, y su estatuilla en casa, y los cientos de entrevistas, y las invitaciones a las fiestas, y las mujeres a su alrededor, y el buen vino, y la comida…

Le llega la noche frente al mar, sin saber muy bien si se balancea el agua o él mismo.

* * *

Un mes antes

Tres hombres permanecen en un edificio de madera en algún rincón de un bosque. Dos de ellos han subido a la planta superior tras escuchar un ruido, mientras el otro se mantiene al inicio de la escalera, a la espera, vigilando por lo que pudiera ocurrir.

Los hombres que están arriba llegan al inicio de un pasillo que deja a ambos lados varias puertas, todas ellas están cerradas.

Uno de ellos se acerca a la primera, la que tiene a su derecha, y de un solo golpe, con su bota, la abre.

No hay nadie.

Es una habitación amplia, lujosa, con una cama gigante y una televisión que ocupa casi toda la pared. Tiene también su propio baño, con ducha y bañera de hidromasaje.

Abre los dos armarios con el arma en la mano, por si acaso, pero en su interior no hay nada: solo unas cuantas perchas de colores huérfanas de ropa que, por el movimiento de la puerta, chocan levemente entre sí.

Abre también los cajones: nada.

Escuchan de nuevo un golpe, viene de la otra parte del pasillo.

El hombre y su compañero se sitúan a ambos lados de la puerta de la habitación de enfrente.

Una patada: no hay nadie.

Al entrar lo único que les llama la atención es una ventana abierta que da a la parte trasera del edificio.

La habitación es más o menos igual de grande que la anterior.

Salen y avanzan por el pasillo hasta las otras dos: la número 3 y la número 4. Vacías ambas.

Y así, una a una, revisan todas y cada una de las diez habitaciones de aquel hotel en el bosque.

Algunas de ellas tienen cunas y camas supletorias para niños, hay dos que tienen literas, quizás para alojar a familias numerosas.

En la parte final del pasillo descubren una habitación más grande: en su interior hay varios juegos de mesa esparcidos por un suelo prefabricado, de esos de goma. Las dos ventanas también están abiertas.

Mientras los dos hombres acaban de revisar la zona superior asumiendo que quizás alguna de las ventanas ha sido la responsable del ruido, en la planta de abajo, su compañero, al entender que arriba no hay peligro, se aleja de la escalera en dirección a la gran estancia que ocupa casi toda la planta baja.

Descubre una cocina. Se asoma y no ve ningún peligro. Pero le llama la atención que hay muchos utensilios por el suelo, y comida fuera de los frigoríficos, como si de pronto todos los que allí trabajaban hubieran tenido que huir.

A unos metros a la izquierda descubre una puerta con el símbolo de WC.

La abre lentamente con el arma por delante, nunca se sabe dónde se puede esconder la muerte. En su interior, varios lavabos y cuatro puertas más, pero todas están abiertas: no hay nadie.

Sale y, en el extremo contrario, observa una puerta pintada de verde que está cerrada. Se dirige hacia allí, en silencio, intentando no pisar ninguno de los vasos y platos rotos.

Al acercarse comienza a distinguir en el suelo pequeñas gotas de sangre que van aumentando de tamaño conforme se aproxima a la puerta.

Agarra el arma con más fuerza, le suda la mano.

Cuando ya está a unos tres metros puede ver varias líneas rojas en el suelo que salen de esa habitación, como si alguien hubiese arrastrado un cuerpo hasta el exterior.

Aprieta aún más el arma.

Podría esperar a que sus compañeros acabasen arriba, pero ya está harto, lleva demasiados meses esperando.

Le da una patada y la abre de un solo golpe apuntando con la pistola en su interior.

No hay nadie.

Pero sí hay manchas de sangre por todos lados: en el suelo, en una mesa, en un sillón… y, de pronto, hay algo que le llama la atención, ve también una mancha de sangre enorme en la pared del fondo, a unos dos metros de altura. Como si hubieran disparado a alguien allí arriba.

No lo entiende.

Mira fijamente la pared y descubre que, justo encima, en la parte más alta, hay una pequeña ventana rectangular.

¿Alguien intentó escapar por ahí? Pero es demasiado pequeña para que alguien pueda salir… aunque… quizás podría conseguirlo un niño…, piensa.

Justo en ese momento escucha el grito de uno de sus compañeros.

—¡Aquí!

* * *

Un mes antes

En el mismo instante en que un hombre acaba de descubrir una mancha de sangre en la pared en un edificio en mitad del bosque, a unos diez kilómetros de allí, en las afueras de una ciudad…

Una mujer vive, a oscuras, autoencerrada en la habitación de un piso que antes fue un hogar. Ahora, las diferentes realidades que tiene en su cabeza luchan entre ellas por ver quién la mantiene más tiempo despierta.

La única luz exterior que le entra, de vez en cuando, es la que se asoma tímidamente bajo la puerta. Con eso le basta para saber si alguien se acerca a traerle la comida, a limpiar la habitación o a visitarla.

La única luz interior que permite es la de una pequeña vela que siempre está encendida sobre la mesita. Podríamos decir que, ahora mismo, su única preocupación es si esa vela se apaga y la deja en una oscuridad total. No podría soportarlo.

Sabe que gritaría y gritaría hasta que alguien entrara para encenderle una nueva vela.

Ella jamás se atreverá a salir de allí.

Hoy su marido no está en casa y será la cuidadora quien abrirá lentamente la puerta para traerle la cena. Al acceder a la habitación se la encontrará, como casi siempre, tumbada sobre la cama, abrazada a una enorme muñeca.

Su primera reacción será agarrarla aún con más fuerza, como la fiera que atrapa a su presa. Solo la soltará cuando se asegure de que el rostro que tiene frente a ella es conocido.

Tras ese reconocimiento y su posterior relajación, tardará varios minutos en levantarse de la cama.

Luego caminará unos pocos metros con la muñeca cogida de la mano y, con un cuidado extremo, se sentará en el suelo.

Una vez allí, colocará a la muñeca junto a ella.

La asistenta se sentará también en el suelo y le dejará la comida y los cubiertos de plástico. Le pondrá agua en un vaso de cartón y le preguntará si necesita algo más.

Y la respuesta de la mujer siempre será la misma: una pregunta.

—¿Has visto qué grande está ya?

—Sí, cada día está más mayor —le contestará la asistenta, que ya se sabe de memoria el protocolo.

—Además, ya no tose, ya no tose nada —le dirá la mujer mirando a la muñeca.

—Es cierto, ya no tose.

Entonces, feliz, la mujer cogerá un trozo de comida y se lo dará primero a la muñeca. Y a pesar de que esa comida siempre cae al suelo, ella insistirá, y le dará otro, y otro, y otro…

Cuando su mente imagine que ya ha comido suficiente, que ya ha recuperado todas las fuerzas perdidas, será ella misma la que también coma algo, generalmente muy poco.

Tras todo ese ritual, la asistenta recogerá todo cuidadosamente y se levantará del suelo.

La mujer, sin soltar de la mano a la muñeca, hará exactamente lo mismo.

Y así pasará un día tras otro, tras otro y tras otro… Una mujer que se quedó encerrada en su propia mente.

* * *

Un año antes

Dos hombres llaman a la puerta de un sótano convertido en museo, un lugar al que muy poca gente tiene acceso. Desde dentro les abren y ambos acceden a una enorme sala donde ya les espera su anfitrión.

Los tres son amigos desde hace tiempo y comparten la misma afición, aunque a niveles diferentes.

—¿Así que te vas de nuevo? —le dice uno de ellos mientras le da un abrazo.

—Pues sí, ha salido la oportunidad y ya sabes… nunca hay que desaprovecharla, uno nunca sabe si va a ser la última.

—¿La última? Lo dudo.

—Bueno… es cierto, seguro que en un futuro hay más… Pero yo también me voy haciendo mayor, cada vez me cuesta más viajar, cada vez me cuesta más todo.

Uno de los invitados, mientras su anfitrión le prepara una copa, comienza a pasear alrededor de la estancia. A pesar de que ha estado allí en otras ocasiones, siempre descubre alguna pieza nueva, algún objeto de esos que son únicos en el mundo, algún documento especial…

Se detiene ante una que no había visto en las anteriores ocasiones.

—Nunca me había fijado en esta, es increíble. ¿Cómo la conseguiste?

—Se la compré a un millonario de esos del petróleo. Creo que él ni siquiera sabía lo que valía, la consiguió como consiguen muchas cosas esos tipos. Simplemente alguien le dijo que valía mucho dinero

y la compró, ni siquiera preguntó el precio. La compró como podría haber comprado un cuadro o una escultura.

Le ofrece una copa y los tres continúan paseando por la habitación.

—Mirad, venid aquí. —Saca cuidadosamente un pequeño estuche de un cajón—. Solo por uno de estos ya podría ir a la cárcel.

Al abrirlo sus dos invitados se quedan con la boca abierta. Quizás alguien no experto en la materia no sabría apreciarlo, pero ellos sí saben lo que puede llegar a valer eso en el mercado internacional.

Tras dejar que lo observen durante un rato, satisfecho, lo vuelve a depositar con cuidado y saca otra pieza de un cajón inferior.

—De este otro, ahora mismo creo que únicamente hay veinte en el mundo, solo veinte en todo el mundo… y uno de ellos está aquí, en mi casa.

Finalmente, después de mostrarles cuatro o cinco piezas más, cierra las puertas de la alacena con un cuidado exquisito. Echa la llave y se la guarda en el bolsillo.

Los tres se dirigen al sofá central y allí, cogiendo sus copas, brindan.

Es entonces cuando uno de sus invitados, antes de sentarse, se queda observando un hueco en la parte superior de una de las paredes, junto a otras dos placas. Un hueco que ya conoce, y que ya sabe lo que significa. Aun así se acerca para leer lo que pone en las mismas: en ambas hay una fecha y un país, nada más.

—¿Esta es la pieza que te falta? ¿La que quieres rellenar con este viaje? —le pregunta.

—Sí, pero no siempre te dejan sacar del país piezas de este tipo, ya me entiendes —protesta mientras deja la copa en la pequeña mesa.

—¡Qué exquisitos! —ríe el invitado.

—Pero bueno, al menos, de alguna forma esas placas certifican que son mías —ríe él también.

A continuación se sientan todos en el sofá y allí comienzan a hablar sobre el viaje.

—¿Lo tienes ya todo organizado? ¿Necesitas alguna cosa? ¿Algún contacto? Ya sabes que conocemos a mucha gente por toda esa zona.

—No, no es necesario, lo tengo ya todo controlado. Pero de todas formas agradezco mucho vuestra ayuda.

—¿Vas con más gente?

—Siempre viene más gente, ese es el problema.

—¿Cuántos?

—Creo que en total somos siete.

—Bueno, como siempre, más o menos.

—Sí, en este caso la única que me da miedo es una chica joven, una de esas influencers de moda.

—¿Una influencer? ¿Qué extraño? ¿Y qué hace en un viaje así?

—Supongo que experimentar; al fin y al cabo, ¿no es lo que hacemos todos?

—Pero ¿sabe a dónde va?

—Creo que no tiene ni idea, debe de ser una de esas niñas pijas que ha escuchado que este es un viaje exótico, un viaje diferente.

—¿Y los otros?

—He estado investigando… Porque, al final, con dinero uno consigue toda la información que quiera… Ya sabéis.

Sus acompañantes asienten.

—Hay dos hermanos con mucho dinero, niños de papá que han heredado una gran empresa. También viene un director de cine, quizás os suene el nombre, Morrison; ha estado a punto de ganar dos Óscar, pero nunca lo ha conseguido; dicen que va a documentarse. Bueno, eso es lo que dice.

—En fin… cada uno tiene sus propios motivos… —comenta uno de los acompañantes.

—Sí, de todas formas, yo, como en todas las ocasiones, iré a lo mío. A la excursión privada iré solo, no creo que ninguno de ellos se apunte. No creo que ni siquiera se la ofrezcan. ¿Os imagináis?

—Bueno… bueno… Nunca se sabe, igual al director le puede interesar la experiencia…

—Espero que no, hay muchas experiencias que se disfrutan más sin compañía… En fin, ya veremos…

Tras unos segundos de silencio, los tres hombres retoman la conversación, pero uno de los invitados es incapaz de dejar de mirar, de vez en cuando, a las dos placas que hay en la pared, solo con la fecha y el país. Y sobre todo se queda pensando en el hueco que hay junto a ellas.

Asume que él nunca tendrá una pieza como esas en su colección.

* * *

Un año antes

—¿Dónde vais esta vez? —pregunta la madre al hermano mayor mientras ambos esperan a que el menor acabe de prepararse la maleta y baje por las escaleras.

—Sabes que nunca te lo digo, por eso se le llama viaje sorpresa, y aun así siempre me lo preguntas —le contesta impaciente por evadirse de una conversación que no le apetece continuar.

—No hagas tonterías, que no le pase nada, te lo advierto —le recrimina.

—¿Me lo adviertes? —se ríe—. Como si aún fuera un adolescente… ¿Sabes qué es lo que más quiero en el mundo? Tranquila, no le va a pasar nada.

—Me ha dicho que tiene algo que ver con los videojuegos, o al menos eso es lo que le has contado, la verdad es que está muy ilusionado.

—Vaya, ¿ya le has interrogado? —le responde sin mirarla.

—No, no le he interrogado, me lo ha dicho él, ya lo conoces… No sabe…

—No sabe guardar secretos… Sí, ya lo sé.

—Bueno, pero ¿a dónde vais? A mí me lo puedes decir, yo no voy a contárselo, no voy a decirle nada, y al menos me quedo más tranquila.

—No te lo voy a decir, pero le va a gustar, y así de paso lo sacamos de una vez de esa sala que se ha convertido en una cárcel. —Alza ligeramente la voz enfrentando su rostro al de su madre.

—Pero aquí él es feliz. En esa sala, como tú la llamas, tiene todo lo que necesita, y además… así evitamos… —No le acaban de salir las palabras.

—Así evitamos ¿qué?

—Así evitamos que vuelva otra vez con sus recaídas, aquí está controlado.

—Sí, pero aquí, en esa seguridad que tú dices, todo es falso, nada de lo que le rodea existe. Al final se pasa más tiempo viviendo en el mundo virtual que en el real. ¿Realmente eso es vida?

—Y qué más da, ¿no es falso también todo lo que hay fuera, la gente, las relaciones, las redes…? ¿No es falso también todo eso?

—Vamos… Deja toda esa filosofía barata y admítelo: para ti es mucho más cómodo tenerlo ahí dentro, encerrado, controlado…

—No solo para mí, para todos es más cómodo… —protesta la madre.

En ese momento escuchan cómo se cierra la puerta de una de las habitaciones de la planta superior. Unos pasos se dirigen hacia ellos.

—Bueno… no tengo muchas ganas de seguir discutiendo ahora. Donde voy a llevarlo al menos es real, va a ser la experiencia de su vida.

Madre e hijo se quedan en silencio a la espera de que el hermano baje hasta ellos. Ambos ven la ilusión dibujada en su rostro.

Se acerca a su madre y esta lo abraza como si no fuera a verle nunca más.

—Venga —insiste el hermano mayor—, que el vuelo sale esta tarde y me han dicho que el tráfico está imposible a estas horas.

La madre se acerca también al hermano mayor y le da un abrazo sin fuerza, de esos de cortesía, en los que no hay ningún tipo de sentimiento, aséptico, inerte. Él apenas se lo devuelve.

Los dos hermanos salen de la casa y comienzan a bajar las escaleras para dirigirse hacia un precioso coche negro que los está esperando junto a un chófer.

—¡Tened cuidado! ¡Os quiero! —les grita a ambos mientras desde la puerta observa cómo cargan sus maletas, aunque le ha costado decir la palabra *os*.

El hermano pequeño, al escuchar a su madre, se da media vuelta y corre hacia ella. Sube de nuevo las escaleras de la casa y le da un abrazo.

Abrazo de ella también.

Beso en la mejilla.

—¡Va, que al final llegaremos tarde! —grita el mayor desde el coche que los está esperando.

Baja corriendo y entra junto a su hermano en el vehículo.

Salen por un camino de tierra que va dejando un adiós de polvo a medida que avanzan.

La madre se ha quedado en lo alto de la escalera, inmóvil, triste. Tiene esa extraña sensación, podríamos llamarla sexto sentido, de quien sabe que va a ocurrir algo. Como cuando al despedirnos de alguien nos invade la intuición de que jamás volveremos a verle.

Tonterías, se dice a sí misma.

Pero las intuiciones también tienen su parte real.

* * *

Un año antes

En una habitación de una gran casa al lado de la playa, una chica revisa los informes globales de visitas e ingresos de sus plataformas en internet. Observa cómo, lentamente, va perdiendo seguidores y, a la vez, dinero.

A pesar de enseñar cada vez más partes de su cuerpo, a pesar de hacer cada vez cosas más atrevidas, más inusuales… la gente está dejando de seguirla.

Es cierto que, para que esa pérdida no sea tan evidente, cada día compra varios miles de seguidores ficticios que van compensando la pérdida de los reales. El problema es que esos seguidores ficticios, al no existir, no comentarán sus publicaciones, no le darán *likes*… Pero bueno, para eso también hay solución, por eso compra también *likes*, compra comentarios genéricos de usuarios falsos que le pondrán frases como: *me encanta lo que cuentas*, *cada día lo haces mejor, eres increíble…* y que adornarán con cientos de iconos cada una de sus publicaciones. Hará todo lo necesario para que sus seguidores auténticos no piensen que está perdiendo popularidad, que ha pasado de moda. Y, por supuesto, para que las empresas le sigan pagando por anunciar productos.

Se contenta al saber que no es la única influencer a la que le está ocurriendo esto, es algo generalizado entre todos ellos.

La culpa es de las malditas cuentas de IA que son cada vez más realistas, ya es imposible distinguir una modelo generada con IA de una real, y los seguidores están migrando a esas chicas perfectas, que se pueden lanzar desde un helicóptero, que pueden bucear bajo el hielo desnudas o que pueden meterse en un volcán sin ropa.

Mujeres y hombres perfectos, indistinguibles de un ser humano real. Modelos IA que cobran mucho menos, que nunca se quejan, que no se ponen enfermos y que generan la misma o más atracción sexual que los reales.

Han empezado a promocionar todo tipo de ropa: camisetas, prendas deportivas, zapatillas… y al final a las empresas les da igual que el modelo sea real o no, lo que buscan son visitas y ventas; si la gente compra sus productos porque los han visto en un modelo real o en un modelo IA, eso les da exactamente lo mismo.

Por eso quiere aprovechar ahora que tiene dinero para hacer cosas que casi nadie puede hacer, para mantener un estilo de vida privilegiado. ¿Qué hará después? Eso aún no lo sabe.

¿Qué puede hacer una influencer después de dejar de serlo?

¿A qué se puede dedicar?

¿Para qué sirvo?, se pregunta a menudo.

Son ese tipo de pensamientos los que a veces le hunden un poco el ánimo, aunque todo se le pasa en cuanto mira a su alrededor y se da cuenta de que vive en una preciosa casa al lado del mar.

Sonríe.

De momento solo sabe que tiene un viaje.

Un viaje diferente a lo que ha hecho hasta ahora.

Un viaje que le hace mucha ilusión.

* * *

Un año antes

Un director de cine mira en la televisión una entrevista a uno de los actores más cotizados de Hollywood. La mayoría de las preguntas son relativas al papel de la IA en la industria, o de cómo esta puede sustituir a los propios actores.

—Hoy en día ya es prácticamente imposible distinguir a un actor real de uno creado por IA. Hace unos días se publicó esa escena que ya se ha hecho viral, en la que usted está luchando con otro de los actores más conocidos de Hollywood. Creo que la mayoría de nosotros, si no nos lo hubieran dicho, seríamos incapaces de distinguir si esa escena es real o está creada con un software —comenta la entrevistadora mientras pone en pantalla el vídeo al que hace referencia.

—Sí, es cierto. Confesarte que yo mismo he dudado de que la hubiera rodado —sonríe—. Pero aquí el gran problema son los derechos de imagen, no pueden hacer lo que han hecho, no pueden utilizar nuestros rostros para lucrarse ellos, no es justo ni legal.

—Bueno, en realidad creo que aquí no había intención de lucro, simplemente era una acción para demostrar todo el potencial que tienen, algo así como para decir a la industria: mirad lo que somos capaces de hacer, ya no os necesitamos. No creo que los derechos de imagen sean un problema para ellos, pues seguramente se inventarán actores y actrices, les darán promoción y, al fin y al cabo, la interacción con el público será parecida a la que muchos de ustedes tienen, en muchos casos nula.

El actor asiente sin decir nada, se nota que no le está gustando demasiado hacia dónde se dirige la conversación.

Aun así, la entrevistadora continúa:

—Pero eso no es todo; ahora mismo los estudios, las plataformas, las productoras… todos saben que con actores y actrices creados con IA se ahorrarán muchos problemas y, sobre todo, mucho dinero.

No tendrán que discutir con ellos por peticiones y manías absurdas; no tendrán que soportar esos discursos políticos que siempre intentan colar en las galas de premios; tampoco habrá retrasos en los rodajes porque uno ha llegado tarde o borracho, o ambas cosas. Si lo pensamos, al final todo son ventajas.

El actor simplemente asiente, no dice nada, su rostro es incapaz de ocultar su malestar por la entrevista.

—Pero bueno, dejemos eso para más adelante y vamos a cambiar de tema: ¿hay algún proyecto nuevo en mente, algo que nos pueda contar…?

El director piensa en sí mismo mientras continúa viendo la entrevista. Sabe que él no tendría ningún reparo en aprovecharse de la tecnología y utilizar todos los actores virtuales que necesitase. Al fin y al cabo, la entrevistadora tiene razón: menos problemas, menos egos… y mucho dinero ahorrado en los rodajes.

Apaga la tele y, lentamente, se levanta de un sofá en el que se ha hundido con la intención de salir a la terraza desde donde puede ver el mar.

Mira a lo lejos, al horizonte, como si estuviera observando su futuro, como si allí estuviera la gran obra que aún no ha creado.

Piensa en su próxima película y se imagina escenas míticas, como la de aquella mujer en la ducha mientras suena una música que se te queda para siempre en la mente, esa estatua de la Libertad medio enterrada en la playa o, yéndose más a su infancia, el póster que tenía en su habitación con una bici voladora que atravesaba una inmensa luna.

También se imagina, por supuesto, recogiendo cientos de premios por todos los grandes festivales del mundo: Berlín, Venecia, Nueva York… Siendo recibido por las autoridades, siendo felicitado por otros directores, siendo reconocido en las portadas de las principales revistas…

Pero sabe que para eso tiene que realizar este viaje y documentar todo lo que pueda. Anotar, investigar, vivirlo en primera persona y

quedarse con todos los detalles posibles, porque los detalles son los que te dan los premios. Las pequeñas escenas que conmueven al espectador, las que te tocan el corazón.

Ha estado revisando diferentes filmografías en internet y se ha dado cuenta de que muy pocas veces se ha tratado este tema; de hecho, no hay ninguna película que hable abiertamente de ello, quizás algún documental de esos que no ha visto nadie, pero poco más.

Y eso le da una oportunidad, al menos la oportunidad de ser original, de ser el primero, y eso es algo que las academias siempre valoran.

Vuelve a soñar despierto, cierra los ojos y se imagina recibiendo premios y reconocimientos.

De alguna forma quiere volver a vivir todo lo que un día fue, quiere volver a ser aquel director promesa del que todos hablaban.

* * *

Un mes antes

—¡Aquí! —escucha el hombre que estaba revisando una extraña mancha de sangre en lo alto de una pared.

Sale hacia la estancia exterior con la pistola en alto por lo que pueda pasar, pero la baja inmediatamente al observar que sus dos compañeros están agachados frente a la chimenea.

Se acerca lentamente a ellos.

—Iban a quemarlo todo —dice uno mientras continúa recogiendo los restos de papeles de entre las cenizas—. Pero no les dio tiempo…

—No les dio tiempo, algo pasó, y pasó muy rápido, parece que los lanzaron a la chimenea de forma desesperada. Ni siquiera se esperaron a que se quemaran del todo.

Los tres hombres, lentamente, recogen todos los restos y los colocan cuidadosamente sobre una de las mesas.

—No sé qué podrás sacar de aquí… Pero me temo que esto va a llevar tiempo.

—Lo único que tengo ya es tiempo, lo demás lo he perdido todo —dice el hombre que lleva una pulsera en la que está escrita la palabra *papá*.

—¿Te quedas entonces?

—Sí, claro, me quedo… Ya os aviso si consigo averiguar algo.

—Que tengas mucha suerte —le dice uno de ellos mientras le pone suavemente la mano en el hombro.

—Gracias… —responde en voz baja, casi ahogada, sin dejar de buscar cada uno de los pedazos de papel que aún quedan esparcidos por el suelo, sabe que cualquier trozo puede ser importante.

—Bueno… nosotros nos vamos a la ciudad, parece que en uno de los barrios hay otro posible objetivo.

Silencio.

—En cuanto tengas cualquier cosa nos llamas y venimos a por ti —insisten sin marcharse del todo, como quien sabe que deja algo por hacer.

—Sin problema —dice el hombre de la pulsera sujetando varios papeles aleatorios entre las manos y, con las lágrimas a punto de nacer, les da de nuevo las gracias.

—No hay de qué, alguien tiene que investigar lo que nadie quiere creer que existe, lo que nadie ha visto —le dice mientras le da un abrazo.

Silencio.

Y un hombre que ha intentado aguantar las lágrimas durante todo este tiempo, al menos delante de ellos, se rompe.

Y llora.

—Yo nunca he querido esto, no ha sido decisión mía… Yo solo me dedicaba a conducir mi camión —se derrumba—, yo solo quería tener una familia, ver a mi niña crecer con nosotros, poder enseñarle a subir en bici, pasear con ella por el parque, llevármela a algún viaje conmigo… —dice agachándose de nuevo para que no vean cómo las lágrimas le recorren las mejillas.

Continúa recopilando cada pedazo de papel con una delicadeza extrema, sabiendo que cualquier detalle, incluso una sola palabra, puede marcar la diferencia entre encontrarle un sentido al resto de su vida o no hacerlo.

Lentamente, mirándolo desde arriba, con un adiós en silencio, los dos hombres salen de la cabaña sabiendo que dejan allí un futuro destrozado.

El hombre se sienta en el suelo. Silencio.

A los pocos minutos se escucha el motor de un coche que se aleja.

Ya no se escucha nada más. Solo él y el bosque.

Se acerca un poco más a la chimenea e intenta encenderla. Al lado hay un cesto con pequeños troncos y unas cuantas ramas secas. Introduce varias de ellas y coge unos cuantos folletos de viajes: a Tokio, a Islandia, a Nueva York… Páginas comerciales donde puede ver a familias felices paseando por la playa, subiendo a una montaña, esquiando o montando en un parque de atracciones.

Finalmente consigue encender el fuego.

Una luz cálida va naciendo ante él y, poco a poco, el calor va arropando una estancia tan fría como sus ganas de seguir viviendo.

El hombre se sienta en un suelo helado y comienza a mirar fijamente las llamas, sin parpadear, sin mover ni siquiera las pupilas…

Se quedará allí durante demasiados minutos, con el fuego acariciándole la mirada, hasta que el dolor en sus ojos sea más insoportable que el de sus pensamientos.

* * *

COMIENZA EL VIAJE

Un año antes

Una chica que continúa retransmitiendo partes de su viaje acaba de llegar a uno de los aeropuertos más concurridos del país. Va acompañada de su asistenta, que es quien lo ha estado gestionando todo.

Nada más llegar acceden a la sala vip, pues hoy en día ya le es imposible estar en las zonas comunes: hay demasiada gente que la conoce y, a pesar de ir más o menos disfrazada, siempre la identifican.

Ya en el interior de la sala, una vez han dejado sus pertenencias en uno de los cómodos sillones…

—Voy un momento al baño y ahora vuelvo —le dice riendo y guiñándole un ojo.

—¿No me digas que vas a retransmitir? —le contesta entre sorprendida y divertida.

—Claro, a mis seguidores seguro que les interesa ver cómo voy al baño de un aeropuerto. —Y quizás esta misma frase en boca de cualquier otra persona podría parecer una ironía, pero en su caso es literal: va a retransmitir.

La chica se dirige hacia el baño, ahora mismo no hay nadie, sonríe.

Se sienta en la taza del WC y conecta.

En segundos, mil, dos mil, tres mil… seguidores se unen para verla en directo.

—Hola… Ahora mismo no puedo hablar más alto, ya veis dónde estoy sentada —susurra mientras se ríe—. Como os he ido comentando estos días, voy a iniciar un viaje especial, pero no os puedo contar el destino… aunque igual alguno de vosotros, en un despiste mío, lo averigua. ¿Quién sabe…?

»Acabo de entrar en uno de los baños del aeropuerto porque ya no puedo más, pero quería compartir también estos momentos con

vosotros, mi familia.

Lentamente se sienta y deja el móvil en el suelo, apoyado contra una de las paredes, en un ángulo desde el que solo se puede ver su cuerpo de rodillas para abajo, lo suficiente para ver cómo se baja los pantalones y la ropa interior.

Sus seguidores comienzan a publicar emoticonos y comentarios groseros mientras escuchan el sonido de su orina en el baño.

Tras casi un minuto…

—Ufff, qué alivio, llevaba ya tres horas aguantando, me iba a explotar la barriga. ¿Nunca os ha pasado eso de que vais esperando, esperando… y llega un punto en el que ya no puedes más? Y cuando más piensas que no puedes más, más ganas tienes.

Continúa hablando sentada hasta que, finalmente, por sus movimientos se intuye que se está limpiando.

Se sube los pantalones, se sube lentamente la ropa interior rosa y tira de la cadena.

—Nos vemos muy pronto —dice a la cámara cogiendo el móvil del suelo.

Corta el directo.

Sale feliz hacia los asientos de la sala vip donde su acompañante la espera comiendo algo.

—Ya estoy.

—Ya te he visto por el canal.

—¿Y?

—Unos cuantos euros más en la cuenta, ¡enhorabuena!

—Genial.

—Aún me maravillo al ver cuánto idiota hay en el mundo.

—Idiotas con dinero.

Y ambas sonríen.

—Lo que más me extraña es que en esta ocasión, en la que no voy a desvelar el destino del viaje, es cuando más visitas estoy

teniendo —dice la influencer.

—Bueno, es el morbo que les da el no saberlo, el que alguno de ellos pueda averiguarlo, que descubran algo a través de un letrero en el aeropuerto, cualquier cosa. Nunca subestimes al ser humano.

—Yo, mientras gane dinero con ellos…

—Ganar dinero meando, ¡lo que hay que ver! —le dice su acompañante sin poder dejar de reír.

Tras dos horas de espera por un retraso, finalmente suben al avión y se sientan en primera clase.

Justo unos minutos antes de despegar, la chica comienza de nuevo a retransmitir mientras las azafatas de vuelo hacen las indicaciones oportunas.

—¡Hola, chicos! Pues empezamos el viaje. Os recuerdo que tenéis hasta mañana para pagar la membresía Mega Vip para obtener fotos mías exclusivas. Este viaje nunca lo publicaré en abierto, y nunca nadie sabrá dónde he estado, pero sí me iré haciendo fotos en bikini… o sin bikini, en algunos de los lugares sin que sepáis dónde es, bueno… igual alguno lo averigua…

El avión lentamente maniobra sobre la pista, comienza a coger velocidad hasta que despega.

La chica, haciendo caso omiso a las indicaciones de la tripulación de vuelo, mantiene el móvil encendido hasta que deja de haber cobertura y se corta.

—¿Alguna vez has entendido para qué sirve esto de apagar el móvil? Si fuera tan peligroso, tendrían un inhibidor o algo así. Mira por ejemplo a ese de ahí, que lleva durmiendo desde que entró en el avión, seguramente se le ha olvidado hacerlo, o aquel otro de allí que también lleva un rato durmiendo. Se supone que entonces por su culpa esto se va a caer.

—La verdad es que no lo sé.

De pronto se escucha al piloto dando información sobre la duración del vuelo, el tiempo en la ciudad de destino, si habrá o no turbulencias…

—Esto tampoco tiene sentido, ¿es necesario que hablen tan, tan rápido que no les entiendo ni en mi propio idioma? Si tenemos varias horas por delante, no hay prisa, ¿por qué no pueden hablar como personas normales?

Su asistenta no dice nada, está como ausente.

—Oye, ¿qué ocurre? Estás muy callada. ¿Pasa algo que no sepa?

—Cosas mías. Me preocupa que se filtre este viaje.

—Ya, lo he pensado, pero qué podemos hacer. Yo te juro que no voy a decir nada.

—Ya, ya, pero… bueno, he estado pensando que si por alguna razón llega a saberse, siempre podemos decir que vamos a donar la mitad del dinero que ganemos a alguna ONG, para colaborar, ¿qué te parece?

—¡Donar la mitad del dinero! —exclama casi enfadada.

—No te digo que vayamos a hacerlo, sino que en el caso de que todo esto se filtre, siempre podemos decir que vamos a hacerlo… —sonríe.

—Ah, eso es otra cosa, me parece una buena idea decirlo… Pero solo decirlo, ¿eh? —le contesta mientras le guiña un ojo.

—De todas formas intenta que en ninguna foto se sepa dónde estamos. Tú simplemente sigue haciendo caja durante el viaje, puedes enseñar cuerpo aquí, al aterrizar, en el trayecto en coche, pero no desveles a dónde vamos a ir… La mayoría de la gente no lo entendería.

—Pero… a ver… tampoco vamos a hacer nada malo, no seremos ni las primeras ni las últimas. Ya te he comentado que hay otras personas con dinero que han hecho algo parecido.

—Ya… No vamos a hacer nada malo, pero tampoco vamos a hacer nada bueno, que es lo que deberíamos…

—No te preocupes… Por cierto, ¿has cogido bañadores?

—Sí, sí, para las dos.

—¿Y los prismáticos?

—También.

Pasan las horas en el vuelo, la influencer revisando fotos y su compañera leyendo un libro sobre cómo a veces las relaciones de pareja dejan de ser divertidas.

—Qué extraño es este libro —dice la acompañante.

—¿Por?

—¿Sabes que los dos protagonistas se llaman igual, el chico y la chica? —le dice mientras le enseña la portada.

—Vaya, ¿y por qué?

—Supongo que para que el lector no sepa quién de los dos ha sido infiel.

—¿Cómo se llama el libro?

—*Cuando era divertido*.

La influencer sonríe.

—¿De qué te ríes?

—Recuerdo cuando era divertido con aquel jugador de fútbol, las primeras semanas, los primeros meses, pero después dejó de serlo…

—Sí, y menos mal que te lo quitaste de encima, ya ves cómo ha acabado…

Cuando ya llevan un rato hablando sobre su pasado, y todo está tranquilo en el avión, una niña junto a su madre se acerca a ellas.

—Hola —dice la madre—, perdona por molestarte.

—Sí, dime, dime, no pasa nada —contesta sorprendida la influencer.

—Verás, es que mi hija dice que es muy fan tuya y le gustaría hacerse una foto contigo, no sé si es posible. Perdona el atraco.

La influencer y su asistenta se miran extrañadas.

—Sí, sí, bueno… claro.

La chica pone su mejor cara y posa junto a una niña que sonríe alegre.

—Gracias, muchas gracias —agradece la madre sin que la niña sea capaz de decir nada.

Cuando ambas se han ido…

—Vaya, cada día tienes seguidores más jóvenes —ríe la asistenta.

—¿Sabrá esa madre a qué me dedico en mi cuenta privada? —dice la influencer extrañada.

—Quizás lo sepa mejor su marido, igual él te conozca más. Igual hasta nos esté financiando el viaje. —Ambas ríen.

Tras un vuelo sin contratiempos, aterrizan.

La chica, en cuanto vuelve a tener internet, revisa el móvil y se sorprende al ver que tiene quinientos suscriptores nuevos.

* * *

Un año antes

Dos hermanos acaban de aterrizar en un aeropuerto a varias horas de su destino. Su equipaje consiste en dos pequeñas maletas y poco más.

Uno de ellos ha estado nervioso durante todo el trayecto, no le gustan demasiado los aviones. A eso hay que añadir que su hermano no le ha dejado ver en ningún momento el destino en las pantallas del aeropuerto, incluso le ha tapado los oídos cuando la azafata lo ha mencionado.

Se dirigen hacia el punto de encuentro donde un asistente les estará esperando.

—Empieza el viaje. ¿Estás nervioso?

—Un poco.

—Verás cómo te gusta.

—Seguro, y más si hay videojuegos —dice mientras observa todo lo que hay a su alrededor, intentando adivinar a dónde se dirigen.

»¿Es aquí? ¿Este es el país?

—No, no, este es el aeropuerto más cercano. Ahora tenemos que ir hasta nuestro destino, son varias horas en coche.

En cuanto llegan al punto de encuentro ven a un hombre enorme que sostiene un pequeño papel con su apellido. Al hermano pequeño no le gusta. Él está acostumbrado, como ha ocurrido en otras ocasiones, a que una azafata de pelo largo y falda corta sea quien les esté esperando.

—¿Nos tenemos que ir con él? —pregunta el hermano pequeño con dudas y desconfianza.

—Sí, no es el recibimiento de siempre, pero es más seguro así. —Y justo en el momento que pronuncia la palabra se arrepiente.

—¿Más seguro? ¿Por qué? ¿Pasa algo? ¿Es peligroso el sitio al que vamos? —pregunta nervioso.

—No, no, perdona. Me refería a que así vamos directos al lugar, pues para llegar hay que desviarse por varias carreteras secundarias, y pedí que viniese un conductor experimentado. Además… —intenta relajar la conversación—, vamos a dormir en medio de un bosque.

—Me encantan los bosques… aunque a veces también me dan miedo.

—No te preocupes, este te gustará.

El hermano mayor se acerca al hombre que sostiene el cartel, intercambia unas palabras y le da un sobre. A pesar de hacerlo de una forma disimulada, el pequeño lo ve.

—¿Qué le has dado? ¿Qué era ese sobre? —le pregunta cuando regresa.

—Nada… solo una propina para que nos traten como a reyes. Además le he dicho que es tu cumpleaños, igual hasta nos traen una tarta cuando lleguemos —sonríe.

—¡Qué bien! ¡Me encantan las tartas!

Se dirigen hacia una furgoneta negra, dejan sus maletas y se sientan en la parte de atrás. El vehículo se pone en marcha.

Tras dos horas de viaje, comienzan a ver algo de nieve en los arcenes. El hermano menor se queda maravillado mirando a través de la ventanilla; esos paisajes siempre le llevan a la Navidad, a esas tardes de infancia en las que cuando era más pequeño toda la familia se reunía en casa junto al árbol. Disfruta observando cómo los copos se estrellan contra el cristal. Intenta seguirlos con el dedo hasta que se deshacen.

Ambos se cogen de la mano, y así, entrelazados, cada uno de ellos se pierde en sus pensamientos.

Hay momentos en los que el mayor siente lástima por su hermano pequeño: desde niño lo protegieron demasiado. Se entristece

cuando, a veces, vive en sus propios mundos.

El otro, el pequeño, siente admiración, pero también envidia.

Asume que su hermano siempre ha sido mejor en todo.

A veces, para compensar esa diferencia, intenta retarle y ganarle en algo, en lo que sea: en subir una montaña más rápido, en lanzarse el primero en un lago helado, en realizar mejor cualquier actividad arriesgada… Y justamente por eso se siente mal ahora: por haber expresado miedo cuando ha aparecido la palabra *seguro*.

No soy un cobarde, *no soy un cobarde*, se dice a sí mismo.

Tras casi tres horas de viaje, el vehículo sale de la carretera principal y se detiene en una pequeña gasolinera en la que no hay prácticamente nadie.

El conductor, que no ha dicho ni una palabra durante todo el trayecto, por fin habla:

—Si queréis bajar, debe ser ahora… Yo vuelvo en un momento, tengo que hacer unas cuantas llamadas y de paso descansar un poco.

—Pues sí, nosotros también deberíamos bajar a tomar algo. ¿No tienes que ir al baño?

—Bueno… me puedo aguantar, pero… —contesta el hermano menor.

—Mejor que no, aún queda mucho viaje.

Al bajar se fijan en el paisaje que tienen a su alrededor: montañas vestidas completamente de árboles que a su vez son atravesadas por cascadas.

—¡Qué bonito! ¡Me encanta este sitio! ¡Parece que estamos en el interior de uno de mis videojuegos! Hay uno en el que vas con un escudo y una espada a través de las montañas… —comenta el hermano pequeño.

—Sí, es una zona preciosa…

El frío comienza a notarse en el cuerpo y entran en un pequeño bar de carretera en el que apenas hay siete u ocho personas, la mayoría parecen ser camioneros que simplemente están de paso.

Miran el local, que no es demasiado grande, pero no ven al conductor.

Ninguno de ellos dice nada.

Entran en el baño y ambos se dan cuenta de que allí tampoco está, pero no lo comentan.

Al salir piden dos cafés en la barra mientras esperan.

Y por primera vez el hermano mayor está preocupado, pues ahora mismo están en manos de un hombre que no conocen y que de momento no ven por ninguna parte.

* * *

Ahora

Acerco tanto la mira telescópica del fusil que puedo ver la cara de ilusión de la niña, casi puedo leer en sus labios lo que está pidiendo.

Me duele pensar que debería ser yo quien estuviera ahí, junto a ella, quizás ayudándole a elegir el dulce que se va a comer hoy, escuchando sus dudas, sus preguntas, recibiendo su cariño. Ojalá ser yo quien pudiera disfrutar de su mirada, de su compañía y de esa sonrisa.

Mientras espero el momento adecuado mi mente vuelve al pasado, a ese que no voy a poder cambiar por más veces que dispare.

Fue su mano la que me despertó en plena madrugada, cuando en las madrugadas aún había silencio, cuando uno era capaz de distinguir entre el día y la noche.

Aquella noche sus gritos me hicieron saltar de la cama, como si tuviese que apagar un fuego que no sabía localizar. Tras la desorientación inicial comencé a asimilar lo que estaba ocurriendo. Nos habían avisado: la niña podría adelantarse unos días, incluso unas semanas.

Me vestí tan rápido que nunca supe cómo fui capaz de ponerme la misma pareja de calcetines, cómo encontré los zapatos o cómo conseguí preparar una mochila que hacía días que debía haber estado lista.

Salí a la calle y el frío impactó contra el cuerpo. Aparté con las manos, sin guantes, toda la capa de hielo que bloqueaba el parabrisas. Entré en el coche con los dedos entumecidos de dolor, intentando, nervioso, colocar las llaves en el contacto. Finalmente, tras demasiados intentos, el coche arrancó y lo dejé encendido a ver si era capaz de que el habitáculo entrase en calor.

La ayudé a subir.

Me ayudé a subir a mí mismo.

Nunca se me hizo tan largo un viaje tan corto.

El coche patinó en varias curvas y, por un momento, estuvimos a punto de estrellarnos contra algún semáforo, pero finalmente llegamos.

La acompañé hasta la entrada al hospital y a partir de ahí ya no recuerdo con claridad todo lo que ocurrió después.

Sé que entramos en una habitación y esperamos durante unos minutos mientras ella no paraba de gritar de dolor.

Más dolor. Y gritos.

Y su mano agarrada a la mía. Y más gritos.

Solo he escuchado a mi mujer gritar de esa manera en dos ocasiones en toda mi vida. La primera vez fue cuando nuestra niña nació; la segunda, cuando nos la quitaron.

Pequeño caos inicial.

Y después un médico.

Y una enfermera.

Y más gritos que después se olvidan.

Y un miedo que luego también se olvida.

Y un primer llanto que nunca, nunca se olvida.

Y un pequeño cuerpo que sale de otro.

Y un hombre, yo, que mira ese pequeño cuerpo de forma obsesiva, por si le falta algo, por si le sobra algo, contando los dedos de las manos, de los pies, observando sus brazos, sus piernas, analizando si tiene demasiado pelo en la espalda, si tiene demasiado roja la cara, si quizás hay demasiado llanto para un cuerpo tan pequeño…

Al final todo estaba en su sitio: ella.

Ella.

Después, ya en casa, mi obsesión fue vigilarla por si en algún momento de la noche se le olvidaba respirar. Pasado un tiempo,

fuimos nosotros los que tuvimos que aprender a no respirar demasiado para que la oscuridad no se nos llevara.

Durante aquellos primeros meses no dormí una noche entera. Después todo mejoró, y con los años, poco a poco, casi sin darnos cuenta, volvió a empeorar. Llegó un día en el que jamás volvimos a dormir más de dos o tres horas seguidas.

Fue cuando comenzamos a vivir en casas sin paredes. Casas con techo y suelo, sí, pero con paredes tan extrañas que si intentabas tocarlas, entrabas en la casa de al lado.

Continúo ahora observando a través de la mirilla cómo el hombre acaba de decirle algo al oído a la niña.

Ese hombre podría ser yo.

Aún están demasiado juntos y las balas no saben distinguir un cuerpo de otro.

* * *

Un año antes

En un aeropuerto cercano al que llegaron los hermanos hace unas horas aterrizará en breve un avión que lleva a dos personas que van a hacer el mismo viaje pero con un objetivo diferente: un director de cine y su representante.

—Esto va a ser un antes y un después en mi carrera —le dice el director a su acompañante mientras, en pleno vuelo, se saca un cigarrillo.

—¡Qué coño haces!

—Ya no puedo aguantar más.

—Pero si solo llevamos dos horas de vuelo.

—Es lo que tenemos los drogadictos, que no podemos pasar mucho tiempo sin nuestra dosis —le sonríe mientras se saca el mechero.

—¡Guarda eso! —le grita tan fuerte que varios pasajeros se giran.

—Vale, vale… La has fastidiado. Si no hubieras dicho nada, ni se hubieran enterado.

—¡Hay sensores de humo, pareces imbécil!

—Sí, sí, soy un imbécil, todo lo que tú quieras, pero aquí estás tú conmigo.

—Porque yo también soy un imbécil.

—Y porque te llevas un buen pellizco de todo lo que gano.

—Cada vez ganas menos.

—Por eso estamos ahora mismo subidos a este avión.

—Por eso.

El avión continúa el viaje, pero el director está cada vez más nervioso. Pide varios licores, patatas, refrescos, unos dulces… hasta que, finalmente, quizás por el alcohol acumulado, se duerme.

Después de alguna que otra turbulencia leve, el avión aterriza.

Mientras su representante va a por las maletas, el director se mete en el interior de un baño y se enciende un cigarrillo.

Se mira al espejo y casi ni él mismo se reconoce. Ese color de pelo tan… ¿gris, blanco, amarillo?, esa barba ahora exageradamente poblada y sin cuidar, esas cejas que le ocupan la mitad de la frente, y esas arrugas exageradas en los párpados.

Qué puto viejo estoy hecho, se dice a sí mismo.

Sale del baño y observa el ejército de turistas que van y vienen por la terminal: familias al completo ilusionadas hacia un nuevo destino, otras agotadas que regresan de sus vacaciones; parejas felices que se besan, parejas no tan felices que discuten por cualquier detalle; agentes de negocios trajeados que se creen importantes; pilotos, azafatas… cada uno con su destino, con sus vidas.

Y de pronto él se siente especial, especial por poder hacer un viaje así, porque esto no van a ser unas simples vacaciones, no, esto va a ser el nuevo despertar de su carrera.

A los pocos minutos su acompañante regresa con un carrito en el que están las dos maletas.

Ambos salen a la puerta principal.

—Espera un momento, ahora vuelvo —le dice.

El director, desde la distancia, ve cómo su acompañante habla durante unos instantes con un hombre y le entrega un sobre. Justo en ese momento, indignado, se acerca hasta ellos todo lo rápido que su cuerpo le deja, que no es demasiado.

—¿Qué haces? ¿Qué coño le has dado? —dice en voz alta, lo suficiente para que la gente de alrededor lo escuche.

—Cállate —le contesta mientras lo agarra del brazo e intenta alejarlo unos metros de allí—. Aquí hay que pagar, hay y habrá que pagar por todo.

—Pero yo ya he pagado, ya te he dado un montón de dinero, mucho, muchísimo. Te he dado todo el dinero que me has pedido.

—Has pagado el viaje, pero no la protección. Y te aseguro que aquí la protección nos va a hacer falta.

—No me jodas, esto no es en lo que habíamos quedado, voy a llamar a…

—¿A quién? ¿A quién vas a llamar?

—No sé, joder, a quien lleve todo esto, ¿qué agencia lo lleva?

—No vas a llamar a nadie —intenta calmarlo—. Vamos, tenemos que subir en aquella furgoneta. Y, por favor, tápate un poco, nos están mirando. Creo que hay alguien que ya te ha sacado una fotografía.

—Pero si voy camuflado, mírame a la cara, mira qué pedazo de barba me he dejado, nadie podría reconocerme.

—No hace falta mirarte a la cara para reconocerte.

—Cabrón, siempre estás con lo mismo. —Es lo único que se le ocurre.

—No nos conviene llevarnos mal en este viaje —le advierte su agente.

Los dos hombres, en silencio, entran en la furgoneta. Y el vehículo arranca.

* * *

Un año antes

Un hombre que viaja en su propio coche, un Hummer negro con chófer y guardaespaldas, ha preferido no pisar ningún aeropuerto para así no tener que dar ningún nombre, para que nadie tenga que comprobar su pasaporte falso.

Tras muchas horas de camino el vehículo para en una estación de servicio rodeada por montañas cubiertas de niebla. Los tres ocupantes entran en la cafetería.

—Un café, cargado —le dice a la chica que hay tras la barra—, y otros dos para mis amigos.

Y mientras espera, utiliza un móvil que no es el suyo para enviar un mensaje: *Ya estoy*.

Simplemente eso.

Se toma el café tranquilamente.

Aunque no es la primera vez que hace un viaje de este tipo, sigue estando nervioso. A pesar de tenerlo todo controlado, a pesar de ser quien es, siempre hay cosas que pueden salir mal, porque al final toda la organización puede saltar por los aires porque uno de los idiotas de la última frontera tenga un mal día.

Afortunadamente tiene contactos. Desde su posición política ha apoyado a muchas de las empresas que ahora le van a dar protección por todos los países de Europa. Y no solo a empresas legales, hay también muchas organizaciones a las que hace tiempo que, gracias a él, no se investiga.

Son esas mismas organizaciones a las que les interesa protegerlo. Porque una persona así, infiltrada en el meollo político de toda Europa, no es fácil de reemplazar.

—Nos vamos —les dice a los dos hombres que le acompañan: chófer y guardaespaldas.

Los tres se dirigen hacia el todoterreno.

El chófer pone un distintivo en la parte delantera que es internacionalmente reconocible, una señal que en todas las fronteras saben interpretar, en las oficiales y sobre todo en las no oficiales. También lleva un maletín con dinero, otro de los distintivos que todo el mundo también reconoce.

Saca unas gafas de sol y se queda en la parte de atrás junto a su guardaespaldas, con la esperanza de que a partir de ahora, paren donde paren, a nadie se le ocurra hacer preguntas.

Se mira en el pequeño espejo que lleva en el bolsillo: con esa peluca, esa barba tintada y esas gafas de sol ni su propia familia sería capaz de reconocerlo.

El coche arranca hacia el frío.

El hombre se pone unos auriculares y se relaja observando un paisaje que cada vez es más blanco.

Durante unas dos horas todo es tranquilidad.

Sabe que la peor parte vendrá cuando salgan de las carreteras y se sumerjan en el bosque, en esa última frontera fantasma que en realidad no existe, pero por la que tiene que pasar.

Pasan las horas y los kilómetros…

El vehículo gira por un camino que no está señalizado y comienza a circular sobre barro y nieve. El diplomático sabe que se acercan al punto más delicado de todo el trayecto.

* * *

Un mes antes

Un hombre que ha perdido hasta su destino continúa sentado en el suelo de una gran casa de madera en medio de un bosque. Comienza, cuidadosamente, a mirar los restos de la documentación que ha ido recuperando de la chimenea.

Aunque casi todo está quemado, aún puede distinguir algunos datos: la mayoría son hojas con facturas, pedidos y diversa información contable que quizás no querían que nadie encontrase, pero ninguno de esos papeles parece conducirle a lo que busca.

Cada vez la esperanza es más débil.

De nuevo se derrota, y esos pensamientos siempre le llevan a la solución que guarda en su bolsillo trasero: una solución definitiva.

No, aún no…, se dice a sí mismo mientras continúa repasando cada pequeño pedazo de papel.

Permanecerá allí, sentado en el suelo, más de dos horas hasta que, decepcionado, se levante junto al crujir de sus huesos asumiendo que no ha encontrado nada. Estará tentado de tirar todos los documentos a la chimenea, pero sabe que hay pasados que no deben desaparecer, porque al final, en algunas ocasiones, la historia acaba haciendo justicia. Por eso lo dejará todo en una de las mesas, perfectamente ordenado, por si toda aquella documentación le puede servir a alguna otra persona.

Pasados esos minutos iniciales de tristeza, se dirigirá hacia una de las mesas que hay cerca de recepción. Recuerda haber visto varias carpetas.

Quizás allí…

Las coge y las va depositando encima de la mesa. Cuando ya las tiene todas, se sienta.

Comienza a abrirlas una a una, con delicadeza, como el niño que abre un paquete de cromos cerrando los ojos, con la esperanza de que salga ese que le falta.

Todas ellas tienen el mismo contenido: decenas de recortes de periódicos.

Ahora se anima un poco más porque piensa que, quizás, en alguna de esas noticias pueda encontrar al hombre que busca.

Es cierto que sabe, al menos, el nombre de una de las personas que estuvieron allí: una chica muy conocida en las redes sociales, aunque no le sirve de mucho porque no es ella. Pero quién sabe si en alguna de las noticias aparece junto a más gente… Cualquier nombre, cualquier referencia… A veces es suficiente con rozar la piel de la esperanza.

Va leyendo cada una de las noticias, aunque la mayoría ya las conocía. Apenas hay nada nuevo.

Se lamenta tanto de no haber sabido interpretar todo lo que ocurría. Se siente culpable por no haberle hecho caso a su mujer: porque no tomar una decisión también es una decisión.

Después de dos horas revisando todos aquellos recortes, uno a uno, los lanza a la chimenea.

El fuego arde con más intensidad.

Vuelve a sentarse.

Las lágrimas comienzan a caerle por el rostro, unas gotas de fragilidad que, debido al intenso calor del fuego, se evaporarán antes de llegar al suelo.

Tras muchos minutos en silencio, esperando a que sus ganas de morir se pasen, se levanta para dirigirse hacia las estanterías que hay en una de las paredes del fondo, justo al extremo contrario de la chimenea.

Allí encuentra multitud de guías y folletos con información sobre actividades infantiles; listados con las piscinas más turísticas de la zona; con los campings más cercanos, los mejores restaurantes, los mejores lugares para ver auroras boreales…

Revisa otra estantería que está repleta de novelas en varios idiomas, la mayoría en inglés, pero también en francés, en ruso, en alemán…

Asume que va a tener que revisar todos y cada uno de esos libros, pues nunca se sabe lo que puede encontrar en su interior. A veces las cosas más pequeñas, las pistas más descuidadas, se encuentran entre los libros.

Coge unos cuantos y los va apilando en pequeñas columnas sobre otra de las mesas. Cuando ya los ha depositado todos se sienta.

Coge el primero y, colocándolo boca abajo, va pasando las hojas lentamente, por si acaso la aguja cae del cielo…

Nada.

Coge el segundo y hace lo mismo.

Y el tercero…

Y el cuarto…

Y el quinto…

Y poco a poco le van pesando tanto los párpados que su cuerpo ya no puede sostenerlos.

Se queda dormido allí, sobre la mesa.

* * *

Un mes antes

Justo en el instante en que un hombre acaba de caer derrotado sobre una mesa rodeada de libros, a unos diez kilómetros de allí, en las afueras de una ciudad…

Una mujer está intentando dormir junto a una muñeca a la que le habla todas las noches.

—Aquí estamos seguras —le susurra mientras la aprieta con todas sus fuerzas—. Nadie va a venir a por ti, tranquila, no tengas miedo. Mientras estemos aquí escondidas nadie se te va a llevar.

Le da un beso.

Y la mira delicadamente, como si tuviera miedo a romperla.

—Pero tenemos que intentar no hacer ruido, vamos a quedarnos calladas para que nadie nos oiga… —susurra aún más suave.

Le da otro beso.

Y otro.

Y otro.

—¿Qué? ¿Cómo dices? —se pregunta ella misma a través de la muñeca.

»¿Que cómo sabemos si es de noche o de día? —continúa el monólogo.

Se piensa la respuesta.

—Es difícil saberlo… pero ya hemos cenado, y eso es una señal de que es de noche. No tendría sentido cenar cuando aún es de día, cuando aún hay sol fuera. Y ya hemos cenado… ¿a que sí, cariño?

Se acurruca lentamente junto a la muñeca.

—Te quiero… —le vuelve a susurrar.

Desde ahí, con los ojos totalmente abiertos, se queda vigilando la vela que tiene sobre la mesita, aún le queda mucho para apagarse,

pero… por si acaso.

* * *

LA ÚLTIMA FRONTERA

Un año antes

Después de varios minutos, mientras los dos hermanos esperan en una de las mesas, el conductor de la furgoneta regresa junto a otro hombre. Tras una conversación que no comprenden, se dan amistosamente la mano y el conductor se dirige hacia ellos.

—¿Estáis listos?

—Sí, ya estamos.

Y sin más palabras, se dirige hacia el coche.

Los hermanos van tras él.

Todo se calma.

El vehículo arranca y comienza a circular por una serie de carreteras secundarias donde cada vez hay menos tráfico.

Tras casi una hora más de carretera se internan, a través de un camino de barro, en un bosque donde solo se ve niebla.

A los pocos minutos el vehículo se detiene ante lo que parece una pequeña caseta de madera y una barrera.

Dos hombres armados les dan el alto.

—Esperad aquí, enseguida vuelvo —les dice el chófer, que para el vehículo y sale.

Uno de los hombres armados comienza a hablar con él en un idioma que ninguno de los hermanos conoce.

—¿Qué pasa? —pregunta el menor mientras se remueve nervioso en el asiento.

—Nada, nada, no te preocupes, supongo que simplemente será un control, nada más —intenta calmarlo.

Conductor y guardia continúan hablando, pero cada vez el tono de la conversación se vuelve más violento. Cada vez sus cuerpos están también más tensos.

—¡Si no fuera por el dinero, les pegaría un tiro ahora mismo, aquí! —grita el hombre haciendo gestos con el arma hacia el vehículo.

—Yo también lo haría —le dice el chófer de la furgoneta—, te lo aseguro. Pero a veces hay que saber controlarse. ¿Qué pasaría si te los cargas aquí mismo? ¿Qué me pasaría a mí si ellos mueren?

—Que al final alguien se enteraría.

—Exacto. Y ese alguien vendría a por ti y después vendría a por mí. Porque a mí me pagan por protegerlos, y si ellos mueren, yo muero, ¿entiendes? Y yo no quiero morir. ¿Tú quieres morir? —intenta calmarlo el conductor.

—No, no quiero morir, pero quiero una compensación por aguantar a esta escoria, por dejarlos pasar, por tragarme mis ganas de matarlos…

—Espera… Eso siempre tiene arreglo, ya lo sabes —le dice el chófer mientras regresa al vehículo.

Se asoma a la ventanilla y desde ahí se dirige al hermano mayor.

—Necesitamos algo más de dinero para pasar por aquí —le comenta.

—Pero ya te he dado antes el sobre, ya lo hablamos con quien contratamos el viaje, nos advirtieron de que no se nos ocurriese pagar nada más a nadie, porque si no habría consecuencias…

—Puede ser —le interrumpe—, pero ahora mismo ese alguien no está aquí, ¿verdad? Y a mí me habéis contratado para que os proteja, ¿verdad? Y no sé si os habéis dado cuenta, pero ellos son dos con armas y yo soy solo uno. Y para protegeros necesito algo de dinero. Esto funciona así.

El hermano, resignado, saca unos billetes.

Los cuenta sin saber muy bien si está pagando demasiado y se los entrega al conductor del vehículo.

Este los coge a través de la ventanilla y se dirige hacia la garita de madera.

Entra.

Y allí los tres se lo reparten.

—Al final estos viajes son tan caros porque hay que pagar muchas comisiones —le dice el hermano mayor al pequeño intentando tranquilizarlo.

—¿Cuánto te ha costado?

—Es un regalo, ¿recuerdas? —replica poniéndole la mano en la pierna.

Después de unos minutos, el conductor regresa al vehículo.

Arranca sin decir nada.

La niebla apenas deja ver a unos pocos metros de distancia.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es este sitio? —pregunta de nuevo el hermano menor.

—Es una sorpresa, ya lo descubrirás.

—¿Habías venido aquí alguna vez?

—Sí, hace ya unos cuantos años, papá tuvo aquí varios negocios.

El vehículo avanza mientras los dos hermanos permanecen en silencio.

Todo el alrededor es idéntico: árboles, restos de nieve en el suelo y niebla. Por un momento pasan por su cabeza muchas posibilidades: que se han perdido, que los han perdido a propósito, que quieren llevarlos hacia otro lugar…

El mayor ve cómo su hermano pequeño tiembla.

—No me está gustando este viaje —le confiesa con los ojos húmedos.

—No te preocupes, no pasa nada, no pasa nada… —le dice mientras le abraza la mano.

Piensa si realmente han hecho bien viniendo aquí, si no habría sido mejor hacer cualquier otro viaje. Pero ¿qué viaje?

¿Visitar Venecia en góndola, un crucero por las aguas del norte, una vuelta en globo? ¿Lo que hacen los turistas normales? ¿Lo de siempre? No, eso no hubiera sido un buen regalo.

Todo cambia cuando por fin llegan a un claro en el bosque donde la niebla da una pequeña tregua.

Cruzan un arco que les da la bienvenida.

Acceden a un aparcamiento en el que hay varios coches.

—Bueno, parece que al final hemos llegado —le dice el hermano mayor.

—Mira, mira —dice el pequeño—, allí hay columpios, y un parque de aventuras…

Ambos sonríen.

* * *

Un año antes

En el interior de una furgoneta negra, una chica y su asistenta llevan dos horas observando cómo el paisaje se ha ido cubriendo de blanco a la vez que iba disminuyendo el tráfico.

Es al abandonar la carretera principal para adentrarse en una especie de bosque, cuando a la chica le ocurre algo para lo que nunca está preparada: acaba de quedarse sin cobertura.

Siempre es una situación incómoda para ella, como si de pronto a su cuerpo le hubieran amputado una extremidad.

Ya en pleno bosque, la furgoneta va reduciendo velocidad hasta que llega a una especie de caseta en la que dos hombres armados detienen el vehículo.

Y, por primera vez en su mundo ideal, tiene miedo. No porque nunca haya visto armas de verdad tan de cerca, pues alguna vez ha estado en instalaciones protegidas y zonas militares, no; lo que realmente le ha dado miedo es la mirada del hombre que se acaba de acercar al coche.

Y aun así la chica no deja de grabar con su móvil, como si todo lo que ve a través de la pantalla estuviera ocurriendo en el exterior, ajena a ella.

El gigante que conduce sale del coche y comienza a hablar con el hombre del rifle.

La conversación, en un principio, transcurre de una forma que parece calmada, pero poco a poco ambos comienzan a elevar el tono.

—Esto no me gusta, esto no me gusta nada —le dice la acompañante a la influencer.

—Ya, a mí tampoco… —contesta ella sin dejar de enfocarlos con el teléfono.

En ese instante el hombre armado se da cuenta de que le están grabando y se lanza con extrema violencia contra la puerta del

vehículo. La abre, mete parte de su cuerpo dentro y le arranca de la mano el móvil lanzándolo contra el suelo. Justo cuando está a punto de golpearlo con el arma, el chófer le coge el brazo y lo detiene.

La chica sale del coche y comienza a gritar, histérica, quizás más que si le hubieran fracturado un hueso de su cuerpo. Se arrodilla para cogerlo.

El guardia, nervioso, sin saber muy bien qué hacer, dispara a unos metros contra el suelo.

Su compañero, que estaba observándolo todo desde la pequeña garita, se acerca corriendo.

Todo se sume en el caos, la acompañante también se pone a gritar de puro miedo en el interior del coche, el guardaespaldas saca una pistola y apunta con ella a la cabeza de uno de los hombres.

Por un momento todo se queda en silencio, un silencio tan intenso que cualquiera de ellos podría escuchar el caer de una hoja en el bosque.

—¡Vamos a calmarnos! ¡Vamos a calmarnos! —grita el chófer sin bajar el arma—. ¡Tú, entra en el coche! ¡Ya!

La chica se levanta lentamente con su móvil en la mano y se mete en el vehículo.

—¡Y ahora esperad ahí, quedaos quietas y, por lo que más queráis, no grabéis, no grabéis nada! —les ordena con un rostro que no admite discusión.

Las dos mujeres se ovillan en el asiento de atrás, temblando.

El chófer baja el arma y les dice algo en su idioma a los otros dos, que, lentamente, bajan también las armas.

Los tres se dirigen hacia la pequeña caseta.

—¡Te has vuelto loco! —le dice el conductor a uno de los guardias.

—¡Me estaba grabando, esa puta me estaba grabando con su móvil! No quiero que mi cara salga por ahí, yo también tengo familia, ¿sabes? Yo también tengo mujer, hijos… gente a la que puedo perder, ¿me entiendes? Si alguien me reconoce, ¿sabes qué me pasará? ¿Lo sabes? ¡Pasará que vendrán a por mí!

»¡Vendrán a matarme!

—Vale, ya está, ya está, aquí todos podemos perder mucho, vamos a calmarnos.

—¿Sabes lo que haría ahora mismo con ella? —dice uno de los guardias con cara de odio.

—No vas a hacer nada porque es una turista y a los turistas se les protege, sobre todo a su dinero. ¿Quieres que los de ahí arriba dejen de ganar dinero?

—Bueno… —se tranquiliza— pero yo quiero lo mío, nosotros queremos lo nuestro.

—¿Lo tuyo? ¿Lo vuestro? ¿Cuánto les habéis ido sacando a todos los que han pasado por aquí durante los últimos meses?

»¿Queréis que llame a este teléfono para preguntar por lo vuestro? —les dice mientras les muestra el rostro de un hombre en la pantalla.

El vigilante, al ver la foto, se calma y le dice a su compañero que suba la barrera.

El conductor regresa con un rostro serio y se introduce en el vehículo.

—Casi nos matan por tu puto móvil, ¿sabéis lo que os harían si os dejo aquí ahora mismo, si os abandono? —les dice sin girarse.

Arranca.

Las dos mujeres no contestan.

El vehículo continúa circulando por unas sendas rodeadas de árboles durante unos minutos que a las dos mujeres les parecen horas, hasta que llegan a un lugar más amable donde un cartel les da la bienvenida.

La chica y su asistenta se relajan al ver los columpios de colores, las cuerdas entre los árboles y el castillo hinchable derrumbado en el suelo.

Ambas se miran y sonríen ligeramente, como si lo que acaba de ocurrir hubiera sido un mal sueño. Por fin han llegado a su *resort* de vacaciones.

El conductor sale del vehículo sin mirarlas, se dirige hacia el maletero y, con calma, coge el equipaje.

Las dos mujeres se mantienen dentro, en el asiento trasero, como si una fuerza invisible les impidiera salir.

Finalmente, cuando ven cómo el conductor se aleja hacia una gran casa de madera, salen también tras él.

Caminan sobre una mezcla de tierra y nieve hasta que llegan a un pequeño portal cubierto.

Allí se limpian como pueden los zapatos.

Al instante acude una mujer que les da la bienvenida en varios idiomas, entre ellos el suyo, y las acompaña hasta la recepción.

* * *

Un mes antes

En un edificio de madera en medio de la nieve y el frío, un hombre ha estado durmiendo durante casi dos horas sentado sobre una silla. Aunque su mente sigue luchando, su cuerpo necesita momentos para rendirse.

Será al despertar de nuevo cuando esa mente le engañará creyendo que está en su hogar, con su familia. Durante esos instantes de frontera entre vigilia y sueño, los recuerdos sustituirán a la realidad y podrá encontrar restos de felicidad.

Apenas serán dos o tres segundos los que pasarán antes de que se le vuelva a caer el mundo encima.

Mirará varias veces alrededor, confuso, observando extrañado los libros que le rodean. Analizará una estancia oscura, de madera, iluminada por una chimenea que aún está encendida.

Por un momento, al ver tan poca luz, su mente volverá también a la oscuridad, a esa que les rodeaba día a día.

Y será ahí cuando vuelva a preguntarse si todo lo que está haciendo vale la pena, si algún día encontrará a quien busca.

Coge un nuevo libro y, sin ganas, lo abre y, boca abajo, comienza a pasar páginas con la esperanza de que, de pronto, la aguja aparezca.

Nada.

Coge otro.

Nada.

Está tentado de abandonar, porque hasta las ganas de venganza tienen un límite.

Respira de nuevo y se mira la pulsera.

Papá.

Coge otro libro.

Y otro.

Y otro.

Y otro.

Y así durante una hora más: nada.

Aparte de unas entradas a un espectáculo de magia, un billete arrugado y tres tíquets de un museo, no ha encontrado nada.

Está agotado.

Fuera ya no hay luz.

Dentro, la poca que puede dar la chimenea que se está apagando.

Coge varios de los libros y los tira con rabia contra el suelo.

Y grita.

Grita tanto como puede.

Grita hasta que le duele la garganta, hasta que se clava sus propias uñas al cerrar con rabia las manos.

Se sienta de nuevo en la silla. Respira.

La chimenea ya solo dibuja una luz tenue.

Y es en el interior de esa casi oscuridad cuando una imagen aparece de nuevo en su mente, como ese sexto sentido que emerge en la desesperación.

Vuelve a pensar en la marca de sangre que había en la pared de la habitación, a dos metros de altura. ¿Qué hacía un hombre allí arriba?

Se levanta sin ganas.

Enciende la linterna y se dirige hacia esa habitación.

Conforme se acerca va iluminando los restos de sangre que hay en el suelo hasta que llega a la puerta.

Entra y enfoca la linterna hacia la pared del fondo, intentando imaginar lo que pudo ocurrir. Piensa que, quizás, había alguien sentado y de pronto escuchó ruidos fuera, o disparos, o algo que le hizo tener miedo y, al saber que no podía escapar por la puerta, se

subió a la silla y luego a la mesa… Y desde ahí intentó trepar hasta esa pequeña ventana para escapar…

Pero…

No tiene sentido, se vuelve a decir.

Esa ventana es muy pequeña, por ahí solo cabría un niño.

Nunca un hombre.

Decide subirse a la mesa para poder analizar el hueco más de cerca.

Una vez allí arriba se da cuenta de algo que desde abajo no había visto.

* * *

Un mes antes

Justo en el instante en que un hombre acaba de subirse sobre una mesa para averiguar por qué hay sangre en lo alto de una pared…, a unos diez kilómetros de allí, en las afueras de una ciudad…

Una mujer está intentando dormir, pero no puede, siempre está demasiado nerviosa, siempre hay algo que no la deja descansar. Mira fijamente la pequeña vela que tiene en la mesita; por fortuna, aún le quedan horas.

Mueve los pies de forma compulsiva, cierra y abre los párpados repetidamente, aprieta los dientes hasta que se hace daño…

Cuando ya no aguanta más, se levanta con cuidado, intentando no despertar a la muñeca que tiene a su lado, la que permanece siempre con los ojos abiertos.

Coge las sábanas y la arropa.

Se acerca a su cara y le da un beso.

Y otro.

Y otro.

—Duérmete, cariño, que ahora vengo —le dice con una delicadeza que roza el suspiro.

Sale de la cama y, descalza, coge la pequeña vela para dirigirse hacia el fondo de la habitación. Una vez allí, comienza a iluminar los dibujos que hay en la pared: una casita de madera, unos cuantos árboles con trazos irregulares, un parque con columpios, la silueta de lo que parece ser un perro, cientos de palos agrupados de cinco en cinco, contadores de días…

Se agacha con dificultad y, a la vez que deja la vela en el suelo, coge uno de los muchos rotuladores que hay esparcidos por su alrededor.

Se levanta con más dificultad aún y, con una mano temblorosa, comienza a dibujar una flor en la pared. Será la primera de muchas esa noche.

* * *

Un año antes

Un Hummer negro atraviesa el mismo lugar por el que hace unas horas pasaron un par de hermanos en una furgoneta. Y los mismos hombres armados vuelven a actuar en el mismo teatro, lo único que ha cambiado ahora es el público.

El diplomático se conoce de memoria la obra. Sabe que ahora uno de los guardias les apuntará con el arma, sabe que después el conductor saldrá y que el volumen de la conversación entre ambos irá aumentando para dar la impresión de que algo no va bien y así infundir más temor. Pero lo que ellos no saben es que en este caso él sí que entenderá lo que dicen.

Después el chófer volverá al vehículo y le pedirá un poco más de dinero, y en este caso, él, sin discutir, sin alarmarse, tranquilamente se lo dará.

No es la primera vez que hace este tipo de viaje, por eso se conoce la coreografía.

Finalmente, tras simular de nuevo que discuten y que no están del todo de acuerdo en algo, el chófer volverá al vehículo y el guardia abrirá la barrera.

Atravesarán la frontera sin más incidentes.

A los pocos kilómetros el Hummer se interna en un manto marrón de nieve y barro. Afortunadamente, el vehículo que ha elegido es bueno circulando en ese tipo de terrenos: puede hacerlo a mucha más velocidad que el resto de las furgonetas. Y eso es especialmente útil si en algún momento hay que huir de allí.

Cada vez la niebla está más baja, es más espesa, apenas pueden distinguir por dónde van. Se alegra ahora de tener a su chófer, alguien que se conoce esos bosques de memoria.

Finalmente llegan a un arco de madera con la palabra *Bienvenidos* y acceden a una explanada.

Se da cuenta de que ya hay varios coches allí, y eso no le gusta. Hubiera preferido ser el primero en llegar, pues eso siempre da ventaja.

Sale su guardaespaldas.

Después el chófer.

Y por último él.

Y allí, de pie, revisa de nuevo todo el entorno, analizando bien el lugar: es importante saber dónde está uno, pero sobre todo es importante averiguar por dónde se puede escapar.

Le da un sobre al chófer y se dirige hacia el edificio junto a su guardaespaldas.

* * *

Un año antes

El último vehículo que pasará hoy por ese bosque será otra furgoneta negra en la que viajan un director de cine y su representante.

Ambos permanecen en silencio, observando el manto de niebla que les rodea. No han visto ningún coche desde que abandonaron la última carretera secundaria y la tierra comenzó a comerse poco a poco al asfalto.

La luz, que durante todo el camino ha ido debilitándose, ahora ya solo son hilos que se escapan entre unos árboles que apenas dejan ver el cielo.

—Se me ha ocurrido una idea… Estoy pensando que incluso podríamos rodar directamente aquí. ¿Qué te parecería traer todo el equipo de rodaje? ¿Sería muy complicado conseguir los permisos? ¿Sería muy caro el transporte?

—Ahora mismo supongo que sí, pero igual más adelante incluso nos financian por ello —le contesta sin dejar de mirar por la ventanilla.

—Sería increíble… —se dice de nuevo como para sí mismo.

—El sitio es precioso.

El vehículo avanza lentamente aprovechando las huellas de vehículos anteriores.

—Ya casi no se ve nada —piensa en voz alta el director.

—A partir de estas horas suele ser habitual —habla sorprendentemente el chófer—. Ya casi hemos llegado, aunque primero hay que pasar la frontera.

—¿Una frontera? ¿Aquí, en medio del bosque? No tiene mucho sentido, ¿no?

—No, no tiene mucho sentido, pero aquí está.

El vehículo se detiene ante una barrera que les impide continuar.

El chófer se baja.

En este caso ya lleva el sobre preparado desde que el representante se lo dio en el aeropuerto.

No hay gritos, no hay apenas conversación.

—¿Ya está? —pregunta el director.

—Ya está —contesta el chófer.

El vehículo continúa deslizándose por un camino que cada vez, debido al frío de la noche, está más helado.

A los pocos minutos atraviesan un arco de madera que les da la bienvenida.

El vehículo aparca cerca de la puerta para que ninguno de los ocupantes tenga que mancharse los zapatos.

Ambos bajan.

Se quedan de pie, intentando distinguir un alrededor al que apenas ya le llega luz: columpios, un parque de aventuras abandonado entre los árboles, unos restos de un castillo hinchable…

Durante unos segundos el director duda.

—¿Seguro que es aquí? —le pregunta a su mánager un tanto extrañado.

—Seguro.

—Pero esto parece el típico *resort* donde vienen las familias a pasar unas vacaciones geniales y divertidas —dice con sarcasmo—. ¿Hay también animadores y actuaciones musicales por la noche?

—Hemos llegado al sitio —dice resignado su agente.

* * *

Ahora

Continúan demasiado juntos.
Tengo tanto miedo a darle a ella.
No he nacido para esto.
No he nacido para matar a nadie.

Miedo.

Como ese miedo de las primeras noches, el que me obligaba a quedarme despierto durante horas para comprobar que respiraba. Ese fue el primer miedo, después llegaron los demás, porque traer una nueva vida al mundo también consiste en sentir nuevos miedos.

Miedo a que enfermara, miedo a que se atragantara, miedo a que se cayera… los miedos de una pareja que acaban de ser padres.

Y, en realidad, ahora me doy cuenta de que el único miedo real durante aquel primer año de su vida fue que anunciaban uno de los inviernos más duros de las últimas décadas. Las noticias no paraban de avisar que estuviéramos preparados para lo peor por si la nieve llegaba a colapsar las carreteras.

Y así fue.

La nieve llegó, y durante los primeros días dejaron de funcionar los transportes. Eso me afectó a mí: no pude salir con el camión.

Y así, entre un invierno que no se iba y una primavera que nunca llegaba, pasó su primer año. El primer año de una vida que antes no existía.

Y llegaron las palabras de siempre: *mamá* y *papá*, y en ese orden.

Papá.

Una palabra que tiene mucho más sentido cuando llega después de mucho tiempo buscando una ilusión, un sueño convertido en niña.

Papá.

Miro de nuevo la pulsera para convencerme a mí mismo de que voy a hacer lo correcto.

Llegaron también las Navidades, y los primeros regalos: ropa, y pañales, y biberones y ese peluche con forma de oveja del que nunca se separó a la hora de acostarse.

Y llegó el verano.

Y los paseos durante los días en los que las nubes le permitían brillar al sol.

Y el otoño que dejó a los árboles en esqueleto.

Y los primeros pasos de una niña que tardó demasiado tiempo en ponerse de pie, como si no tuviera ninguna prisa por hacerse mayor, como si supiera que en el mundo que vivimos lo mejor es mantener los pies en la infancia.

Y de nuevo el invierno.

Y el frío.

Y llegó entonces su segundo cumpleaños, y el tercero, y el cuarto, y el quinto… El último junto a ella.

Tengo ganas de recogerlo todo e irme de aquí. Pero ¿a dónde?

Ese es el problema, que ya no tengo a dónde ir.

Ahora no puedo dudar. Llevo imaginando este momento durante más de un año, la conciencia no me puede molestar ahora. Dirijo mi

mirada hacia mi brazo y observo de nuevo la pulsera.

Papá.

Continúo apuntando con el arma a la cabeza del hombre.

* * *

EL EDIFICIO DE MADERA EN EL BOSQUE

Un año antes

Cada uno de los turistas, tras hacer el registro correspondiente en el que, por supuesto, no han tenido que enseñar ningún documento, ha ido a sus respectivas habitaciones para colocar las pocas pertenencias que han traído.

—¿Te has fijado en que son todo hombres? —le dice la asistenta a la influencer una vez ha cerrado la puerta de la habitación.

—Sí, no son muchas las mujeres que se animen a hacer un viaje así. Creo que ninguna de mis amigas lo haría —sonríe.

—Seguro que tus amigas son más de París, Roma y Nueva York, ¿verdad? —contesta la asistenta mientras abre la maleta y comienza a colocar las prendas sobre la cama para después colgarlas en las perchas.

—Sí, claro, lo típico… Pero ellas no van a vivir algo distinto como nosotras. Ellas hacen los viajes de siempre para visitar lo de siempre. *Selfie* en la Torre Eiffel haciendo un corazón, *selfie* delante del Coliseo con las manos levantadas, *selfie* en la Estatua de la Libertad, *selfie* en los Alpes con la ropa de nieve más cara sin haber cogido unos esquís en su vida… Pero esto es diferente.

—¿Y tú? ¿También te vas a hacer *selfies* aquí, te vas a atrever?

—¡Ufff! No sé, después de lo que ha pasado en la frontera esa… Si hago alguno, lo guardaré en mi intimidad.

Abren los cajones y acaban de colocar delicadamente sus ropas. Las prendas de la chica todas a estrenar, impecables, rosas y blancas.

—Recuerdas que nos dijeron que debíamos traer ropa vieja, ¿verdad?

—Sí, claro… ¡voy a ir yo con ropa vieja!

—¿Estás nervioso? —le pregunta a su hermano menor cuando ambos están en la misma habitación.

—Bueno, de momento aún no, porque no sé dónde estamos, ¿qué viaje es este? No he visto nada relacionado con los videojuegos —contesta confuso.

—Todo a su tiempo —le dice mientras le pone la mano en el hombro—. Poco a poco lo irás entendiendo, ya verás como te gustará.

—Bueno, de momento no es el típico viaje. Y hay como un parque de aventuras ahí fuera. ¿Luego podremos ir?

—No sé, no me fiaría yo mucho de esas cuerdas, quizás lleven ahí mucho tiempo sin ser utilizadas, algunas parecían rotas.

—¿Por qué? —pregunta de nuevo.

—Bueno, ya lo entenderás. De momento vamos a ir colocando la ropa.

Abren las maletas y dejan sus prendas sobre la cama.

El hermano menor se acerca al mayor y le abraza.

—Gracias. —Y le susurra un *te quiero*.

—Yo también te quiero mucho —le responde el hermano mirándolo a los ojos—. Nunca lo olvides.

Y ambos se vuelven a abrazar sin saber que ese será uno de sus últimos abrazos.

Poco a poco, cada uno de los turistas va bajando a la gran estancia.

El primero en llegar es un hombre que lleva tiempo haciendo este tipo de viajes. Se ha sentado en uno de los sofás situados alrededor de la chimenea. Ha pedido un whisky y simula estar leyendo un libro.

Va perfectamente vestido, y perfectamente camuflado con una barba falsa y unas gafas de sol que no se quitará, pues tienen integrada una cámara con la que está grabando todo lo que ocurre alrededor.

Es cierto que tiene un sueldo elevado, pero no tan alto como para llevar ese nivel de vida. Nunca se sabe a quién se puede encontrar

allí, nunca se sabe cuánto dinero podría sacar con esa información.

A los pocos minutos llegan los dos hermanos. Se han acercado a la barra del bar: el mayor pide una cerveza y el menor algo sin alcohol, hace tiempo que consiguió dejarlo.

Se sientan en un sofá de tres plazas frente al hombre que, con gafas de sol, levanta ligeramente la mano en forma de saludo.

—¡Qué sitio tan bonito! —dice el hermano menor mucho más relajado, como si el hecho de estar rodeado de lujo le diera tranquilidad, quizás porque le recuerda a su hogar—. Es como la típica cabaña de *scouts*. Como si nos fuéramos de aventura.

—Así es, esta va a ser una aventura, nuestra mejor aventura. Brindemos por ello.

—Brindemos —dice el hermano menor mientras levanta su refresco.

Y chocan sus vasos.

—¿Sabes que hay ciento quince pasos desde nuestra habitación hasta aquí? —le informa.

—Vaya, pues no los había contado.

—Sí, ciento quince, justos.

Las siguientes en llegar son la influencer y su asistenta. Caminan hacia otro de los sofás, uno que está un poco más alejado de la chimenea. Se sientan y una de ellas levanta la mano para llamar a la camarera.

—¿No te sientes un poco observada? —pregunta la asistenta en voz baja, para que nadie pueda escucharla.

—Sí, todo el día.

—¿Crees que ha sido buena idea venir? ¿Somos las únicas chicas aquí?

—Bueno, no, no somos las únicas. Está la chica de recepción, también la camarera que hay en el bar, y he visto que en la cocina hay tres mujeres más.

En medio de esa conversación llega la camarera y les toma nota.

En cuanto se va continúan hablando.

—He pasado miedo en la frontera, mucho miedo —asume una de ellas, pues no lo habían comentado hasta ahora.

—Yo también, pero bueno, vamos a olvidarnos de eso, en todos los viajes hay cosas que no salen bien del todo, será una anécdota de la que nos acordaremos cuando seamos mayores. Cuando uno quiere hacer turismo especial, también vive experiencias especiales.

—¿Te has podido conectar? —pregunta la asistenta cambiando de tema.

—Sí, sí, aquí afortunadamente hay wifi. Menuda mierda durante el recorrido, apenas llegaban datos.

—¿Y cómo van los ingresos?

—Muy bien, todo el mundo quiere saber dónde estoy, todos quieren saber a dónde voy, y cada vez pagan más por averiguarlo.

—Genial, pero recuerda que debes insinuar, pero no decir dónde estás.

Los dos últimos turistas llegan también a la sala. El director se pasea por la estancia y lo primero que ve es una preciosa barra de bar con una estantería repleta de licores caros.

Se acerca y casi gritando pide una copa.

Su acompañante no quiere nada, pero es quien le habla más amablemente a la camarera:

—Nos sentaremos en aquellos sofás de allí, en los del fondo —le dice.

—Perfecto, caballero, ahora mismo se las llevamos, esperamos que estén como en su casa —contesta con la misma amabilidad la chica.

Cuando ya están sentados, el director hace una pregunta en voz alta:

—Aquí se cena, ¿verdad?

Y un hombre trajeado, que acaba de llegar, le contesta a él y, de paso, a todos los demás.

—Sí, no se preocupen, aquí se cena, y les estamos preparando unos platos exquisitos, pero antes permítanme presentarme y darles la bienvenida a este lugar.

* * *

—Buenas tardes, bueno… ya casi noches, a todos. Me pueden llamar Tim, aunque por supuesto no es mi nombre real. Soy el director de este *resort* y también uno de los tres guías que les acompañarán durante los dos días que van a estar aquí. Cualquier necesidad, sugerencia, consulta que tengan me la pueden comunicar a mí.

»Comentarles también que el equipo que va a estar a su servicio está compuesto por quince hombres y mujeres, entre cocineros, personal de limpieza, guías, chóferes y miembros de seguridad.

»No se asusten si de vez en cuando ven por el exterior a hombres armados, son nuestros. De momento nunca ha ocurrido nada, así que pueden dormir tranquilos… Bueno, es una forma de hablar.

»También entiendo que, como todos ustedes ya saben el lugar al que han venido, vamos a…

—¡Yo no! —grita alguien.

Todos se quedan en silencio, mirando de forma extraña a los dos hermanos.

—¿Usted no? ¿No sabe a dónde ha venido? —pregunta extrañado el guía mirándolos a él y a su acompañante.

—No, él no… —interrumpe el hermano mayor con la intención de que no le hagan un spoiler al primer minuto—. Es mi hermano y este viaje es un regalo sorpresa por su cumpleaños.

Todos quedan a la espera de una explicación más detallada.

—Verán… y seguro que todos ustedes me comprenden. Hay personas que en los cumpleaños regalan relojes, palos de golf, corbatas… Yo he preferido regalarle a mi hermano una experiencia, un viaje sorpresa…

En cuanto acaba de hablar pone su mano sobre la de su hermano. Ambos se miran.

—Ah, bueno, bueno… pues supongo que sí va a ser una sorpresa; como el resto ya saben a dónde han venido, voy a intentar no contar demasiado. Pero tampoco tiene usted mucho tiempo, pues esta

noche, después de cenar, en cuanto comencemos con la primera actividad nocturna, lo descubrirá todo.

—Sí, lo sé, pero hasta entonces que siga sufriendo… —contesta riendo.

—Continúo… ¿Entiendo que el resto ya saben que esto no es un viaje normal y corriente? No han venido ustedes a hacer el típico tour por las islas más paradisiacas del planeta, ni han contratado un crucero con la pulsera de todo incluido.

Los asistentes escuchan con atención.

—Durante los últimos seis meses han venido más de veinte grupos y todos se han ido muy satisfechos con la experiencia, espero que ustedes también.

»Voy a informarles brevemente de las dudas más comunes que suelen surgir. La primera pregunta siempre es si pueden hacer fotos o vídeos… —Deja una pausa a propósito—. ¡Por supuesto! Pero, eso sí, nunca le digan a ninguno de nuestros guías o personal de seguridad que les haga a ustedes una foto, no lo harán.

—¿Ves…? —le susurra el director a su mánager—. Ya te dije que podríamos hacer fotos y grabar. Esto nos va a venir genial, así tendremos mucho más material para la película.

—Pero… y esto es importante, está totalmente prohibido hacerse fotos entre ustedes. En ese caso nuestro personal les requisarán el móvil y lo destruirán. En este tipo de actividades lo más importante es la confidencialidad, ninguno de ustedes ha hecho jamás este viaje, ¿me entienden?

Todos asienten.

—Cambiando de tema… —continúa—, tampoco tendrán que preocuparse por la comida ni la bebida. Durante los tours nosotros llevaremos todo lo necesario y cuando estén aquí también está todo incluido. Con respecto a la ropa, en las actividades especiales también les proporcionaremos las prendas adecuadas, no queremos que se preocupen por nada. Ustedes aquí solo han venido a disfrutar.

Hace una pequeña pausa y continúa:

—Otra pregunta que nos suelen hacer es cómo hemos llegado a organizar este tipo de viajes.

Se detiene un instante para beber agua de una pequeña botella.

—Somos una agencia con más de treinta años de experiencia que ha tenido que adaptarse a los nuevos tiempos. Nuestros viajes siempre han estado orientados a familias con alto nivel económico, les hacíamos tours a medida por nuestro precioso país. Pero, poco a poco, todo fue cambiando, todo fue cuesta abajo, ya saben, la economía… Y teníamos dos opciones: o cerrar o reinventarnos.

Hace otra pausa.

Bebe un poco más de agua.

—Pero bueno, tampoco quiero aburrirles ahora con todo esto, porque supongo que ustedes han tenido un viaje muy largo y querrán cenar, ¿verdad? Espero que disfruten del menú exquisito que les hemos preparado. ¿Alguna duda?

—¿La actividad de esta noche? —pregunta la influencer.

—Ah, sí, disculpen, después de la cena, después del café y los licores, podrán acceder a la parte trasera del edificio en el que hay un complejo de spa para su disfrute, con bañeras de hidromasaje, saunas de varios tipos, contrastes de frío calor… y por supuesto, a partir de las once o doce de la noche, ya les indicaremos, les invitamos a introducirse en los jacuzzis exteriores para ver el espectáculo nocturno. Les aseguro que nunca en su vida verán un cielo así.

—¡¿Veremos auroras?! —le pregunta ilusionado el hermano pequeño al mayor—. Me encantaría, nunca he visto ninguna.

—Eso depende de lo despejado que esté el cielo… pero ahora ya sabes para qué hacía falta traer bañador —le responde.

El guía los escucha.

—Sí, justo por eso en el folleto ponía que trajeran bañador, pero no se preocupen, que si a alguno se le ha olvidado, nosotros podemos ofrecerles uno. Es una experiencia increíble disfrutar el agua caliente con nieve alrededor. Y les aseguramos que el espectáculo que pueden observar en el cielo es irrepetible. Evidentemente no siempre ocurre, nosotros no tenemos una bola de cristal, pero esta noche hay buenas previsiones para que el cielo esté impresionante.

Todos ellos se miran.

—Una última cosa, les hemos dejado en sus habitaciones una carpeta con información sobre los lugares que visitaremos mañana. Tienen mapas, descripción de monumentos, varias notas históricas… ahí lo tienen todo. Estaría bien que les echaran un vistazo, así mañana entenderán mejor todas nuestras explicaciones.

Pausa.

Vuelve a beber un poco de agua.

—Bueno, pues si no hay ninguna pregunta más, les serviremos la cena en unos diez minutos. Después tendrán barra libre durante toda la noche para que se conozcan mejor… si quieren, claro. Seguramente ninguno de ustedes volverá a verse nunca más.

* * *

Un mes antes

Un hombre se sube a una mesa con la intención de averiguar qué podría estar haciendo alguien ahí arriba para que le dispararan.

Y al observar la ventana, se da cuenta de que está protegida con barrotes por la parte exterior. Ahora sí que no entiende nada.

Si no podía escapar de allí, entonces ¿para qué subió?

Comienza a golpear los barrotes con la linterna por si son falsos, por si se pudieran mover de alguna forma… nada.

Hay algo que no le encaja en todo eso.

Ilumina el marco superior, los laterales, y en uno de ellos descubre una especie de asa metálica, como una pequeña anilla.

Extraño.

Golpea la pared con la linterna y el sonido es hueco.

Con la otra mano mete el dedo en la pequeña asa y tira hacia él.

Una caja de unos quince centímetros de grosor sale.

No subió para escapar, sino para coger esto, pero no le dio tiempo, se dice a sí mismo.

La coge nervioso y, lentamente, se baja de la mesa con ella. La caja está helada.

Al observarla de cerca se da cuenta de que es una especie de caja fuerte, cerrada con una combinación numérica.

Sale de la habitación y se acerca con ella a la chimenea para poder verla más de cerca y, sobre todo, para calentar unos dedos que se le están entumeciendo.

Ya puede distinguir mejor los números impresos. Intenta una combinación al azar, como si fuera un juego de niños.

Nada.

Pone después la combinación 0000, nada.

1111, nada.

2222, nada.

3333, nada.

Prueba así hasta la 9999, nada.

Ya está cansado.

Saca la pistola, se aleja un poco y dispara.

Rompe el silencio de un bosque en calma, en una noche en la que ni siquiera la luna ha decidido asomarse. Fuera, aunque él no puede verlo, varios pájaros alzan el vuelo dejando caer nieve sobre un suelo gris.

Al instante vuelve el silencio.

La caja, destrozada, se abre.

Se acerca lentamente, con la esperanza de encontrar algo de lo que está buscando, como si ahí estuviera su última oportunidad.

La coge entre sus manos y vacía todo lo que hay sobre una de las mesas.

Al verlo le golpean dos sentimientos.

El primero, el de auténtica rabia, de impotencia. No puede entender cómo el ser humano puede llegar a ser tan miserable.

Se pregunta a sí mismo en qué momento una persona deja de serlo.

El segundo sentimiento que le llega, después de la rabia inicial, es algo parecido a la satisfacción. Porque al ver lo que hay en su interior también se da cuenta de que se ha hecho justicia: ninguno de los que estaban en aquel lugar salió con vida de allí.

—Todos murieron —dice en voz baja, aunque él es el único que puede escuchar esa frase.

»Todos murieron —y se muerde los labios hasta que saborea la sangre.

* * *

LA CENA

Un año antes

Todos se van acercando a una gran mesa alargada.

El primero que se sienta, aunque preferiría no estar con el resto de los turistas, es el diplomático que ha dejado su copa vacía en una mesita y se ha dirigido hacia uno de los extremos. Al menos va a aprovechar la cámara que tiene integrada en sus gafas para continuar grabándolo todo. Sabe que la información es dinero.

Las segundas que se sientan son las únicas dos mujeres del grupo. Lo hacen justo en el otro extremo, frente al diplomático, dejando entre medias dos sillas por un lado y dos sillas por el otro.

Saludan con un simple *hola* acompañado de una sonrisa y el hombre les devuelve el saludo con la mano, de forma fría pero educada.

Comienzan a hablar entre ellas, en voz baja.

A los pocos minutos llegan los dos hermanos, que, después de dejar las copas sobre la barra, se sitúan entre las chicas y el diplomático.

Todos ellos se miran, pero ninguno se decide a romper el hielo; es la joven quien finalmente habla.

—¿Es verdad eso de que no sabes a dónde has venido? —le pregunta a uno de los hermanos.

Este se queda sin saber qué decir, le puede la timidez al hablar ante una chica tan joven, tan guapa… Nunca se le han dado bien los primeros contactos en las relaciones sociales.

Es finalmente su hermano quien habla por él.

—No, no sabe nada, porque esto es su regalo de cumpleaños, pero bueno, creo que poco a poco comenzará a descubrirlo, en

cuanto cualquiera de nosotros empiece a hablar —se ríe mientras se llena una copa.

—¿Y no sospechas qué puede ser? —vuelve a dirigirse la chica directamente a él.

El hermano, aunque en voz baja, finalmente le responde.

—Bueno, no sé… casi no he visto nada, solo árboles, y montañas, y nieve, y un control muy raro en el bosque… Creo que es un país nórdico por la nieve y por el frío y también por el tema de las auroras. O quizás mi hermano me ha traído a uno de esos países donde hay una dictadura, uno de esos países a los que casi nadie puede acceder… —En ese momento se queda mirando a su hermano mayor como si de pronto hubiera descubierto dónde están—. ¿Estamos en Corea del Norte? ¿Es eso? —le pregunta.

Y por primera vez la tensión que hay en el ambiente se rompe, pues la mayoría de los allí presentes se ríen.

—No, no estamos en Corea del Norte —le dice su hermano—. Pero buen intento.

—Sí, muy buena respuesta —le contesta también la chica y le hace enrojecer.

—Ah, no… —responde.

—¿Decepcionado?

—No sé, quizás habría estado bien, ese sí que hubiera sido un destino diferente —se ríe también.

—Bueno… lejos, lejos, no está —añade la chica.

El hermano pequeño le sonríe, se ha quedado embobado observándola.

—No te preocupes, supongo que durante la cena lo averiguarás, y si no, cuando salgamos al spa —le dice su hermano mientras le sirve un poco más de agua.

—¿Y tú? —habla por primera vez el diplomático con un tono serio, casi intimidante—. ¿Tú sabes a dónde has venido? —le pregunta a la influencer, que de pronto se queda blanca, como si le hubiese preguntado un fantasma.

—¿Yo?… —balbucea—. Bueno, sí, claro…

—Creo que no —continúa con un tono frío—. Creo que no tienes ni idea de a dónde has venido.

La mesa al completo se queda en silencio.

Y también la sala.

Y el bosque.

Uno de los guías, al ver la tensión que se ha generado, decide acercarse a la mesa.

—Bueno, lo interesante de este tipo de viajes es que cada uno de ustedes tendrá sus propios motivos para venir aquí. Algunos lo harán por curiosidad, otros para documentarse, otros para vivir una experiencia diferente… Y otros para hacer un regalo original…

Se queda en silencio mirando a los dos hermanos.

—Pero bueno… lo importante es que ya están todos aquí. Ahora disfruten de la cena.

Y conforme acaba la frase se da cuenta de que hay dos sillas vacías.

—Pero… nos faltan dos invitados.

Desde la mesa observan que el director de cine y su agente continúan sentados en un sofá.

El guía les hace señas y finalmente abandonan las copas para dirigirse hacia la mesa.

—Discúlpennos —dice el acompañante del director.

—No hay problema, llegan justo a tiempo. Aún no hemos empezado. Esperamos que disfruten de los platos que vamos a prepararles —dice mientras se aleja.

Suena una preciosa música ambiente y todo parece relajarse de nuevo.

La cena comienza con unos entrantes de lo más exquisitos, pequeñas perlas de caviar, panes realizados con la mejor masa madre, ostras perfectamente presentadas…

—¿Es cierto que aquí están dos de los mejores cocineros del país? —pregunta el director en voz alta.

—Eso es lo que ponía en la información —responde el mayor de los hermanos.

En cuanto llega el *maître* para servirles varios vinos lo confirma.

—Así es, aquí está el segundo mejor cocinero del país, para ustedes, en exclusiva, para toda la noche.

—Y entonces… ¿el primero dónde está? —pregunta el hermano menor.

—El primero está en el restaurante que hemos elegido para mañana, en la ciudad.

Todos sonríen.

El ambiente, gracias al anfitrión y a la bebida, se va relajando poco a poco.

Conversaciones sobre temas triviales, preguntas en un principio inocentes, curiosidades…

Llega el marisco, carnes seleccionadas de la zona, varios tipos de pescado… todo ello acompañado de los mejores vinos que han probado.

En ese momento se levanta el director de cine.

—Un brindis por nosotros. —Y todos alzan la copa—. Por una experiencia que muy pocas personas pueden hacer, somos unos afortunados al tener los huevos y el dinero de estar aquí.

—¡Brindemos! —grita en ese momento también el hermano mayor.

La cena continúa con una selección infinita de postres.

—Son todo especialidades del país, que se hacen en los lugares más remotos. Los ingredientes de algunos de ellos son muy complicados de conseguir, pero todo lo que sea para unos invitados como ustedes —informa una de las camareras.

Después llegarán los cafés, y las copas…

El ambiente se relajará tanto que cada uno de ellos comenzará a hablar sobre temas quizás demasiado íntimos, demasiado privados, al menos para un encuentro como ese.

Será en una de esas conversaciones cuando el hermano pequeño, por fin, averigüe a dónde lo han traído.

Su cara de asombro lo dirá todo.

* * *

Ahora

La niña por fin se ha decidido, pero siguen estando demasiado juntos, y el problema es que parece que van a entrar así: la una al lado del otro.

No puedo.

Mi única posibilidad es que, al menos, salgan separados.

Mientras me mantengo a la espera, con el dedo apoyado en el gatillo, mi mente vuelve al pasado.

Recuerdo el rostro de mi mujer aquel día al llegar a casa, solo con mirarla a los ojos supe que le ocurría algo.

—Hola —le dije dándole un beso en la mejilla, como hacía cada tarde.

Pero no hubo una respuesta inmediata, solo un abrazo acompañado de lágrimas. Me agarró con fuerza, como quien se amarra a un salvavidas en medio del naufragio.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté mientras intentaba ver su cara escondida entre el cabello.

—Los de arriba… los de arriba… se han ido… —me dijo casi en susurro.

—¿Los de arriba?

—Sí, los vecinos de arriba se han ido, ya no están.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

—No iban ni a despedirse de nosotros, ni siquiera nos iban a decir adiós… Después de tantos años, después de todo lo que hemos compartido, después de… —Se hundía de nuevo en sus propias lágrimas.

—Tranquila… tranquila —intenté calmarla mientras continuaba abrazándola—. Tranquila.

Esperé a que dejara de temblar.

—Pero… ¿por qué?

—Ya lo sabes… Me han mirado con odio… y no lo entiendo, nunca los había visto así —me contestó temblando mientras me abrazaba.

—Pero han dicho algo… te han dado alguna explicación, algo…

—Sí… claro que han dicho… me han dicho lo que ya sospechaba que me dirían.

—¿Qué? ¿Qué han dicho?

—Me han dicho que se van por nuestra culpa.

Y sí, se marcharon, y no fueron los únicos. Durante los siguientes meses muchos más se fueron.

Y a pesar de habernos saludado durante años en el barrio, a pesar de haber reído juntos en las fiestas de la comunidad, a pesar de habernos ayudado en muchas ocasiones… ninguno de ellos se despidió de nosotros, como si nunca hubiéramos existido.

Cada vez que se escuchaba el rugir de un motor en la noche sabías que una familia desaparecía de nuestro edificio. Y así, día tras día, cada vez había menos familias por las calles, cada vez había también menos niños…

No me di cuenta en aquel momento de que cuando los niños desaparecen de los parques es que algo grave va a ocurrir.

Miro de nuevo la pulsera.

Papá.

* * *

Un año antes

Tras varias copas, el ambiente se va relajando.

—Y usted, si es que puede contarlo, claro, ¿a qué ha venido aquí? —le pregunta el director al diplomático, que es, sin duda, la persona que menos ha hablado desde que llegaron al lugar.

Todos se quedan a la espera de su respuesta.

—Digamos que soy coleccionista —contesta con un tono de voz que no da pie a añadir nada más.

Pero el director, que sabe muy bien lo que está haciendo, insiste.

—¿Y qué es lo que usted colecciona? —le pregunta de nuevo—. Si se puede saber, claro, faltaría más.

—Cosas que muy poca gente posee, cosas que solo se pueden conseguir cuando uno tiene muchos contactos y mucho dinero —dice en un tono seco, casi impertinente, dejando claro que no quiere hablar más del tema.

El director mira disimuladamente a su agente y sonríe. Este le devuelve la sonrisa.

Ya no le pregunta nada más. Sonríe porque esa es la respuesta que esperaba oír. Sabe que están en el lugar correcto.

Durante unos minutos se genera un silencio incómodo que nadie sabe muy bien cómo romper.

Finalmente es el mayor de los hermanos el que se decide a continuar.

—Y a ustedes, ¿qué les ha traído aquí? —les pregunta.

—Nosotros hemos venido a trabajar —contesta el director de cine mientras su agente hace muecas de disgusto, pues sabe que no deberían hablar demasiado. Teme que, fruto del ego, se ponga a decir toda la verdad.

—¿A trabajar? Vaya, curioso, nunca había pensado que un viaje como este pudiera ser de trabajo. ¿Es periodista? ¿Investigador?…

—No, no, nada de eso, ¿es que no me reconocen? —dice el director mientras su agente por debajo de la mesa le pega una patada. Pero una patada nunca ha sido suficiente para apagar el ego de un hombre así.

—Pues no sé, ahora mismo no caigo —dice el hermano mayor a la vez que mira al resto de los asistentes.

El director espera unos segundos, pero al ver que nadie le reconoce, y quizás ya dolido en su ego, decide hacer algo que no estaba previsto.

—Bueno… —suspira—, es el problema de los directores de cine, que nuestras caras nunca salen en los carteles, y encima me he dejado esta barba enorme que no hace más que molestarme… Pero quizás si les digo mi nombre…

Y lo dice.

Y su agente se muerde la lengua.

Todos se quedan mirando su rostro fijamente.

—Claro… ya decía yo, es usted el director de cine. He visto varias de sus películas, sobre todo las primeras, eran buenísimas —comenta el hermano menor, que tiene una pequeña sala de cine con la que se entretiene cuando no está jugando.

El director asiente orgulloso por la primera parte del comentario, por haber sido reconocido, ahí su ego se alimenta; pero también se siente decepcionado por la otra: *sobre todo las primeras*.

El diplomático, que no ha dejado de grabar nada a través de sus gafas, sonríe porque sabe que toda la información extra que averigüe le puede servir en un futuro.

—¿Cómo va todo por aquí? —les sorprende el guía que de vez en cuando pasa por la mesa—. Como habrán podido ver, cada uno tiene sus motivos para realizar un viaje de este tipo.

Silencio.

—Les recuerdo que tienen barra libre con los mejores licores del país, adelante.

Y poco a poco, con el pasar de los minutos y de las copas, el ambiente va mejorando entre todos ellos. El alcohol consigue que la desconfianza se vaya perdiendo, y que comiencen a hablar de cosas que quizás no deberían contar.

* * *

Un mes antes

En el interior de una cabaña un hombre acaba de darse cuenta de que ninguno de los que dirigía todo aquel negocio salió con vida de allí, porque si alguno hubiera quedado vivo, con total seguridad habría vuelto a recoger lo que había dentro de esa caja.

Observa sobre la mesa cientos de billetes atados en fajos con gomas. Dólares y euros principalmente.

Pero entre todos esos billetes ha descubierto algo mucho más importante, algo que tiene más valor que todo ese dinero junto.

Unido a cada uno de los fajos hay también un papel, y al leer uno de ellos… Alguna vez tenía que encontrar la aguja en el pajar.

Todo el mundo comete errores, y allí está el error que le va a permitir seguir adelante. El error que le ha devuelto las ganas de continuar, de no sacar la pistola de su bolsillo y abandonar.

En cada uno de esos papeles hay fechas, cantidades y nombres.

Coge cada uno de ellos, como si fuera el tesoro más importante del mundo, y les va haciendo fotos.

Y los deja ordenados por fecha sobre otra mesa.

Ya lo tiene.

Cierra de nuevo los ojos y respira, como el escalador que ha llegado a la cima, como los padres que escuchan el regresar de su hija por la noche, como el hombre que ve un resultado favorable tras una prueba médica… Así se siente ahora.

Ya no hay prisa.

Ahora solo queda ir analizando cada fecha hasta que nombre y luego rostro coincidan con la imagen que lleva en su mente desde hace casi un año.

Solo eso.

Todo eso.

Coge todo el dinero que hay sobre la mesa y lo deja en el suelo.

Se sienta junto a él.

Y comienza a contarlo.

Tras varios minutos, consigue tener una cifra aproximada: medio millón de euros y, más o menos, lo mismo en dólares.

—Nadie ha venido a buscarlos —se dice a sí mismo en voz alta— porque nadie sobrevivió y nadie sabe que esto continúa estando aquí.

Se alegra.

El hombre coge los montones y los va dejando con cuidado en el suelo, alrededor de la chimenea, como si aquello formara parte de un siniestro ritual.

Cuando ya los tiene todos perfectamente alineados se sienta allí, junto a ellos.

Se mira de nuevo la pulsera: *papá*.

Silencio.

Mira fijamente el fuego con los ojos abiertos hasta que le lloran de dolor, hasta que siente cómo las lágrimas se evaporan sobre su frente, hasta que nota cómo las pestañas están a punto de arderle…

Los cierra, pero el dolor no se va.

Cuando, por fin, puede abrirlos de nuevo, se queda mirando todo el dinero que tiene alrededor.

Y es en ese momento de máximo dolor, tanto físico como mental, cuando coge cada uno de los fajos de billetes y los comienza a lanzar al fuego.

Tira uno y observa cómo arde.

Y otro.
Y otro.
Y el dinero desaparece entre las llamas.

* * *

Mientras cientos de billetes arden en una chimenea…

Una mujer continúa pintando flores sobre la pared de una habitación. Son prácticamente todas iguales, unas más grandes, otras más pequeñas, pero con un mismo patrón.

Seguirá allí unas cuantas flores más, hasta que, agotada, querrá volver a la cama.

Pero antes de acostarse se acercará a la puerta y apoyará allí su cabeza, para ver si puede distinguir algún ruido.

—No se escucha nada… —le dice desde lejos a la muñeca, que sigue inerte en la cama.

Respira en silencio.

—No hay nadie… Puedes estar tranquila.

Camina desde la puerta hasta la cama de una forma tan suave, tan delicada… intentando que sus pies apenas toquen el suelo para no hacer el mínimo ruido.

Sentada en un colchón que tampoco emite ningún sonido se quedará durante varios minutos mirando fijamente la pequeña vela que ilumina el entorno.

Aún le queda bastante para que se apague.

Sonríe.

—Ya no toses… qué bien… ya no toses nada… No tendremos que ir a ningún sitio, no tendrás que salir fuera… —le dice a una muñeca que nunca le responde.

Poco a poco, ya mucho más relajada, irá cerrando unos párpados que cada día le pesan más.

Silencio.

* * *

Un año antes

—¿Y vosotras? —añade el hermano menor.

Es entonces cuando la influencer, que desde que le preguntó el diplomático apenas ha dicho nada, se decide a hablar.

—Yo estoy aquí… bueno, nosotras estamos aquí para vivir experiencias nuevas, para ver todo esto de cerca. Y, sobre todo, porque es algo que nunca he hecho, y creo que no todo el mundo puede hacer.

—O no todo el mundo querría hacer —interrumpe el director.

—Bueno… eso es verdad —dice la chica.

Silencio.

Para romper esa nueva tensión que se ha generado, quien interrumpe ahora es el hermano mayor:

—Brindo por eso, brindo por esas nuevas experiencias que no todo el mundo puede hacer, o que no todo el mundo se atreve a hacer.

Y todos ellos levantan sus copas, incluso el diplomático, que, sentado en un sillón con un whisky, mueve ligeramente su vaso.

Conforme pasa el tiempo, la conversación se va acercando más al motivo del viaje, pero ninguno de ellos quiere ser el responsable de estropear la sorpresa.

—Bueno —interviene el diplomático, y eso es algo que sorprende a todos—, en algún momento habrá que decirle a tu hermano qué hace aquí, ¿hasta cuándo vamos a estar así?

—Eso —dice el director.

—Eso —se atreve a añadir también el representante del director.

Todos se quedan mirando al hermano mayor, que sabe que no tiene más remedio que contárselo.

—Bueno… pues si todos ustedes me ayudan…

Y entre todos comienzan a contarle el motivo y el lugar del viaje.

Al hermano se le va iluminando el rostro.

Sonríe.

—¿Te gusta el regalo? —le pregunta finalmente el hermano mayor.

Y este, en lugar de contestar, le da un abrazo, allí, delante de todos.

Y la sala se llena de aplausos.

Y un brindis.

Y toda la conversación se vuelve más relajada.

Y los siete desconocidos comienzan a hablar un poco de todo: coinciden en que las películas de hoy ya no son como las de antes; comentan cómo las redes sociales son capaces de crear a millonarios haciendo cosas absurdas; algunos confiesan que tienen algún tipo de colección: de videojuegos, de películas, de muñecas…

El director de cine, repleto de ego, inicia un monólogo sobre sus primeras obras, de cómo se hacían antes los rodajes, de los trucos para realizar determinadas tomas. El alcohol consigue que se le vaya soltando la lengua y comience a desvelar secretos de actores y actrices… Les cuenta finalmente que su máxima ilusión es ganar un Óscar.

Es en ese momento cuando el diplomático, que apenas ha hablado, hace un comentario:

—Pues qué quiere que le diga, yo, hoy en día, cuantos más Óscars tiene una película, menos ganas tengo de verla.

—A mí me pasa lo mismo —añade el hermano mayor—.Antes una película con un Óscar era sinónimo de calidad, hoy en día es sinónimo de aburrimiento.

Todos se quedan en silencio para ver la reacción del director, quien, lejos de enfadarse, está de acuerdo con ellos.

—Así es, hablemos claro… —balbucea ligeramente como consecuencia del alcohol—. Hace ya años que las películas con

varias estatuillas son, en general, una auténtica mierda, pero dan publicidad, y al final eso es lo que importa.

—Aunque luego nunca nadie las vuelva a ver —añade el diplomático—. Dudo mucho que, de aquí a dos o tres años, alguien vuelva a ver una sola de las películas premiadas últimamente.

Después de hablar sobre cine, el propio director desvía la conversación hacia las influencers.

—¿Y tú, a qué te dedicas? Además de enseñar el cuerpo, claro —sonríe.

La influencer, que también lleva bastante alcohol en la sangre, no se lo toma a mal y le responde:

—A sacarles el dinero a los idiotas, a sacarles el puto dinero a todos los idiotas.

Y todos ríen.

—Me dedico a engañar a mis seguidores, a los idiotas que me pagan para que les enseñe cómo meo, cómo me cambio de bragas, cómo hago un baile sin sujetador… Y también a esas chiquillas idiotas que se compran la ropa que yo les enseño —dice haciendo una mueca de asco.

Y todos ríen.

Y alguien levanta una copa y brindan.

—¡Por los idiotas! Sin ellos muchos de nosotros no seríamos ricos.

—¡Por los idiotas! —gritan todos.

Y uno se anima a contar un chiste.

Y otro se anima a contar otro.

Y así va pasando la noche hasta que llega uno de los guías.

—Señores, señoritas… tenemos ya preparado el spa exterior. Y por las informaciones actualizadas que nos llegan, hoy el cielo va a estar totalmente despejado. Si quieren ver estrellas fugaces, es el día.

Todos se miran entre sí.

—Yo no me pierdo eso —dice el director, animado por el alcohol.

—No, no, no… Yo tampoco —contesta el hermano pequeño.

Y ambos sonríen.

—¿Y vosotras? —pregunta el director, que se muere por ver a la influencer allí, junto a él, en bañador.

Las dos mujeres se miran, dudan.

—Nunca verán unas estrellas fugaces como estas, se lo aseguro —insiste el guía.

—Claro, claro que sí, nos cambiamos y en un momento vamos —responde la chica.

Y todos ellos, a excepción del diplomático, que prefiere ver el espectáculo del cielo desde el exterior, pero sentado en una silla, van a cambiarse.

Y será ahí, en el spa, cuando todos ellos sean conscientes de dónde están realmente.

* * *

Un año antes

En el exterior de un edificio de madera, los componentes de un viaje especial van accediendo a los diferentes jacuzzis distribuidos sobre una pasarela de madera.

Los primeros en llegar son el director y su agente. El primero, nada más introducir su cuerpo en el agua, pide un whisky que le traen de inmediato.

A los pocos minutos llegan los dos hermanos.

Observan el lugar y, lentamente, van entrando en la bañera que está justo al lado.

—Gracias, me encanta este lugar —le dice el pequeño al mayor.

—Sabía que te gustaría.

—No lo conocía, nunca imaginé un lugar así. Mira, estoy hasta nervioso.

—Yo también…

—¿Tan bonito se va a poner el cielo?

—Más de lo que imaginas.

En ese momento le señala a su izquierda.

—Mira allí, ¿ves aquel pequeño resplandor que se ve a lo lejos?

—Sí.

—Aquello es la ciudad.

—Todo es precioso, todo es precioso.

Casi en el mismo instante en que ambos hermanos miran hacia la ciudad, una chica con una figura perfecta aparece envuelta en una toalla, tiritando.

—Pero ¡qué frío hace aquí fuera!

—¡Métete, que el agua está hirviendo! —le grita el director de cine.

—Voy, voy…

La chica se queda sobre la tarima de madera intentando distinguir algún jacuzzi vacío. Observa uno a su derecha.

En cuanto entra en el agua muestra una cara de placer que les enamora a todos.

La asistenta sale apenas dos minutos después, envuelta en una toalla, también temblando, intentando distinguir dónde está su compañera.

En cuanto la localiza se mete junto a ella.

Todos están ya introducidos en el agua a excepción del diplomático, que ha preferido quedarse de pie, protegido con un abrigo y un gorro, con sus manos rodeando una taza de té caliente.

—¿Usted no se baña? —le pregunta el director.

—No, gracias, disfrutaré del espectáculo desde aquí.

Junto al diplomático aparece también el guía.

—Según las previsiones, en unos minutos, igual un poco más… nunca se sabe, comenzarán a disfrutar del espectáculo. Miren qué cielo más limpio, cuántas estrellas, hoy la visibilidad es perfecta.

Silencio.

—Ah… Les recuerdo que les acabamos de dejar sobre sus camas las prendas que deberán ponerse mañana. Pero eso será mañana… —Hace una pausa para volver a mirar al cielo—.Ahora disfruten del momento, ya no les molesto más.

Y con esas palabras desaparece, dejando allí a siete turistas que comienzan a hablar en voz baja entre sí.

Justo cuando nadie estaba mirando, aparece una estrella fugaz que lo ilumina todo. Es, sin duda, lo más intenso que han visto nunca.

Silencio absoluto.

El hermano pequeño se acerca más al hermano mayor y ambos se cogen de la mano.

La influencer hace lo mismo con su asistenta.

El director coge el móvil que tiene fuera del jacuzzi y comienza a grabarlo todo.

El diplomático también mira al cielo con su taza en la mano.

Silencio absoluto.

Y otra estrella fugaz.

Y otra.

Y varias más, a intervalos irregulares. A veces incluso tienen la suerte de que pasan dos juntas. A veces un silencio eterno y luego otra más.

Así continúan, maravillados por un espectáculo que no han visto en su vida, hasta que, más o menos a la media hora, el cielo se queda totalmente a oscuras. La única luz que aún les llega es la del fondo de la ciudad.

Silencio.

Rostros de felicidad.

Poco a poco, sin decir nada, porque no hay nada que pueda decirse, cada uno de los turistas abandona las bañeras exteriores para regresar a sus habitaciones.

Ninguno de ellos sospecha que el espectáculo aún no ha terminado.

* * *

Ahora

Hombre y niña continúan en el interior de la pastelería, y yo continúo con mi dedo sobre el gatillo, recordando aquellos momentos en los que no supimos ver las señales.

No supe verlas… o no quise verlas… O quizás, simplemente, opté por lo más sencillo: por pensar que no ocurriría nada.

Y así, día tras día, yo mismo intentaba convencerme de que todo pasaría, de que eran hechos sin importancia, de que en realidad nosotros no teníamos la culpa de nada…

Pero todo cambió el día que llegué a casa y me encontré a mi mujer en el sofá, llorando, con nuestra hija dormida entre sus brazos, apretándola tan fuerte que pensé que la iba a ahogar.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Estás bien? ¿La niña está bien? —le dije asustado, sentándome junto a ellas. Analizando a mi hija como la analicé cuando nació, intentando averiguar si todo en ella estaba en el lugar adecuado.

Silencio.

Solo una mirada que me heló el alma. Nunca mi mujer me había mirado así.

—Se los están llevando. —Esas fueron las primeras palabras que salieron de unos labios que temblaban.

—¿Se los están llevando?

No contestó.

Apretó a nuestra niña con sus brazos.

—No te entiendo —insistí.

Silencio.

—¿A quién se están llevando? —le pregunté en voz baja, intentando tranquilizarla.

Tras varios minutos en los que el único sonido era el de su respiración, me contestó:

—A los niños, se están llevando a los niños.

* * *

Un año antes

En el interior de un edificio de madera en medio de un bosque se ha hecho el silencio. Después del espectáculo nocturno todos han regresado a sus habitaciones más o menos afectados por lo que acaban de ver.

En una de ellas, un hombre tranquilo está colocando concienzudamente cada parte de su vestuario. Se ha puesto la alarma temprano para realizar sus ejercicios matinales. A pesar de que ya ha vivido esta experiencia en otras ocasiones, aún sigue sintiendo la misma excitación.

Cuando ya lo tiene todo preparado se acuesta sobre la cama. Cierra los ojos y espera.

A los pocos minutos lo escucha.

Fuerte, intenso, tan cercano que nota cómo el propio cuerpo le tiembla sobre la cama.

Le encanta esa sensación.

En la habitación de al lado, dos chicas bastante afectadas por todo lo que han bebido se han tumbado en sus respectivas camas. Desde ahí observan la pared que tienen frente a ellas: está adornada con ositos y estrellas.

—Parece que estamos en un campamento de niños —dice la chica sin poder parar de reír.

—Pues lo que hemos visto no es un espectáculo infantil —dice su compañera, muy seria, hasta que rompe a reír.

—Eso no, pero esta habitación, los columpios de fuera, el parque de aventuras, todo esto me recuerda a cuando íbamos a los campamentos…

—¿Fuiste a campamentos de pequeña? —le pregunta extrañada.

—Sí, mi madre me obligaba a ir para alejarme de los amigos que ya iba teniendo… ya me entiendes… amigos de esos que se acercan demasiado… Pero le salió mal, pues consiguió todo lo contrario —se ríe—. ¿Sabes que perdí la virginidad en uno de esos campamentos?

—En serio, ¿tú? ¿En un campamento? Vaya, nunca habíamos hablado de esto.

—Sí, con el tipo más feo que había… —Y ambas comienzan a reír de nuevo.

Es justo en el interior de esas risas cuando, de pronto, lo escuchan. Sus rostros cambian totalmente.

Ambas se quedan inmóviles sobre la cama.

—¿Eso no ha sonado demasiado cerca? —pregunta la chica.

—Creo que sí.

—¿Ha sido dentro del edificio?

—Espero que no.

Lentamente, como con miedo a que el hotel se les caiga encima, se acuestan y se tapan con las sábanas.

Ya no hablarán más en toda la noche.

En la habitación de enfrente, un director de cine demasiado perjudicado por el alcohol intenta ponerse el pijama, pero le es imposible. Se le ha pasado por la cabeza pedir ayuda a su representante, que está en la habitación contigua, pero asume que sería caer demasiado bajo.

Al final opta por dormir totalmente desnudo, dejándose caer sobre la cama.

Coge el móvil y comienza a revisar todo lo que ha ido grabando y fotografiando desde que salieron: el camino de llegada, la frontera que no debería existir, el bosque con su niebla, el aparcamiento y las furgonetas, el cartel que les daba la bienvenida, el edificio de madera tanto por fuera como por dentro, algún vídeo furtivo de la influencer en bikini, las estrellas fugaces que iluminaban el cielo…

Sus ojos se están cerrando de pleno cansancio cuando lo escucha.

El estruendo hace que se le caiga el teléfono de la mano. Se queda inmóvil, con los ojos abiertos mirando el techo.

No sabe muy bien si lo que ha escuchado es producto del alcohol o ha sido real.

Silencio.

A los pocos minutos confirmará que sí, que ha ocurrido de verdad.

Su compañero, que también ha bebido, pero nada comparable al director, ha estado repasando sobre la cama todo el itinerario de mañana. Quiere tenerlo todo controlado.

Ya se ha preparado la ropa, ya se ha lavado los dientes y se ha tumbado preguntándose si han hecho bien en venir.

Será justo cuando su mente esté navegando entre sueño y vigilia cuando lo escuche e, inconscientemente, se tape con las sábanas.

Observará la lámpara que cuelga del techo y se dará cuenta de que se está moviendo.

Finalmente, en otra de las habitaciones dobles, dos hermanos, después de ponerse el pijama, cepillarse los dientes y usar varias cremas faciales, se han acostado uno en cada cama.

—Bueno… ¿Qué? ¿Qué te ha parecido el comienzo de nuestro viaje?

—Me encanta, me encanta el regalo que me has hecho, creo que va a ser el viaje más original de mi vida, es como un videojuego.

—Sabía que te gustaría… ¿ahora entiendes por qué no te podía decir nada?

—Claro, claro… es mejor así, mucho mejor así. Yo no sé guardar secretos…

—Me alegro de que te haya gustado, cada año es más difícil regalarte algo diferente, pero sabía que esto te iba a encantar.

—Me gusta mucho, me gusta mu…

Un trueno gigante le interrumpe.

Los dos se quedan quietos.

Silencio.
Se miran el uno al otro.
—No tengas miedo.
—No tengo miedo.

Aun así, ambos se taparán con las sábanas a pesar de que en las habitaciones no hace frío.

La noche será larga para todos.

* * *

LA PRIMERA EXCURSIÓN

Un año antes

—Buenos días —saluda el guía justo cuando todos se están sentando para tomar el desayuno—. ¿Qué tal la noche? Una experiencia diferente, ¿verdad? Seguro que nunca han dormido temiendo que se les vaya a caer el techo encima.

Nadie sonríe la broma.

El guía se da cuenta.

—Bueno… Espero que estén disfrutando del bufete, hemos intentado que sea lo más completo posible. Simplemente comentarles que en unos cuarenta minutos les esperamos a todos en la puerta para comenzar la primera excursión. Recuerden subir a la habitación y ponerse las prendas que les hemos dejado.

Todo el mundo le mira, pero nadie dice nada.

—¿Alguna duda?

Silencio.

—Bueno, pues que disfruten —dice el guía desapareciendo de allí.

Durante el desayuno apenas hay conversaciones, como si ninguno de ellos quisiera admitir dónde están, como si la realidad ahora mismo les estuviera pasando por encima.

Finalmente, cuando ya todos han tomado sus cafés, sus piezas de bollería, sus tostadas… se dirigen a sus habitaciones para prepararse.

Se han puesto las prendas que les han indicado y, puntuales, esperan en el hall del edificio.

A los pocos minutos, un minibús arranca con nueve personas en su interior: el conductor, un guía y siete turistas que van a realizar un

tour de lo más extraño.

Junto a ellos salen también otras dos furgonetas más, a modo de escolta, una delante y otra detrás.

—Hoy tendremos un día frío, bastante frío… pero no lloverá. La niebla que nos rodea desaparecerá en cuanto salgamos del bosque —informa el guía.

Y tras unos cuantos minutos más, los tres vehículos llegan a una carretera secundaria donde el tráfico comienza a aumentar y la visibilidad mejora bastante.

—Allí, al fondo, está nuestro destino: la capital, aunque de momento ustedes no pueden distinguirla. Sí que pueden ir observando, a su izquierda y a su derecha, diferentes poblaciones dormitorio.

Los turistas miran, embobados, a ambos lados de la carretera. Lo que más les llama la atención es que hay más tráfico del que ellos esperaban.

—Nunca me imaginé que habría tantos coches —comenta la chica.

—Yo tampoco, pensé que las carreteras estarían vacías —responde su asistenta.

El guía, que acaba de escuchar la conversación, les explica:

—Esto siempre llama la atención. Quizás ustedes se imaginaban carreteras desiertas, pero la vida sigue, a pesar de todo: la gente tiene que ir a trabajar, las fábricas tienen que producir, las personas tienen que comer…

La mayoría de los turistas se mantienen pegados a sus ventanillas con los móviles en la mano, grabando todo lo que les parece interesante.

De pronto el autobús aminora la marcha.

* * *

Ahora

Continúo vigilando la puerta de la pastelería, pero mi mente vuelve a aquella conversación…

—¿Quién? ¿Quién se está llevando a los niños?

—No lo sé, no lo sé, es lo que dicen.

—La gente dice muchas cosas —intenté tranquilizarla, pero aquella noche fue imposible. La mente siempre sabe cómo hacernos daño con los pensamientos, con las posibilidades, con ese futuro que nos dibuja dentro.

A partir de aquel día comenzamos a ver menos colores. Nuestra hija no volvió a ir al parque sola, a ese que estaba justo frente a nuestra casa.

Cada día había nuevos rumores, nuevas sospechas, nuevas noticias que llegaban de cualquier sitio.

Fue un lunes, de madrugada, cuando los rumores mutaron a realidad. La ciudad dormía, mi niña dormía, mi mujer dormía… Yo era el único que estaba despierto, mirando al techo, para ver si allí podía encontrar alguna solución, porque en aquel momento aún estábamos a tiempo de tomar una decisión.

Pero en cuanto lo escuché, me di cuenta de que ya habíamos llegado tarde.

Ocurrió sin más. Nadie avisó.

Un trueno tan potente que hizo que los cristales de la casa se movieran.

Silencio breve, y al instante el llorar de nuestra hija en su habitación.

Me levanté corriendo y la vi sobre la cama, temblando, sin saber muy bien qué hacer, a dónde mirar, protegiéndose con las sábanas como si ese fuera el escudo que todo lo puede.

La cogí en brazos y la llevé a nuestra cama, donde me encontré a mi mujer también despierta, temblando.

—No te preocupes, solo ha sido un trueno. Parece que viene una tormenta, pero no es nada, solo es lluvia, hoy dormirás con nosotros —le dije mientras miraba a mi mujer, que apretaba los dientes intentando no llorar delante de ella.

A los pocos minutos otra luz iluminó el cielo; a los dos segundos de la luz, un nuevo trueno.

—No es nada, no es nada… —le dije a una niña que no paraba de llorar—. No te preocupes, mira, te voy a contar un secreto. En cuanto veas una nueva luz, un nuevo relámpago, comienzas a contar uno, dos, tres… y así sabrás lo lejos que está la tormenta. Cuantos más segundos pasen entre la luz y el sonido, más lejos estará, y eso significa que se va alejando —le dije intentando consolarme a mí mismo.

Estuvimos así, contando el intervalo entre relámpago y trueno, hasta que después de unos quince o veinte minutos la tormenta pasó.

Al final, agotadas, mi mujer y mi niña cayeron dormidas. Yo me levanté para asomarme a la ventana.

Miré alrededor: nuestra calle, los vecinos, los coches; todo parecía en su sitio.

¿Cómo explicarle a una niña que hay tormentas en las que no llueve? ¿Cómo explicarle a una niña que hay tormentas cuando ni siquiera hay nubes?

* * *

De pronto el autobús aminora la marcha, casi se detiene.

—Miren, si cogen sus prismáticos y los orientan a su izquierda, podrán distinguir uno de los primeros objetivos destruidos: se trata de una de las factorías más potentes de la ciudad, en su momento fue una de las empresas automovilísticas más importantes del país. Pero al estallar el conflicto fue reconvertida para su uso militar. Estuvo funcionando a pleno rendimiento hasta que hace unas semanas varios bombardeos la destruyeron totalmente. Muchos de sus trabajadores murieron.

Los turistas, a través de los prismáticos, observan las instalaciones en ruinas.

El autobús continúa circulando y se desvía ligeramente para esquivar un tanque calcinado que permanece en uno de los arcenes.

—Más despacio, más despacio —dice uno de los turistas sin dejar de hacer fotos.

—No se preocupen, no sean impacientes, van a ver muchos más como ese. Lo interesante ahora mismo son esas instalaciones eléctricas que pueden ver a su derecha. Son sistemáticamente atacadas con drones, para desestabilizar la red, la calefacción y la industria de la zona. Imagínense lo esenciales que son las instalaciones de este tipo en un país tan frío como este.

»Si observan con sus prismáticos, podrán descubrir que, a pesar de todo, hay gente que continúa trabajando en ellas. Esos sí que son héroes, esos trabajadores operan bajo un riesgo continuo para reparar daños y mantener el suministro.

El autobús ralentiza su marcha.

—Estamos en una de las principales vías de entrada a la ciudad y a esta hora, como en cualquier ciudad, la gente acude a sus trabajos. Unos abrirán sus negocios si no han sido destruidos o saqueados; otros irán a intentar reconstruirlos, y otros muchos se acercarán para ver qué pueden comprar con la intención de alimentar a sus familias.

Poco a poco, el tráfico va avanzando.

Desde el autobús los turistas fotografían y graban a multitud de personas que se desplazan a pie por los arcenes, arrastrando carros de supermercado.

—Al fondo —continúa el guía, señalando a unas pequeñas colinas — es donde están ahora mismo los combates más duros, seguramente los últimos, la facción que no ha querido aceptar el alto el fuego. Nosotros, evidentemente, no iremos a esa parte de la ciudad, demasiado peligroso incluso para un viaje como este.

Los turistas vuelven a coger sus prismáticos y, a través de ellos, pueden distinguir perfectamente columnas de humo que salen de varios edificios. De vez en cuando se escucha algún bombardeo.

El tráfico cada vez es más lento.

A los pocos minutos, todas las miradas, y las cámaras, apuntan a un hombre tirado en el arcén de la carretera; le falta una pierna y seguramente también la vida. El autobús disminuye la velocidad para que todos puedan hacer las fotografías oportunas.

—Ni se te ocurra compartir esto —le dice la asistenta a la influencer al ver que se está haciendo un *selfie* con el posible cadáver de fondo.

—No, no, ni loca… Esto es para mí, para mi colección particular.

El minibús se detiene completamente.

—Ahora esperaremos a que la furgoneta que nos acompaña por delante consiga los permisos necesarios para acceder al centro de la ciudad…

Dos militares armados suben bruscamente al minibús.
Al guía le cambia el rostro.

* * *

Un mes antes

Cuando el fuego de la chimenea ha devorado todos y cada uno de los billetes, el hombre se levanta y, con pasos de quien no tiene ganas de seguir caminando, se dirige al exterior.

Se sienta sobre un pequeño banco de madera que tiene una fina capa de hielo.

Un escalofrío le recorre el cuerpo mientras observa el infinito de un bosque difuminado entre la niebla. Ahora mismo solo es capaz de distinguir un color: gris.

Cierra los ojos.

Hace tanto tiempo que no disfrutaba de un silencio así. Su mente le lleva a un pasado que no es capaz de olvidar.

—Papá, ¿qué es eso?

—Son auriculares.

—¿Y para qué sirven?

—Son para que, por las noches, entre las tormentas, puedas escuchar el silencio.

—¿Se puede escuchar el silencio?

—Claro, y muchas veces; el silencio también nos aleja del miedo… —le respondió abrazando su pequeño cuerpo.

Aquello sirvió durante los primeros días, pero cada vez los relámpagos eran más frecuentes y caían más cerca.

A las pocas semanas tuvieron que tomar una decisión.

—Papá, ¿por qué nos vamos a vivir al garaje? —le preguntó mientras arrastraba una pequeña maleta rosa.

—Es por las tormentas, cada día hay más y nos puede caer un rayo cerca. Abajo estaremos más seguros.

—¿Abajo no hay tormentas?

—No, abajo no hay tormentas.
—Ah… —respondió como quien intenta entender.
—No te preocupes, será solo por un tiempo.
—¿Cuánto tiempo?
—No mucho, no mucho…

Y así, poco a poco, prácticamente todos los habitantes del edificio que aún quedaban se mudaron a los sótanos.

Cada familia se instaló en su propia plaza de garaje.

Cada línea dibujada en el suelo hacía de muro inexistente entre hogares de aire; eran lo que muchos llamaban las casas sin paredes.

Cada pequeño trastero era un almacén de recuerdos: allí trasladaban esas pequeñas cosas sin valor económico pero que ninguno quería perder.

Con el tiempo aparecieron también las sirenas como esos nuevos campanarios que en tiempos de guerra no avisaban de las horas, sino de los momentos en los que había que refugiarse.

Cuando las sirenas no hablaban, los habitantes del submundo aprovechaban para salir a la superficie. Durante esas treguas los niños jugaban en lo que quedaba de parque, los adultos se turnaban para ir a conseguir alimentos y, en general, las personas intentaban que los restos de sol les acariciaran…

En cuanto se escuchaban de nuevo, todos corrían hacia los hormigueros humanos.

Fue durante aquellos primeros días cuando los ojos de las personas comenzaron a dejar de distinguir colores: allí abajo todo era de un gris guerra.

El hombre abre los ojos para olvidar por un momento el pasado y centra su mirada en los árboles que asoman entre la niebla.

Ya tiene los nombres.
Ya está más cerca.
Sonríe sin ser feliz.

* * *

Los dos militares armados que acceden al minibús comienzan a mirar a todos los ocupantes, como contándolos.

No hacen nada más, simplemente los miran, los cuentan y salen.

El guía sale inmediatamente con ellos.

Ya en el exterior parecen mantener una discusión.

Tras unos minutos todo se salda con un pequeño sobre que cambia de manos.

El vehículo se pone de nuevo en marcha adentrándose en la parte histórica de la ciudad.

A los pocos minutos…

—Como todos ustedes pueden ver, esta es una de las zonas más castigadas por los bombardeos, se calcula que una de cada dos casas o comercios han sido afectados. Y aun así miren qué vida hay en las calles —informa el guía, que no comenta nada de lo ocurrido con los militares. Nadie pregunta.

Los turistas observan cómo, a pesar de que algunos edificios están en ruinas y otros parcialmente destrozados, hay mucha gente a pie por la calle, yendo de una tienda a otra, con bolsas de la compra, arrastrando carros… algunos intentando buscar entre los escombros lo que pueden.

Un trueno suena demasiado cerca y todos los turistas, instintivamente, se acurrucan sobre sus asientos aguantando la respiración; en cambio, ninguna de las personas que hay en el exterior se altera.

—¿No tienen miedo? —pregunta en voz alta el hermano menor.

—Sí, pero también tienen hambre —contesta el guía.

El autobús abandona la vía principal para internarse en un barrio con calles más estrechas. Ahí, en contraste con las grandes avenidas, apenas hay gente fuera de las casas. Sí hay, en cambio, rostros que, temerosos, se asoman de vez en cuando a las ventanas.

Tras varios minutos, el convoy se detiene en una explanada repleta de coches destrozados.

—Hemos llegado a una de las pocas zonas donde podremos hacer turismo a pie. Como ya saben, la mayoría del recorrido lo realizaremos con vehículos, pues es mucho más seguro, pero aquí, en esta parte de la ciudad, ya apenas hay nadie. La mayoría tuvieron que exiliarse, el resto permanecen como animales escondidos.

—¿Es seguro bajar aquí? —pregunta la influencer en voz alta.

—Sí, no quedan combatientes, es una zona segura —le informa el guía.

—¿Habrá algún cadáver? —pregunta el director, pero nadie responde.

El grupo comienza a caminar por una pequeña calle donde la mayoría de las casas tienen desperfectos en sus fachadas.

La influencer se queda mirando hacia una ventana y allí descubre unos ojos que la observan. Durante unos segundos sus miradas se cruzan; son los que están dentro los que se apartan primero.

* * *

En el interior de una casa, frente a una explanada donde tres vehículos acaban de aparcar, una mujer se asoma a la ventana y sus ojos se cruzan con los de una chica joven. Ambas mantienen la mirada durante unos segundos hasta que es la mujer quien finalmente se rinde.

Al intuir que en el exterior no hay peligro, vuelve a la intimidad de un hogar donde ahora solo queda dolor, hambre y miseria.

No fue así siempre. Pues hace apenas un año, ella y su marido eran lo que estadísticamente llamaríamos una pareja de personas de renta media a punto de jubilarse. Tenían ambos sus trabajos, sus aficiones, sus amigos… Él, su almuerzo en el bar de siempre; ella, su desayuno en la cafetería de la plaza… Tenían también planeado hacer un viaje en caravana por todo el país. Habían preparado el recorrido con sus libros de mapas: ciudades, monumentos, rutas de senderismo, restaurantes… Iba a ser un mes para ellos dos solos.

La mujer se acerca ahora al sofá donde su marido permanece tumbado con una herida en la pierna que cada día está peor. Con extremo cuidado vuelve a levantar la misma venda del día anterior y descubre que la piel que va desde el tobillo hasta la rodilla está cada vez más y más negra, más muerta.

Echa un poco de alcohol sobre la misma con la intención de que la infección no acabe por devorar el cuerpo al completo, pero su marido ya ni siquiera se queja; de hecho, hay días en los que parece que ya ni siquiera esté vivo. Llegar hasta el hospital no es factible ahora mismo, la propia pobreza de la guerra no le permite casi ni pensarlo.

A diez casas de distancia, en un hogar al que le falta la mitad del techo y un tercio de vida, una mujer, viuda hace apenas unas semanas, al ver que un grupo de personas se acerca por la calle, esconde a su hija de doce años en una especie de doble pared que

tiene tras el armario. Sabe lo que les ha pasado a otras niñas de su edad cuando se han acercado soldados por la zona, sin distinguir si eran amigos o enemigos.

La niña ya se sabe el camino de memoria, por eso no discute, simplemente entra todo lo rápido que puede a la habitación, abre el armario, mueve lateralmente una pequeña trampilla y se empareda en unos treinta centímetros de ancho. Ese minúsculo espacio se ha convertido en su segunda casa.

Hace apenas unos meses, esa misma niña, casi adolescente, vivía feliz: había conseguido, por fin, aprobar todas las asignaturas del curso, había conocido a un chico que la hacía sonreír a cada momento y, entre todas las amigas, habían acordado ir al mismo campamento cuando, en unos meses, llegase el verano.

Sí, podríamos decir que, aun a pesar de los dramas de la adolescencia, era feliz.

Tres casas más lejos, en un sótano improvisado, un hombre almacena agua y alimento. La mayoría de esa comida son restos que ha ido cogiendo de otras casas donde ya solo había cadáveres. Vive solo, y a pesar de que tiene más comida de la que pueda necesitar, no está dispuesto a compartirla con nadie. Sabe que en cuanto alguien sospeche de su existencia, corre el peligro de que se la quiten toda, de que le quiten a él mismo.

Ese hombre, hace apenas unos meses, vivía feliz regentando un pequeño bar que era el punto de reunión de los vecinos del barrio. Allí hacía de psicólogo con los que pedían una copa tras otra para olvidar desamores, con los que querían arreglar el mundo sin ni siquiera entenderlo, con los que discutían hasta altas horas por un partido de fútbol…

En la calle de enfrente, una pareja de recién casados sobrevive junta, pero ya hace días que no hablan, no porque no se quieran, sino porque ella no sabe qué decir y él no sabe cómo comportarse.

Fue la mujer quien abrió la puerta a un grupo de soldados que amenazaban con tirarla abajo.

Una vez dentro, delante de su esposo, se dedicaron a destrozar su intimidad sin que pudiera ofrecer demasiada resistencia.

Ella se siente tan sucia por dentro que no se atreve a mirar a su marido. Él se siente tan cobarde por continuar vivo que no se atreve a mirarla. Sabe que cargará con la culpa de por vida porque no hizo nada, porque no se enfrentó a cuatro soldados con armas y se quedó quieto, temblando y, sobre todo, porque continúa allí, respirando. Ella opuso resistencia hasta que en el segundo golpe le saltaron dos dientes, después se dejó hacer. Varias veces.

Cuando los soldados se fueron, riendo, el hogar se quedó en silencio.

Y así continúa.

En una casa con una preciosa fachada azul que ahora está adornada con impactos de bala rodeados de sangre vive una mujer sola.

Hace tan solo unos meses, ella estaba preocupada porque habían salido unas pequeñas humedades en la parte superior del baño y no había ningún fontanero que les quisiera atender antes de, por lo menos, dos meses. Su marido, en cambio, estaba más preocupado por una muela que le dolía día sí, día también. Había pedido cita con el dentista, pero no le daban hasta, por lo menos, tres semanas. Cada vez que masticaba veía las estrellas.

Ahora él ya no vive.

Y ella, casi tampoco.

Varios soldados entraron y fue su marido quien, pistola en mano, disparó primero contra uno de ellos. No le disparó a la cabeza, ni al pecho, no… disparó en la pierna, porque no era un asesino.

Aun así la reacción del resto fue brutal. Entre todos lo cogieron, lo sacaron arrastrando por el suelo hasta la calle mientras le golpeaban, lo apoyaron contra la preciosa fachada azul exterior y allí, sin decir nada, sin preguntar nada, le dispararon diez tiros.

Exactos.

Diez.
Ella lo vio todo.
Y cada vez que duerme sigue contándolos.

Justo hacia esa casa de fachada azul se acerca ahora el grupo de turistas.

* * *

Un grupo de turistas continúa caminando por uno de los barrios más castigados de la ciudad, apenas queda nadie allí.

Llegan al final de una calle y la influencer observa una preciosa casa de fachada azul. Se fija en los impactos de bala que hay sobre las paredes. Algunos de ellos aún conservan un color rojizo a su alrededor: restos de sangre de alguien.

La influencer le da el móvil a su asistenta para que le haga un vídeo junto a esa pared con agujeros de bala. Los señala con el dedo y comienza a contarlos. Y así, con las dos manos abiertas señalando los diez disparos, después de grabar el vídeo, se hace también un *selfie*.

El diplomático simplemente observa, nada más, él no ha venido a eso, pero continúa grabándolo todo con la cámara que lleva integrada en sus gafas de sol, quizás esa información le sea útil en un futuro.

Todo, todo lo que pueda grabar es información.

El director no deja de tomar vídeos y fotografías. Sabe que ese material le puede servir para su gran obra maestra, esa que le devolverá la fama mundial, al menos en su mente.

—¿Por qué este barrio fue tan castigado? —le pregunta al guía.

—Aquí vivía una pequeña comunidad de personas que, digamos, no practicaban la misma religión ni eran del mismo grupo étnico que los del otro bando. Estuvieron conviviendo sin problemas hasta que comenzó la guerra, esa fue la excusa para convertirlos en animales. Cuando el ejército llegó aquí mataron a la mayoría de los hombres, violaron a las mujeres y se llevaron a muchos niños.

—¿Se llevaron a los niños? ¿Para qué? —pregunta la influencer.

—Creo que no hay respuesta para eso… al menos no hay respuesta buena… —dice el guía mientras los anima a continuar caminando.

Giran a la izquierda por una calle un poco más ancha que la anterior.

—Vengan por aquí, vamos a entrar —comenta el guía situándose en el portal de una casa que en su época debió de ser de las más importantes de la zona. Ahora está totalmente calcinada.

Todos se sitúan en la entrada, formando una fila.

El olor a humo aún está presente.

—Tengan cuidado, pues aquí ardieron hasta los escalones. Se dice que era el cuartel general de la resistencia; de hecho, si observan lo que queda de algunas paredes, aún pueden leerse consignas relacionadas. Pero si les digo la verdad, creo que solo fue la excusa para acabar con una de las familias más ricas de esta zona.

Con cuidado, algunos de ellos tapándose la boca, entran en una estancia donde todo es negro: el suelo es negro, las paredes son negras, el techo es negro; una casa sin colores.

Se escucha a alguien tosiendo.

Suben al segundo piso y allí aún queda en pie un inmenso despacho con banderas quemadas y varios textos en las paredes.

Cuando ya están en la estancia se escucha una explosión, fuerte, demasiado cerca.

La casa tiembla.

Todos ellos se quedan mirando al guía, no saben qué hacer: si continuar allí o salir corriendo.

El guía no dice nada, simplemente espera.

Silencio.

Y justo cuando parece que va a comenzar la explicación escuchan otra explosión más.

Y otra.

El suelo vuelve a temblar.

—Bueno… creo que no es el momento adecuado para comenzar una explicación. Quizás debemos salir de aquí, por si acaso, no sé cuánto aguantará esto —comenta de forma calmada para que no cunda el pánico entre ellos.

Todos ellos, acelerados, nerviosos, dan media vuelta y comienzan a bajar las escaleras todo lo rápido que pueden, atropellándose unos a otros.

Ya en el exterior, varios móviles graban columnas de humo a lo lejos.

Ninguno piensa en las vidas que seguramente había allí y ya no existen.

Un reactor pasa a toda velocidad justo sobre ellos provocando que instintivamente se tapen los oídos con las manos.

—Es como estar dentro de una película —dice el hermano pequeño sin dejar de mirar la estela que deja en el cielo el reactor.

—¡Así es! —grita eufórico el director de cine—. ¡Esto es como estar dentro de una película!

El guía les indica que deben volver al autobús.

—Verán, la intención era continuar adentrándonos por las calles de esta zona para que vieran cómo han quedado el resto de las casas, pues en el interior de las mismas se puede adivinar cuál fue el destino de sus ocupantes, pero será mejor que nos vayamos ya, por si acaso. La situación se está complicando demasiado.

En cuanto el guía acaba de decir la última palabra, todos ellos comienzan a correr hacia el autobús como si fueran reporteros de guerra.

El director es el último en llegar.

Exhausto, sube al autobús.

Una vez dentro, se dobla sobre sí mismo intentando coger todo el aire posible.

Poco a poco camina hasta su asiento.

—Bueno, pues ya estamos todos, así que vamos a continuar nuestro viaje.

—¿Contra quién estaban disparando ahora? —pregunta uno de los hermanos al guía.

—Cualquiera sabe, al final una guerra es algo tan complejo que hay momentos que ni los propios soldados saben por qué o contra quién están disparando.

El autobús arranca y se aleja de la zona.

—¿Alguien tiene hambre? —pregunta el guía desde el interior del vehículo cuando ya han dejado atrás la zona.

* * *

Ahora

Continúan dentro de la pastelería, y yo, a través de la mirilla, intento adivinar si serán ellos los próximos en salir. Solo veo siluetas confusas tras el cristal del establecimiento.

Y pienso ahora que hay tanta luz en el exterior en aquella vida rodeada de oscuridad…

Una vida donde cada día era noche, donde cada tarde era noche. Porque allí abajo siempre era de noche.

Con el tiempo perdimos los miedos iniciales, allí me di cuenta de que el ser humano se acostumbra a todo. Ya nadie se preocupaba por si, de pronto, entraba allí un grupo de soldados con ganas de matar, con ganas de…

Ya nadie se preguntaba qué ocurriría si en uno de los bombardeos el edificio que teníamos sobre nosotros colapsaba. Simplemente ocurriría y ya está. Ni siquiera saldríamos en las noticias. No apareceríamos en los libros de historia, nadie sabría que habíamos existido.

Nadie llegaría a conocer a esa niña que cada día, al levantarse, lloraba porque no sabía dónde estaba su madre; o a esa madre que continuaba con la esperanza de ver a su hijo una vez más, solo una vez más, ese que habían enviado a la guerra obligado, o a la anciana que noche tras noche salía a la superficie para ver si escuchaba el ladrido de su perro…

Pero, a pesar de la guerra, también había momentos bonitos allí abajo: había niños jugando con niños, a lo que fuera, con lo que fuera; había mujeres enseñando a cocinar con los pocos ingredientes que se encontraban; había alguien que consiguió que una guitarra a la que le faltaban dos cuerdas sonara… y había también esa mujer

que, para mantener entretenidos a los niños, les enseñaba a hacer diversas manualidades con lo que fuera: con restos de tela, con trozos de cartón, con plásticos de botellas, con hilos de cualquier tipo de prenda…

—Toma, papá, esto es para ti —me dijo mi niña un día.

—¿Para mí? ¿Y qué es?

—Ábrelo y lo descubrirás. He aprendido a hacerlo hoy, me lo ha enseñado la mujer que sabe hacer de todo —me decía con una felicidad que nunca le pudo borrar la guerra.

Cogí un paquete hecho con trozos de periódico en los que había continuas noticias sobre la guerra, sobre matanzas de barrios enteros, sobre fusilamientos a sangre fría, sobre torturas y violaciones…, y en el interior de toda aquella violencia descrita por personas que nunca habían estado allí descubrí una pequeña pulsera con la palabra *papá*.

—¿Te gusta? —me dijo con una enorme sonrisa que apenas le cabía en la cara.

—¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Es preciosa! —le dije abrazándola.

—Es para que te dé suerte cuando salgas fuera a por comida —me dijo orgullosa—. A la mamá también le he regalado una.

Intenté no llorar delante de ella.

—¡Póntela, póntela! —insistió casi saltando, olvidando por un momento el sonido de las estrellas fugaces del exterior; olvidando que vivimos en un lugar sin colores; olvidando que no tenía ni cama, ni habitación, ni juguetes…

»Ten cuidado, no la pierdas —me dijo mientras me abrazaba con todas sus fuerzas.

—No la perderé, la llevaré siempre, así cada vez que la mire pensaré en ti.

—¿Pensarás en mí?

—Sí, cada vez que la mire.

Miro ahora la pulsera, y por eso continúo aquí.

Papá.

* * *

El autobús continúa circulando por otra de las grandes avenidas de la ciudad. El tráfico, a pesar de los bombardeos, vuelve a ser intenso, es como si cada ciudadano hubiera aceptado que el azar de la muerte está ahí fuera y simplemente ha salido a jugar.

—Ese arco que ven ustedes parcialmente destruido ha sido el símbolo de resistencia de un país en las múltiples guerras que ha sufrido siglo tras siglo —les continúa informando el guía.

Los turistas miran brevemente el arco, pero se fijan más en todas las personas que están buscando comida entre los escombros.

—A su derecha pueden ver el pulmón de la ciudad, un parque de más de diez hectáreas. Cuando no había bombardeos aquí se realizaban actos de todo tipo. Ahora ya no hay nada: la cultura suele ser una de las primeras víctimas de la guerra.

El convoy sigue avanzando muy cerca de las personas que caminan por las aceras, pero los turistas se dan cuenta de que nadie los mira, actúan como si no existieran.

—¿Por qué no nos miran? —pregunta la chica.

—Porque no saben si somos amigos o enemigos, y ante esa duda prefieren pasar desapercibidos —aclara el guía.

Llegan a una enorme rotonda y giran hacia otra de las principales avenidas de una ciudad herida.

—Esto que tienen ustedes a la derecha fue el parlamento, uno de los primeros edificios que se destruyeron. En la actualidad lo que queda de gobierno se reúne en sótanos y en algunos de los búnkeres. Mañana visitaremos algunos de esos subterráneos, verán cosas increíbles.

Se escucha de nuevo otro avión que vuela demasiado bajo, y otro, y otro.

—Miren, justo allí, aquel edificio del fondo… —continúa cuando ha pasado el ruido—, lo verán mejor con los prismáticos, es el único hospital que en esta parte de la ciudad permanece activo. El problema es que para llegar a él hay que cruzar una de las zonas

más peligrosas, pues hay tantos edificios colindantes de oficinas que te pueden disparar desde cualquier sitio.

Tras varias calles amplias llegan ahora a una zona donde las casas son mucho más bajas, donde la guerra parece que no ha llegado: el barrio está intacto.

—Esta era, bueno, y sigue siendo, la parte más rica del bando ganador.

Otro reactor sobrevuela el cielo con un ruido tan extremo que todos ellos se tapan los oídos con las manos.

—Bueno… como les comenté anteriormente, ahora nos dirigiremos ya hacia el restaurante, pues no sé ustedes, pero yo comienzo a tener hambre.

El autobús continúa su camino, gira una calle, y otra, y otra y, de pronto, frena de golpe. Alguno de los turistas se golpea contra el asiento de delante.

Todos se asustan.

—¡¿Qué ha pasado?! —grita el director.

Nadie dice nada.

El guía, que también ha estado a punto de caer al suelo, va a hablar con el chófer.

—¿Qué ha pasado? —insiste en voz alta la chica.

—Nada, nada, no se preocupen, simplemente que aún nos queda humanidad.

Todos le miran demandando alguna explicación más.

* * *

A varios kilómetros de un autobús que acaba de frenar de golpe, en la parte de la ciudad donde ahora mismo aún continúan los combates, un soldado tiene en el punto de mira a otro en el edificio de enfrente.

Lo observa a través de la diana del fusil y lo ve tan asustado como él, temblando. Es joven, muy joven, incluso más que él mismo y, con total seguridad, tampoco quiere estar ahí.

Quizás, en otras circunstancias, ambos podrían haber sido amigos. Podrían haberse conocido en la universidad, en el gimnasio o jugando un partido de baloncesto en las pistas del parque.

Continúa apuntando con el arma, pero no se decide a disparar, sabe que moviendo un centímetro más su dedo podría acabar con la vida de ese chico al que no conoce. Un muerto más, piensa, ¿cómo afectaría eso al desenlace de la guerra?

Seguramente en nada, en absolutamente nada.

Vuelve a apuntar a su cabeza y duda.

Duda porque él no ha elegido estar ahí, porque él ahora mismo preferiría estar con su chica, en una playa, en el cine o haciendo el amor en el coche.

Piensa también en lo que haría el otro si estuviera en su lugar. ¿Se lo pensaría tanto o simplemente le dispararía? ¿Dudaría o no? ¿Y si lo deja vivir? ¿Quién le asegura que mañana, estando con los papeles intercambiados, no será el otro quien dispare?

Duda.

Lo mira de nuevo.

Duda.

Dispara.

Un cuerpo cae al suelo.

Y, efectivamente, ese muerto no ha cambiado para nada el rumbo de la guerra.

A varios kilómetros de allí, ya fuera de la ciudad, en uno de esos campos que llaman de prisioneros, un padre de familia apunta con su arma a tres hombres que, prácticamente en los huesos, se arrinconan en un barracón.

No tienen fuerzas para caminar.

No tienen fuerzas para levantarse.

No tienen fuerzas ni para seguir respirando.

No les odia por nada en particular, simplemente ellos han caído en el bando equivocado, ya está, nada más, no hay ninguna otra razón. Alguien le dijo que había que limpiar a toda esa escoria y devolverlos al lugar de donde vinieron: bajo tierra.

Le han dado órdenes y debe obedecer, nada más.

Sabe también que si ahora mismo se intercambiaran los roles, cualquiera de ellos no dudaría.

Mientras les dispara de forma mecánica, como el trabajador que coloca piezas en una cadena de montaje, piensa en que tiene ganas de llegar a casa para estar con su mujer y su hija.

En otra parte de la ciudad, una enfermera intenta consolar a un joven que ha perdido su pierna. El chico se mira a sí mismo continuamente y pregunta por ella. *¿Dónde está? ¿Dónde está mi pierna?,* grita desesperado.

La mujer aguanta la respiración y le intenta explicar que la perdió con la explosión de uno de los morteros, pero que debería estar feliz porque ha conseguido salvar la vida. El joven no la escucha y vuelve a mirarse. Y al no verla en su lugar comienza a revisar, temblando, todo su alrededor, para ver si puede encontrarla por algún lado y así ponérsela de nuevo.

En uno de los barrios más pobres de la ciudad hay varias casas en las que ya solo quedan ancianos, niños y mujeres. Son estas últimas las que buscan cualquier lugar para esconderse en cuanto escuchan que alguien se acerca a la puerta. Algunas ni siquiera se esconden,

ni siquiera luchan, ya no tienen fuerzas… y por eso se dejan hacer, para no sentir más dolor del necesario.

Una mujer emerge, sobre todo por las noches, a lo que queda del pequeño jardín exterior que tiene en su casa. Allí se arrodilla junto a un árbol y le pide explicaciones a un dios que nunca le responde. No es la única en la zona, porque en aquella parte de la ciudad, los jardines se han convertido en cementerios improvisados.

A varios kilómetros, en un enorme búnker con todo tipo de comodidades, uno de los generales tiene una reunión con varios de los políticos que dieron la orden de iniciar los conflictos.

Comentan varios aspectos sobre la guerra: qué frentes están avanzando, cuáles han retrocedido, las condiciones de rendición del enemigo… Pero nadie pregunta cuántas mujeres han sido forzadas, cuántos niños han sido asesinados, cuántos hogares han sido destrozados…

Ninguno de los allí reunidos pregunta tampoco cómo se siente la mujer que tiene enterrada a su hija en el jardín, el joven que ha disparado a quien podría haber sido su amigo o cómo se encuentra el chico que no es capaz de localizar su pierna.

* * *

—¿Qué ha pasado? —insiste en voz alta la chica.

—Nada, nada, no se preocupen, simplemente que aún nos queda humanidad.

Todos le miran demandando alguna explicación más, están asustados.

—Había un cadáver en el suelo y el conductor ha decidido no pasar por encima. Vamos a apartarlo, será un momento —dice el guía a modo de explicación.

—Ah, bueno… si solo es eso, ya me había asustado —comenta el director a su acompañante.

Y todos suspiran.

El ambiente se relaja de nuevo.

Tras retirar el cuerpo de un hombre que aparenta cien años pero no debe de tener más de cincuenta, el autobús continúa su recorrido.

—Miren, aquel puente de allí comunicaba las dos partes de la ciudad, es donde más se han intensificado los combates últimamente. Es un milagro que con todo lo que le ha caído aún siga en pie.

El autobús se desvía ahora hacia un barrio residencial, en el que parece que no hay demasiada guerra.

—Bueno, señores, señoritas, les prometimos que les llevaríamos al mejor restaurante de la ciudad y allí vamos.

»Quizás ustedes se pregunten por qué no ha cerrado o por qué no ha sido bombardeado, pues la respuesta es sencilla: porque aquí vienen a comer importantes políticos, grandes empresarios y altos mandos del ejército, a veces de ambos bandos… Por eso puede que ahora mismo este sea el lugar más seguro de todo el país. Les

comento todo esto para que no se asusten si ven hombres uniformados dentro del local. Todo está controlado. Ellos saben quiénes son ustedes, y ahora ustedes ya saben quiénes son ellos.

Los tres vehículos aparcan en una pequeña explanada en la que hay varios coches de alta gama.

Todos los turistas bajan sin dejar de vigilar todo lo que les rodea. Siempre hay que estar atentos.

Caminan unos pocos metros y, al atravesar una puerta que no indica que dentro haya un restaurante, se encuentran con una amplia entrada.

Un camarero impecablemente vestido los acompaña a una enorme mesa redonda.

Se sientan.

—Buenos días… o ya buenas tardes, en estos tiempos uno ya no sabe… —se presenta el dueño del local una vez todos se han ubicado alrededor de la mesa.

»Lo primero de todo, bienvenidos a nuestro restaurante familiar. Se abrió hará ya más de cincuenta años y nosotros, los tres hermanos que lo regentamos, formamos parte de la tercera generación. Nos prometimos no cerrarlo nunca y de momento, a pesar de las evidentes dificultades, lo hemos conseguido.

En ese momento uno de los camareros se acerca a la mesa y comienza a servirles algo de bebida.

—¿Qué tal el tour, les está gustando? ¿Han podido visitar ya los principales monumentos? ¿Han visto qué grandes avenidas tenemos?

Se escucha un gran estruendo, alguna de las lámparas tiembla.

Silencio en toda la sala.

—Tranquilos, está lejos. Dicen que son ya los últimos combates, suponemos que en dos o tres semanas se rendirán y podremos acabar con toda esta molestia. Nosotros siempre les decimos a los clientes que se imaginen que estamos en obras —sonríe.

Los comensales de las mesas contiguas reanudan de nuevo las conversaciones.

—¿Disfrutaron ayer del espectáculo nocturno? ¡Cómo iluminan el cielo esas estrellas fugaces!

El sonido lejano de un avión interrumpe brevemente.

—Bueno, pues como les iba diciendo, bienvenidos a su casa, espero que disfruten con la comida. Les hemos preparado un menú con especialidades de todas las regiones del país.

A partir de ese momento comienza a llegar una sucesión de platos típicos de las provincias altas, las bajas, el interior del país…

El ambiente se va relajando y, poco a poco, los turistas comienzan a comentar todo lo que han visto.

—¡Por nosotros! —dice el director.

Y todos brindan.

Llega un nuevo plato, y el guía, como siempre, relaja la situación comentando varias informaciones sobre la zona en la que ahora mismo están.

Los truenos ya apenas molestan.

* * *

Mientras siete turistas, varios empresarios y alguno de los más altos mandos del ejército comen en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, a unos tres kilómetros, en uno de los barrios más castigados, una cola de casi cincuenta personas espera su turno.

Todas ellas están en el exterior de una de las pocas carnicerías que aún quedan abiertas, de las pocas que aún consiguen género.

Justo cuando le toca el turno a una mujer mayor que arrastra como puede su carro de la compra, un mortero impacta a unos pocos metros de ellos. La metralla, que se esparce sin orden ni control, hiere a varias de las personas que esperan en la fila y mata en el acto a dos.

Tras los gritos, el miedo y el desconcierto inicial, entre varias personas retiran a un lado los dos cadáveres y ayudan a levantarse a los heridos leves.

Cuando parece que todo está más o menos controlado, se limpian un poco las manchas de sangre y se vuelven a colocar en la fila, en orden.

El carnicero, que ha sido el primero en salir a ayudar, se lava como puede las manos en un viejo barreño, se las seca en el delantal y continúa.

—Siguiente.

La cola avanza.

—Perdone, pero yo estaba delante de usted —protesta una mujer joven pero que parece anciana a otra que le había quitado su lugar aprovechando el impacto.

Tras una pequeña discusión en la que nadie interviene, finalmente la dejan pasar.

Todos están nerviosos y asustados, no por las bombas o por las balas, sino porque cada vez hay menos carne. Cada vez es más difícil conseguir cualquier tipo de género.

Tras muchos minutos, cuando ya solo quedan cuatro personas en la cola, el carnicero anuncia que se le ha acabado todo el género.

—Lo siento, señoras, ya no queda nada —les dice con sincero pesar.

Se escuchan protestas que no duran demasiado, pues saben que cada día llega lo que puede llegar. Tendrán que madrugar un poco más al día siguiente.

Pero siempre hay una necesidad mayor que las demás, siempre hay alguien que en la desesperación se hunde un poco más.

—¡No! ¡No! —grita una mujer—. ¡Mi niña lleva varios días comiendo solo pan! Está tan débil que ya no puede levantarse. ¡No! —Y se derrumba allí, en la calle.

Su pequeño cuerpo cae junto a los restos de sangre de otras vidas.

La mayoría de las personas se alejan de allí sin decir nada, sin hacer nada, como si nada de lo que están ahora mismo viendo fuera real, como si no estuviera sucediendo.

En cambio, una mujer joven se acerca y le ofrece la mano y tres huevos.

Y las dos, al mirarse, lloran.

Una de ellas trabajaba de cajera en un supermercado cercano, la otra iba semanalmente a comprar allí. Después de muchos años, ya tenían cierta confianza y siempre entablaban una pequeña conversación.

Ahora les ha costado reconocerse.

* * *

Tras abandonar el restaurante después de una abundante y deliciosa comida, el autobús comienza a recorrer partes exteriores de la ciudad.

Suben por una colina y, desde arriba, a través de los prismáticos, pueden ver parte de un campo de prisioneros. Observan cómo varios guardias armados llevan a presos casi desnudos por uno de los patios interiores.

Al bajar la colina pasan por un hangar donde están reparando varios aviones.

Tras más de dos horas, el bus regresa de camino al hotel en el bosque.

—Cuando el sol cae, y en esta época del año en esta ciudad cae muy pronto, todo se vuelve más peligroso, por eso es mejor regresar antes de que la oscuridad llegue. Los fuegos artificiales son muy bonitos, pero mejor no estar justo debajo de ellos —dice el guía en el bus.

Los turistas observan a través del cristal luces de fuego en varias partes de la ciudad. Observan también cómo en algunos esqueletos de los edificios aún hay luces, quizás pequeñas fogatas que sus habitantes hacen para no morir de frío.

Lo observan todo a través de los cristales como si fuera una película, como si estuvieran en el interior de un cine. Como si todo lo que está en el exterior fuera una realidad ajena.

Y así el convoy de tres vehículos deja atrás una ciudad con sus vidas y sus muertes para adentrarse ahora en una de las carreteras secundarias, la que le llevará a la seguridad del bosque.

Finalmente, tras muchos minutos en los que ninguno de ellos se atreve a decir nada, llegarán a ese lugar donde un arco de madera les dará la bienvenida.

* * *

LA SEGUNDA CENA

En cuanto llegan al edificio de madera, los turistas se dirigen a sus habitaciones con la intención de ducharse y así poder quitarse toda la guerra de encima.

Les han dado un margen de una hora, más o menos, para volver abajo, a la sala común, y así disfrutar juntos de otra cena exquisita.

Cada uno de ellos, en la intimidad de sus habitaciones, comentan todo lo que han visto, todo lo que han sentido… revisan las fotos, los vídeos… como si de alguna forma todo lo que hay alrededor no tuviera nada que ver con ellos, como si fueran los espectadores de una película.

Una vez en la mesa, todos se vuelven a sentar en el mismo orden que la noche anterior.

En un principio nadie habla, hay un ambiente tenso, como si ninguno de ellos quisiera admitir que ha participado en una excursión de ese tipo. Como si ninguno de ellos quisiera admitir que les está gustando el viaje.

Es el director de cine, harto del silencio, el primero que se decide a hablar.

—Lo de hoy sí que ha sido meterse en el papel, ¿eh? ¿No os sentíais como en *Avatar*? —dice mientras se llena una copa de vino.

Pero nadie contesta.

—¡Vamos! No seamos hipócritas —insiste—. Todos hemos venido a esto, a ver una guerra desde dentro. Con nosotros o sin nosotros, nada de lo que hemos visto habría cambiado, no hemos influido en nada, no debemos pues sentirnos culpables por estar aquí.

Se lleva la copa a la boca y bebe un trago.

—¿O me van a decir ahora que cuando hay un accidente de tráfico, ninguno de ustedes reduce la velocidad para ver qué ha ocurrido? ¿Para ver si hay un tipo en el suelo con una manta de color metálico?

—Visto así… —susurra la influencer.

—¿Hay otra forma de verlo? ¿Cuáles son las publicaciones más vistas en las redes? ¿Cuáles son los vídeos más compartidos en internet?

Bebe un poco más de vino.

—Aquellas en las que hay sangre, violencia… Nos gusta el morbo.

—Eso es cierto —añade la influencer.

—Violencia y curiosidad, así es el ser humano. ¿Quién no ha visto desde su móvil las imágenes de un misil destruyendo un edificio, de un dron impactando en un tanque? Ahí dentro había gente y hemos visto en directo cómo morían. ¿Qué pasa? ¿Que si lo vemos desde el móvil no pasa nada, pero si lo vemos en directo sí?

Nadie se atreve a decir nada.

—Hemos tenido la oportunidad de estar dentro de la propia guerra y no de verla a través de una pantalla como el resto de millones de personas.

—A mí me encantan los videojuegos de guerra —dice uno de los hermanos.

Todos le miran y, justamente por eso, él decide seguir hablando. Por un momento se siente importante, se siente el centro de atención, y eso no muchas veces ocurre, quiere aprovechar su oportunidad.

—Me encanta la idea de imaginarme que estoy en medio de una batalla, luchando con mi comando para alcanzar un objetivo, siguiendo unas órdenes, matando al enemigo… Y esto de hoy… —En ese momento se gira hacia su hermano—. Acabo de vivir por dentro lo que solo puedo vivir en mi sala de realidad virtual. Allí soy capaz de recrear enemigos, armas… pero aquí todo es real.

Se da la vuelta hacia su hermano y le da un abrazo.

—¿Y usted qué opina de todo esto? —le pregunta el director al diplomático, que no ha dicho nada desde que han vuelto.

—Bueno, aquí cada uno tiene sus motivos para realizar este viaje —contesta un poco molesto.

Ahí se genera un momento tenso que el hermano menor no es capaz de detectar, y por eso continúa hablando.

—Pero yo tengo una pregunta —dice dirigiéndose al director.

»Usted nos dijo que venía para hacer algo original, algo grande, una película distinta.

—Sí, así es —responde el director.

—Pero… hay muchas películas sobre la guerra, ¿dónde está lo original? No lo entiendo.

—Bueno, una guerra puede rodarse desde muchos puntos de vista, puedes tener en cuenta lo global o los pequeños detalles, ahí es donde radica la genialidad, en la niña con el abrigo rojo entre el blanco y el negro.

—Pero aun así, no sé, no lo entiendo… —insiste el hermano—, hay miles de películas sobre la guerra, no sé dónde va a estar lo original. No lo entiendo.

—Pues… he venido justamente a este viaje para encontrarlo, espero no haberme equivocado. —Y mira directamente al diplomático.

La estancia se queda en silencio.

—No lo entiendo, no lo entiendo muy bien… —insiste el hermano menor.

—Bueno, con suerte igual mañana lo entiendes, lo entendemos todos…

Silencio de nuevo.

Uno de los camareros se acerca a la mesa y comienza a servir los entrantes.

Con el transcurrir de la comida, poco a poco las conversaciones vuelven a surgir y parece que el ambiente se relaja. Comienzan a hablar sobre música, deportes, destinos preferidos de vacaciones…

Llegan los postres, maravillosos y abundantes platos con todo tipo de dulces típicos de la zona.

Cuando finaliza la cena y cada uno de los turistas se va distribuyendo por los sofás de la sala para tomar alguna copa y continuar charlando, uno de los camareros se acerca disimuladamente al diplomático y, diciéndole algo al oído, le invita a acompañarle.

Ninguno de los presentes le da importancia, excepto el director y su acompañante, que le siguen con la mirada hasta que ven cómo los dos desaparecen por una habitación que hay al fondo, una que tiene la puerta verde.

—A eso es a lo que hemos venido —dice el director.

—Eso espero…

—Seguro.

* * *

En el interior de la habitación con la puerta verde…

—¿Cuánto más pedís ahora? —pregunta en un tono agresivo el diplomático a la persona que está sentada tras la mesa.

—No soy yo el responsable —contesta el guía—. A mí también me dan órdenes, y ya sabe que esto varía día a día, dependiendo de las condiciones, todo en la guerra cambia, cualquier objeto cotidiano puede tener un valor incalculable en una guerra, cualquier actividad, cualquier cosa… ¿Cuánto vale aquí ahora mismo una botella de agua? ¿Cuánto vale poder pasear tranquilamente por un parque? ¿Qué valor tiene cualquier objeto robado ahora mismo de cualquiera de nuestros museos? Todo cambia…

—Siempre cambia, siempre está cambiando… —contesta resignado—. ¿Cuánto?

—Un diez por ciento más de lo que acordamos, pero le recuerdo que no soy yo quien…

—Ya, ya… no eres tú quien decide… Nunca se sabe quién es el que decide…

El diplomático saca un sobre de uno de sus bolsillos y allí, ante el guía, cuidadosamente, comienza a separar unos cuantos billetes.

—Si sube el precio un solo euro más, tendremos problemas, todos tendremos problemas —le advierte mientras le da el importe.

En cuanto se queda a solas, el guía cierra la puerta por dentro y cuenta el dinero, sabe que un error ahí puede costarle la vida. Para que no se confunda con las cantidades pagadas anteriormente decide atar con una goma los billetes junto a un papel en el que apunta la fecha, la cantidad y el nombre de la persona que se lo ha entregado.

Una vez hecho esto, se sube a la mesa y saca una caja escondida en un hueco de la ventana. Al abrirla se da cuenta de que está demasiado llena, aún no han recogido lo de los turistas anteriores. Deberían venir pronto a llevárselo, no se siente cómodo con tanto dinero allí.

El director de cine observa cómo el diplomático, nada más salir de la habitación, se dirige a uno de los sofás más alejados.

Deja que se pida algo de beber y, cuando ya le han servido la copa, se acerca.

—¿Me permite? —le pregunta sentándose en el sofá de al lado.

—Claro… —responde educadamente el diplomático, que aún no sabe muy bien cómo tratar a ese director que parece conocer cosas que el resto no.

El director levanta la mano y al instante una camarera se acerca.

—Lo mismo que el caballero —le indica.

Durante unos minutos eternos, incómodos, ninguno de los dos dice nada.

La camarera le trae la bebida y, después de darle un buen trago, finalmente el director habla:

—Si me permite una pregunta, ¿de qué estaban hablando ustedes dos ahí dentro?

El diplomático, por un momento, se queda en silencio, pensando en cómo reaccionar ante esa pregunta que, de alguna forma, ya esperaba.

Coge la copa, se la lleva a los labios y traga lentamente el vino.

Se saborea los labios.

—Nada. Unos asuntos privados —responde de forma tajante. Deja la copa en la pequeña mesita que tiene al lado.

Silencio de nuevo.

—Verá… —insiste de nuevo el director acercándose ligeramente a él—. Yo no soy como el resto de los que han venido aquí, yo tampoco he venido a ver una guerra. Por eso me gustaría saber de qué estaban hablando ustedes ahí dentro…

Silencio.

El diplomático coge de nuevo la copa.

Bebe.

—Ya le he dicho que son asuntos privados —vuelve a responder en un tono calmado.

—¡Venga! —se impacienta.

—Venga ¿qué? —sube también el tono.

—Que yo no he venido aquí para hacer una película sobre bombardeos, tanques y explosiones… y usted tampoco ha venido aquí a ver estrellas fugaces —sonríe.

El diplomático analiza la situación, quiere controlarla, así que, antes de volver a darle una negativa, decide ajustar su respuesta.

—Bueno… podríamos decir que no es la primera vez que hago este tipo de viajes… y colecciono objetos que normalmente tienen un valor demasiado alto, pero en cambio… en una guerra… —se lleva la copa a la boca, lentamente—. En una guerra hay cosas que se pueden conseguir de una forma más fácil…

Silencio entre ambos.

—En una guerra, por ejemplo, puedes conseguir entrar en lugares que normalmente están demasiado protegidos y llevarte algún souvenir…

—Robándolos…

—Bueno, es una forma de verlo…

—¿Qué hacía ahí dentro? —vuelve a insistir.

—Justamente contratar esa actividad… Simplemente he pagado por una actividad extra. Como usted bien sabe, cada uno de nosotros viene aquí por unos motivos; usted dedíquese a investigar para su película y yo…

—¿Cuál es esa actividad? —pregunta el director, esta vez alzando un poco más la voz.

—Le vuelvo a decir que es un tema privado —responde el diplomático, ya con cierta incomodidad.

El director se recoloca lentamente en su asiento.

Inspira y espira varias veces.

Su representante, que lleva un rato observando la escena desde lejos, sabe que eso no puede acabar bien.

—¿Cuál es esa actividad? —insiste, apretando los dientes y los puños.

Pero el diplomático, ya harto del interrogatorio, en lugar de contestar, sonríe y se lleva su copa a la boca.

El director, temblando, en pleno ataque de furia, pero intentando controlarse a pesar del alcohol que no ha dejado de beber desde el comienzo de la cena, no se da por vencido.

—i¿Cuál es esa actividad?! —Y ahí, sin querer o quizás a propósito, eleva mucho más el tono de voz atrayendo la mirada del resto de las personas.

* * *

Un mes antes

En el interior de un edificio oculto en el bosque, un hombre comienza a analizar cada una de las notas que había en los fajos de billetes. Está mucho más tranquilo, pues sabe que ha conseguido lo más complicado, ahora internet hará el resto.

La primera búsqueda es la de la chica influencer. Ya entró hace tiempo en las publicaciones de su red social correspondientes a las fechas anteriores al desastre, y en su momento ya encontró algunas evidencias de que había participado en ese viaje. Lo que no sabía es que había ido acompañada, al menos eso es lo que indica el «×2» apuntado en el papel junto a su nombre.

Por eso ahora vuelve a revisar las publicaciones con la intención de averiguar quién es esa otra persona.

Se da cuenta de que en varias fotografías aparece con una mujer mayor que ella.

Repasa cada texto, cada vídeo, cada imagen… y en la descripción de una de ellas encuentra lo siguiente: *Muy pronto mi mimi y yo nos iremos de viaje a un lugar secreto*.

Ahí la tiene, esa es la mujer que acompañó a la influencer. Evidentemente la descarta, pues no es a ella a quien busca, sino a un hombre.

Vuelve a revisar si hay imágenes posteriores a la fecha, pero la chica jamás volvió a publicar nada más relativo a ese viaje. Como si nunca hubiera existido, como si nunca hubiera estado allí.

El hombre deja el móvil en el suelo y, de momento, descarta a la influencer y a su acompañante.

Continúa.

* * *

¡¿Cuál es esa actividad?! es la frase que continúa flotando en el aire.

El resto de los asistentes se han quedado en silencio y dirigen sus miradas hacia ellos dos.

El diplomático ya no contesta.

Al ver la tensión que se ha generado, se acerca el guía que estaba hace un momento en la habitación contando el dinero.

—¿Hay actividades extra que los demás no conocemos? —le pregunta el director de una forma intimidatoria conforme le ve acercarse.

—A ver… les explico —comienza a hablar el guía desde un lugar en el que todos puedan escucharlo—, cada uno de ustedes ha venido aquí por una razón diferente. Y por eso cada uno de ustedes ha contratado unos servicios. En la información que les facilitamos sabían que había actividades extra que a veces se pueden hacer y otras veces no. Por ejemplo, por motivos obvios, no vamos a poder volar en helicóptero por ninguna de las zonas. Pero en cambio sí que podemos realizar las visitas a alguno de los refugios subterráneos, algo que en otras ocasiones, por la intensidad de los bombardeos, no se ha podido hacer. Cada viaje es diferente dependiendo de las circunstancias, y, por supuesto, un viajero nos puede solicitar servicios privados.

Deja de hablar, pero nadie dice nada, simplemente esperan a que continúe.

—Por ejemplo, en la anterior ocasión un cliente nos pidió visitar el exterior de la central nuclear, porque era científico y quería ver cómo podían afectar los bombardeos a las estructuras energéticas del país. En otra ocasión un médico quiso acercarse al hospital por si podía ayudar allí en algo; estuvo hablando e intercambiando información con el personal sanitario, con algunos pacientes… Como ven, nosotros nos adaptamos a las necesidades individuales de cada viajero, y este caballero ha pagado un dinero extra para hacer una actividad especial.

—¿Qué actividad especial es esa? —insiste el director sabiendo muy bien lo que está preguntando—. Lo comento porque igual nos podría interesar también a los demás.

—Lo siento, pero como usted comprenderá eso es algo acordado entre el cliente y nosotros, no podemos desvelarlo.

—¡Bueno! —protesta el director—. ¿Y si yo también quisiera hacerla? ¿Y si resulta que podemos llevarnos algo que normalmente no está a nuestro alcance? ¿Y si pudiéramos acceder a algún sitio que de otra forma sería imposible?

El guía ya no sabe muy bien cómo salir de ahí.

—El importe es muy elevado… —dice para ver si eso le disuade, pero consigue el efecto contrario. Son palabras que hieren el ego de un director que no está acostumbrado a que le digan que no.

—Creo que nadie de los que estamos aquí tiene ese problema. Insisto: ¡me gustaría saber en qué consiste esa actividad especial! —habla casi gritando.

—Pero… —El guía ya no sabe qué decir, se le está yendo la situación de las manos, pero tampoco sería adecuado llamar a los dos vigilantes armados que rodean la casa.

Duda.

El diplomático, tras analizar la situación, le da un trago a su copa y se levanta. Piensa que igual no es tan mala idea dejar que vengan; por una parte es un riesgo, pero por la otra tendrá una forma de chantajearles. Él sabe quiénes son los demás, pero los demás no saben quién es él.

—A ver, caballeros… y señoritas. Les voy a confesar que no me gusta la gente, en general no me agrada compartir viajes con nadie. Y si hubiera podido elegir, hubiera realizado este viaje sin ustedes.

Silencio.

—Pero eso no era posible, en cambio sí era viable hacer una actividad especial a solas. El dinero siempre nos da la posibilidad de hacer cosas excepcionales. El dinero me ha permitido entrar a mí solo a ver un sarcófago y llevarme… —se hace el interesante—,

llevarme de allí algo que nadie tiene en su casa. O poder acceder, con vehículos especiales, en plena guerra de guerrillas, a uno de los almacenes de oro más protegidos del mundo… y, por supuesto, llevarme algún lingote…

Silencio.

—Pero bueno…, llegados a este punto, si ustedes pueden pagar esta actividad, y creo que así es, por mí no hay problema. Si los organizadores quieren, pueden apuntarse, pero yo no les voy a decir a dónde vamos. Simplemente vienen, me acompañan. Yo voy a intentar llevarme algo a casa; ustedes, una vez allí, ya decidirán lo que quieren hacer. Ya está. Esta es mi condición.

Y diciendo esto, de un solo trago se acaba la copa y se dirige hacia la barra.

El organizador, nervioso, no sabe muy bien qué hacer, es algo con lo que no contaba, por eso vuelve a ofrecerles alternativas:

—Bueno… también hay otras opciones: después de realizar la visita que teníamos acordada a los subterráneos podemos ir a una de las poblaciones donde se iniciaron los combates o visitar uno de los hospitales de campaña que se montaron…

—Yo paso de los sótanos de los edificios —interrumpe el director mirando a su acompañante, pues ambos sospechan lo que está ocurriendo—. Me apunto a la actividad de este señor que tiene pinta de saber lo que hace.

El guía, a su vez, mira al diplomático y este le hace un pequeño gesto afirmativo.

—Está bien, en ese caso, acompáñenme y realizaremos el cobro.

El director y su agente se dirigen junto al guía a la habitación del fondo, la que tiene la puerta verde.

En la sala se han quedado los dos hermanos junto a la influencer y su acompañante, pensativos.

—¿Qué hacemos? —le pregunta el mayor al pequeño.

—No sé, quizás sea una actividad divertida; si ese hombre quiere hacerlo, seguro que es interesante.

—Entonces ¿no quieres ver los subterráneos?

—Sí, también quiero, debe de estar genial ver dónde se refugian las personas durante una guerra, saber cómo viven ahí abajo.

—Ya, pero hay que elegir.

—¿Tú qué quieres hacer?

—A mí me da igual, lo que tú decidas, este es tu regalo.

El hermano mayor se dirige a la chica influencer.

—¿Vosotras qué vais a hacer?

—No sé… En un principio habíamos pensado en ver los subterráneos, claro, pero ahora ese hombre me ha dejado con la duda, me ha entrado un fomo terrible —afirma la chica.

Los cuatro se quedan mirando hacia la puerta verde.

* * *

A unos cuantos kilómetros de allí, en uno de los barrios más castigados por los bombardeos, los sótanos de los edificios se han convertido en viveros de personas.

Finalmente, ninguno de los turistas ha elegido visitarlos y por lo tanto no podrán disfrutar de esos lugares donde cada plaza de garaje se ha convertido en un hogar improvisado, donde las líneas en el suelo son paredes imaginarias que separan familias, donde las camas son colchones sobre el suelo, la ropa cuelga de cuerdas enganchadas entre las columnas y los cubos se han convertido en lavabos y retretes.

Esos turistas tampoco podrán disfrutar de todo el arte rupestre de unos niños que, con sus rotuladores y pinturas, se han dedicado a dibujar en las paredes los objetos y lugares que no pueden ver en la realidad.

Allí hay bosques en verano, barcos en el mar, flores de colores… una cometa que vuela sin viento, un tobogán al que no se pueden subir, una piscina a la que no se pueden lanzar…

En ese inmenso lienzo vertical hay también una lista, porque en todas las guerras hay listas. En esta hay nombres. Con un punto a su izquierda, los que salieron pero no regresaron; con una raya, los que están dentro pero ya no podrán salir.

Y es esa una de las peores noticias, no la de la muerte de alguien dentro, que lo es, sino la de tener que sacar el cadáver al exterior sin saber qué hacer con él.

Esos turistas, desgraciadamente, tampoco podrán compartir mesa con los habitantes subterráneos, ni degustar un menú que consiste en abrir latas: latas de atún, latas de tomate, latas de judías… A veces, esos habitantes se imaginan que ellos mismos viven en el interior de una de esas latas.

También se perderán los conciertos improvisados con una vieja guitarra que de vez en cuando alguien toca, o esas actuaciones musicales que los niños, en los días en los que no hay demasiados truenos, se animan a crear.

Allí cada cumpleaños es una fiesta.

Cada pared, un museo.

Cada día, una victoria.

Cada rectángulo en el suelo, una historia.

En la plaza de garaje número 24, por ejemplo, sobrevive un abuelo que muchas veces no sabe cómo consolar a su nieta. No sabe cómo explicarle que a su padre se lo llevó el ejército amigo; que a su madre, el enemigo.

En la plaza número 35, una madre, que hace unos meses gestionaba con la responsable de una escuela infantil los días que podría dejar a su bebé, está ahora mismo dándole de mamar en el suelo, aunque de su cuerpo ya no sale nada. Piensa en las pequeñas cosas que le preocupaban hace apenas unas semanas y que ahora carecen totalmente de importancia. Se pregunta a menudo qué ha hecho ella, qué han hecho ellas para estar así…

En la plaza número 38, una pareja que ya roza los sesenta se hacen compañía, medio sentados, medio tumbados entre el suelo y la pared.

Hace apenas unos meses habían reservado un crucero para celebrar sus cuarenta años de casados.

—Mañana es nuestro aniversario —le dice él.

—Lo sé —le sonríe ella.

—Me han dicho que al final no saldrá el barco —sonríe él también.

—¿Por alguna razón en especial? —le pregunta ella haciéndose la sorprendida.

—Dicen que hay una guerra por ahí fuera.

—Pues habrá que pedir que nos devuelvan el dinero, que no se nos olvide quejarnos a la agencia.

—Sí, así es, en cuanto reconstruyan las oficinas iré a hablar con ellos —sonríe mientras una lágrima le recorre la mejilla.

Se aprietan la mano.

Aun así, él tiene un plan para mañana, sabe que no habrá crucero, ni cena en un restaurante, ni paseo por el parque… Pero aún hay algo que puede hacer. Y esa ilusión será el motor que le permitirá vivir un día más.

En las plazas 45 y 46 de esos sótanos, una familia de hija, madre y padre intentan dormir.

—¿De quién nos escondemos? —pregunta a veces la niña con una voz ronca que no augura nada bueno.

—De los malos —contesta su madre.

—¿Y quiénes son los malos? —vuelve a preguntar.

—Otros, los malos siempre son los otros —le contesta asumiendo que a veces también lo son ellos.

La niña se abraza a su madre a la vez que tose. Lleva así ya varios días y cada vez va a peor.

Justo antes de caer rendida, con una voz que apenas se escucha, les pregunta:

—¿Lleváis mis pulseras?

—Claro —contestan ambos.

Cuando la niña parece que ha conseguido quedarse dormida es el hombre quien habla en voz baja:

—Si esto va a peor, hay que llevarla al hospital.

—Pero… es muy peligroso, allí aún están combatiendo. No, no quiero que salga de aquí.

—Pero cada día está peor, cada día le cuesta más respirar…

Silencio.

—Además, hay rumores…

—¿Qué rumores?

—¿Te has enterado de lo que les están haciendo a las niñas y a las mujeres en esa parte de la ciudad?

El hombre asiente y abraza a su mujer.

—Sí, hay rumores, pero aquí no hay que preocuparse, somos nosotros los que estamos ganando.

—Sí, lo sé, por eso te lo cuento, porque son los nuestros los que les están haciendo eso a las niñas…

Se abrazan.

En qué nos hemos convertido…,
se dice a ella misma, a su marido,
a la humanidad.

En la oscuridad, como cada noche, llora.

* * *

—¿Qué hacemos? ¿Nos apuntamos? —le vuelve a insistir la influencer a su compañera—. ¿O vamos a los sótanos?

—No sé, a mí es que la actividad de los sótanos me gusta. Me hacía mucha ilusión ver cómo viven ahí abajo, cómo se organizan; debe de ser todo muy distinto a como lo imaginamos desde aquí.

—A mí también me gustaría visitarlos —interrumpe el hermano pequeño—. Tengo un videojuego en el que se simula perfectamente cómo se organizan, pero me gustaría vivirlo de verdad.

—Pues hay que decidirse, porque las dos cosas a la vez no se pueden hacer, eso ya lo ha dejado claro el guía —añade el mayor.

—El problema es que si no vamos a esa «actividad especial» siempre nos quedaremos con la duda, y eso es algo con lo que no podré vivir, no podré, no podré… —rabia la influencer cerrando los puños.

—Ya, a mí sé que me pasará lo mismo —añade el hermano menor.

Los cuatro se vuelven a quedar en silencio, mirándose unos a otros.

—Yo no voy a poder soportar quedarme toda la vida pensando en lo que hizo ese señor tan serio y que yo no pude hacer —sonríe la influencer haciendo una mueca de burla.

—Ya, y también sé que si no lo hacemos vas a estar toda la vida echándome en cara que no te ayudara a tomar la decisión —le contesta su asistenta.

—Decidido. Vamos a hacerlo.

Y se quedan mirando a los dos hermanos. Es el pequeño quien toma la decisión:

—Nosotros también.

* * *

Un mes antes

Una vez descartadas la influencer y su acompañante, el hombre coge otro de los papeles que había junto a los billetes en la caja y pone en internet el nombre.

Aparece rápidamente.

Es un director de cine que tuvo su época dorada hace ya un tiempo; de hecho, estuvo nominado a varios grandes premios, aunque nunca llegó a conseguir ninguno.

Al observar varias fotos sabe de inmediato que no es él a quien busca. No coincide ni su rostro ni mucho menos su físico. Pero, por la anotación que había en el papel, «×2», también sabe que no viajaba solo. Alguien tuvo que acompañarle, y quizás sea ese alguien…

Comienza a revisar sus apariciones públicas y en varias de las noticias lo ve acompañado de otro hombre, más delgado, más bajito, de la misma edad más o menos… Siempre el mismo.

En una de las noticias pone su nombre y comienza a buscarlo en internet. Casi siempre aparecen relacionados los dos.

Revisa entonces las redes sociales del director, y hay varias fotos en las que están juntos, la última de ellas en un aeropuerto. Al consultar la fecha coincide con el inicio del viaje.

Sí, parece que sí, que fueron los dos juntos, pero tampoco es la persona a la que busca.

Y le llegan de nuevo las dudas.

¿Y si se ha equivocado de lugar, y si no es ninguno de los que estaban en este edificio de madera?

Respira.

Aún le quedan tres nombres más.

Pone el siguiente en internet, pero lo que aparece no se lo esperaba.

—¡Mierda! —grita a solas en el silencio del bosque.

* * *

La influencer y su asistenta son las siguientes en dirigirse hacia la habitación con la puerta verde.

Llaman a la puerta.

Desde el interior, el guía les indica que pasen.

Allí dentro vuelven a insistir para que les informen en qué consiste la actividad, pero nada.

Finalmente, al ver que no van a poder conseguir más información, preguntan el precio.

—¡¿Cuánto?! —grita la influencer.

—Ese es el precio —contesta el guía sin inmutarse.

—Pero… pero… eso es una barbaridad —insiste mientras mira a su asistenta para ver qué opina.

—Lo siento, es lo mismo que les hemos cobrado a todos los demás, y en esto no podemos hacer ni descuentos ni excepciones.

—Pero…

—Déjalo, no lo hagas —le aconseja su asistenta—. Vamos a ver los subterráneos y ya está. ¿Y si todo esto es un engaño para que paguemos una cantidad desorbitada por algo que no lo vale? ¿No has pensado que el hombre ese sea un gancho para estafarnos?

—Pero es que… no sé… no sé… ya había tomado la decisión y ahora… —le dice en voz baja la chica.

Se miran.

—Entiendo que si pagamos esta cantidad de dinero es porque lo que nos podemos llevar de allí vale mucho más, ¿verdad? —insiste de nuevo.

—Lo siento, no les puedo dar más información.

Silencio.

Durante unos instantes dudan, no saben muy bien qué hacer.

—Pero no hay problema, no se preocupen… —vuelve a insistir el guía—, la excursión de los sótanos sigue en pie y les aseguro que va a ser una experiencia increíble, algo que no podrán olvidar.

—¡No! —grita la influencer.

Y su negativa se escucha desde fuera de la habitación.

—¡Vamos a hacerla! ¡Claro que vamos a hacerla! Tenemos el dinero, ¿no? Pues sácalo —le dice a su asistenta, que la mira con estupefacción.

Y allí, billete a billete, la mujer va entregando el importe total.

Salen de la habitación.

Dentro, el guía ya no sabe qué hacer con tanto dinero, la caja está casi llena, no esperaban estos ingresos extraordinarios.

Ata con una goma los billetes junto a un papel con el nombre de la influencer y un «×2» para que se sepa que es de dos personas. En ese momento no piensa que esos pequeños papeles pueden tener mayor trascendencia.

Además, sabe que como mucho, en dos o tres días, vendrán a por la caja.

A los pocos minutos vuelven a llamar a la puerta.

Entran los dos hermanos.

La conversación es más o menos idéntica y la respuesta al indicarles el precio de la actividad también es más o menos la misma.

—Pero… eso es mucho dinero, ¿no? —contesta sorprendido el hermano mayor.

—Bueno… es lo mismo que les hemos cobrado a todos los demás. Lo mismo.

—Sabe que si me miente… En cuanto salga de aquí les voy a preguntar.

—Lo sé, por eso no les vamos a engañar.

El hermano menor no dice nada, simplemente asiste a la conversación.

—Bueno, que no sea por dinero, y que no sea por quedarnos con las ganas de saber qué van a conseguir todos los demás compañeros.

Le entrega billetes nuevos, perfectamente doblados.

Cuando los dos hermanos salen de allí, el guía vuelve a poner una goma alrededor del fajo y añade un papel con el nombre del hermano mayor y un «×2».

Cierra la puerta por dentro, coge la caja y se sube a la mesa. La esconde en un lateral de la ventana.

Solo sobresale una pequeña anilla, imperceptible.

En el exterior todos han ido ya a sus habitaciones para ponerse de nuevo el bañador y disfrutar de la segunda y última noche de estrellas fugaces.

Se vuelven a colocar en los jacuzzis en el mismo orden que la noche anterior. Con la diferencia de que hoy ya saben lo que van a ver.

En unos minutos llega la primera estrella que ilumina el cielo.

Todos la siguen con su mirada: se maravillan de la estela de luz que va dejando hasta que aterriza sobre algún lugar de la ciudad dejando una maravillosa explosión sobre el terreno.

* * *

A varios kilómetros de esos turistas que se han introducido en unos jacuzzis, una estrella fugaz comienza a viajar por el cielo dejando una estela preciosa para finalmente impactar sobre un edificio que ya estaba en los huesos. Afortunadamente, en las plantas visibles ya no quedaba vida, pues toda se había trasladado al subsuelo.

Es ahí donde se han escuchado gritos de pánico al ver cómo los cimientos temblaban. Saben que si el edificio colapsa, los enterrará vivos.

A los pocos minutos, otra preciosa estrella fugaz comienza a dibujar una línea de luz en el cielo. A los dos o tres segundos impacta contra una central eléctrica dejando ciega a una parte de la ciudad.

Oscuridad total en decenas de calles, en cientos de casas, en miles de vidas…

Y otra estrella,
y otra,
y otra…
y así decenas de estrellas fugaces van amputando vidas, miembros y futuros.

En uno de esos sótanos sin luz, un hombre ya mayor se preocupa porque no sabe si su comercio, situado a varias calles de allí, existirá. Reza por que así sea, pues mañana hace justo cuarenta años que conoció a su mujer, y aunque no van a poder disfrutar del crucero que tenían contratado, sí que le va a regalar algo que le encanta: una caja de sus galletas preferidas. Siempre guarda varias en un cajón oculto de un armario. Por eso tiene la esperanza de que,

a pesar de las bombas, las balas y los saqueos, nadie haya encontrado ese escondite. Nadie haya encontrado esas galletas.

Al día siguiente se levantará pronto y, con la excusa de comprobar si su comercio aún sigue en pie, se dirigirá hacia allí y cogerá ese pequeño regalo para ella. Son esas pequeñas ilusiones las que aún mueven las vidas de todas las personas que allí resisten…

En ese mismo sótano, decenas de vidas anónimas tienen sus grandes miedos y sus pequeñas ilusiones. Sus temores a morir mañana mismo y la esperanza de que una guerra que ellos no han decidido acabe cuanto antes, al menos que acabe antes que su propia vida.

En ese mismo sótano, una familia de hija, madre y padre intenta dormir. Pero cada noche es más difícil, mucho más difícil. Su hija no puede parar de toser: cada día le cuesta más respirar.

Le tocan la frente y, a pesar de que no tienen termómetro para medir la fiebre, notan que su cuerpo está demasiado caliente.

El padre insiste en que si durante la noche empeora, al amanecer tendrán que ir al hospital, no hay opción.

El problema es que en las guerras los hospitales siempre quedan demasiado lejos.

* * *

Amanece en un edificio de madera en el interior de un bosque. Esta noche todos han dormido mejor, relajados tras el baño y el espectáculo de las estrellas fugaces.

Ya no les han molestado demasiado los truenos.

El primero en despertar, nervioso, ha sido el director de cine. La ilusión le puede, pues sabe que ayer consiguió dar un paso más hacia su obra maestra. Recuerda cada palabra de la conversación que tuvo con el guía y se siente orgulloso de haber sido capaz de convencerle para que les dejara participar en esa actividad especial.

Se asoma por la ventana a un nuevo día que aún es noche mientras imagina cómo lo habrán organizado todo, cómo llegarán hasta el lugar y, sobre todo, qué lugar habrán elegido.

Si a donde van es a donde él sospecha, sabe que ya está un poco más cerca de ganar el Óscar.

La influencer y su asistenta también se han despertado intranquilas, dándole vueltas a la mente, pensando en mil opciones. ¿Dónde iremos? ¿Por qué tanto secreto? ¿Por qué ese precio tan alto? ¿Qué podremos conseguir allí? ¿Qué podremos robar?

El hermano pequeño se mantiene despierto en la cama, con la sonrisa en el rostro, mirando hacia el techo, imaginándose mil situaciones distintas. Imaginando que quizás van a poder entrar en un depósito de oro, en una cueva secreta con mil tesoros…

Su hermano mayor lo mira desde la otra cama.

En el desayuno casi todos permanecen en silencio, como a la espera, pues a excepción del diplomático, y quizás del director, nadie más sabe lo que van a hacer.

Tras el desayuno, cada uno regresa a su habitación para vestirse con los complementos obligatorios: botas, chalecos antibalas, casco, etiquetas de alguna ONG para que parezca que están allí ayudando…

Llega la hora.

Salen al aparcamiento, allí todo es niebla.

El sol aún no ha aparecido, pero los tres vehículos ya están preparados para ir de nuevo hacia la ciudad. Llevan varios minutos con el motor en marcha: su organismo necesita expulsar todo el frío almacenado durante la noche antes de poder ser útiles.

Entran en el autobús.

En el interior del habitáculo los vahos de los participantes se mezclan entre la curiosidad y el miedo. Solo uno de ellos sabe con certeza a dónde van. Hay otros dos que lo sospechan.

Los neumáticos comienzan a deslizarse sobre una mezcla de tierra y hielo. Lentamente van cogiendo tracción.

—Como, finalmente, todos ustedes han decidido hacer esta excursión, hemos tenido que adaptar el protocolo y la seguridad. En principio solo venía una persona y ahora son siete. En este tipo de situaciones no basta con poner seis platos más a la mesa, es todo un poco más complicado.

Y el convoy se dirige hacia la ciudad para realizar esa actividad especial.

* * *

DESPUÉS DE LA ACTIVIDAD ESPECIAL

Varias horas después de la actividad especial

Dos hermanos viajan en primera clase, en el interior de un vuelo nocturno en dirección a su próximo destino: unas playas preciosas en algún punto perdido del Caribe.

El menor apenas ha dicho nada desde que esa misma mañana han vuelto de la ciudad, después de hacer una actividad especial que no tenían programada.

Es cierto que esto ya le ha ocurrido alguna vez, por eso el mayor sabe que lo mejor que puede hacer es dejar que las vivencias comiencen a reposar en su cabeza, como lo hacen los barcos después de una tormenta.

Solo entonces, cuando cada pensamiento se pose en su lugar, volverá a ser él. Aunque en esta ocasión…

—Catorce. —Es la primera palabra que dice desde hace horas. Y la dice sin girarse, observando las nubes a través de la pequeña ventanilla del avión.

—¿Catorce? —le pregunta el hermano mayor sin acabar de entender a qué se refiere.

Silencio durante más de dos minutos.

—Catorce muertos he contado en el viaje, desde que llegamos al bosque hasta que nos hemos ido de allí hoy. Catorce.

Silencio.

—Catorce —repite sin dejar de mirar por la ventanilla y moviendo rápidamente las piernas.

El hermano mayor también conoce esos síntomas: una idea ocupa todo su cuerpo. Entra en un laberinto mental del que le puede costar horas, o incluso días, salir.

Busca un tranquilizante de los que suele llevar para estas situaciones y se lo ofrece.

—Tómate esto y te encontrarás mucho mejor, ya verás.

El hermano menor, lejos de negarse, simplemente coge la pastilla, se la introduce en la boca y bebe un poco de agua.

—Catorce… —vuelve a decir.

Silencio durante unos minutos.

—No ha sido como en un videojuego… han sido catorce muertos de verdad… —Y estas son las últimas palabras que pronunciará antes de que la medicación haga efecto y lo deje durmiendo para el resto del viaje.

Su hermano mayor se arrepiente ahora de todo: del viaje en general, de las actividades, de todo lo que han visto a través de los cristales del autobús, de todo lo que han visto en la realidad.

Mira las pastillas, coge una de ellas y se la introduce en la boca. Bebe un poco de agua y se la traga.

Ambos dormirán durante varias horas.

Un golpe seco contra el suelo los despierta.

Miedo, y al instante alivio al darse cuenta de que acaban de aterrizar.

—Vamos, dormilón, ya hemos llegado.

Pero su hermano menor no contesta, simplemente se pone en pie.

Salen del avión y comienzan a caminar por la terminal en silencio hasta que…

—Allí es —le dice el hermano mayor.

Una azafata de larga melena y falda muy corta les espera junto a un cartel con su apellido. Junto a ella, un hombre con cara simpática y bermudas se acerca para cogerles las maletas.

—¡Bienvenidos al paraíso! —les dice con una amplia sonrisa.

* * *

Varias horas después de la actividad especial

Un Hummer negro circula, de vuelta, por los mismos caminos por los que llegó a una construcción de madera en el corazón de un bosque. En su interior, en el asiento trasero, permanece un hombre que ha preferido regresar en coche para no tener que pisar ningún aeropuerto. Eso podría dejar algún tipo de rastro.

Al final solo son diez horas por carretera hasta el punto de destino, que en esta ocasión no es su casa.

Observa un alrededor que permanece intacto, quizás porque es el propio frío el que ha decidido detener el tiempo: cada hoja en el suelo, cada pequeño montículo de nieve sobre las rocas, cada estalactita de hielo en las ramas… todo permanece inerte, como si el bosque fuera un cadáver congelado ante el paso de los días.

A pesar de que no hace demasiado sol, al final toda la luz que los rodea le molesta en los ojos. Coge unas gafas que tiene guardadas en un compartimento de la puerta y se las pone para poder observar mejor todo lo que abandona.

Tras unos minutos llegan al mismo puesto de control por el que pasaron hace apenas dos días, pero él sabe que allí ya no habrá nadie.

Y así es: al llegar la barrera está levantada y la pequeña garita, vacía. No hay ningún vehículo tampoco alrededor. Ni siquiera hay huellas de neumáticos, como si jamás hubiera pasado nadie por allí. Nada. La ausencia, el frío y el silencio.

—Ya no hay nadie aquí, se han ido esta misma mañana. Parece que se acaba la guerra —le informa el chófer.

Malas noticias, piensa para sí mismo.

Porque sabe que después de una guerra casi nunca llega una paz inmediata. Después de una guerra siempre llegan las venganzas.

Cuando el peligro desaparece de las calles, aparecen las personas. Esas personas que han perdido a sus hijos, esas personas que han perdido a sus padres, esos padres que quieren venganza, esos hermanos que se han quedado sin hermanos… porque después de una guerra hay gente que ya no tiene nada más que perder.

Y en esa ciudad que ahora mismo abandona ya circulaban rumores de que existían lugares como la casa de madera en la que acaban de estar… de que existían turistas como él mismo: personas que pagaban dinero por ver la guerra en directo. Por eso la prioridad ahora mismo es escapar de allí.

El vehículo sale finalmente de entre los caminos a una carretera secundaria por la que poco a poco van viendo más tráfico. De vez en cuando una ambulancia, de vez en cuando camiones militares…

Pasan las horas, y los kilómetros, y el miedo.

Por fin llega a territorio comunitario: ya se siente mucho más seguro. Bendice incluso el intenso tráfico de la nueva autovía a la que acaban de acceder.

Se reconforta en su asiento trasero y mira el móvil. Por fin tiene una conexión estable. Accede a una web donde hacen las cosas tal y como él las quiere. Es cara, muy cara, pero lo hacen bien y rápido.

Es la tercera vez que realiza ese mismo y extraño pedido que le llegará a casa al día siguiente. *Excelente*, piensa mientras le da al botón de finalizar la compra.

Guarda el móvil y comienza a recordar esas vivencias que ahora mismo en su mente son más que placer, como una droga que lo va a mantener calmado durante un tiempo. Aun así, sabe que necesitará más, sabe que necesita ese riesgo, esa intranquilidad por las noches, ese no saber dónde caerá la próxima bomba… por eso en un futuro continuará esperando otra guerra.

Piensa ahora también en el resto de los participantes. Afortunadamente los tiene a todos grabados, incluso a esos dos

hermanos, a esos hijos de papá. Sabe que podría sacarles dinero, mucho, muchísimo dinero… sobre todo al menor. Igual en un futuro…

Lo mejor de todo es que ninguno de los que han ido allí han sido capaces de guardar su identidad, y eso, al final, siempre es un riesgo, porque habrá alguien que los encontrará: los restos de la guerra suelen aparecer cuando llega la paz.

Sabe que en algún sitio, en algún lugar, algún día aparecerán sus nombres. Sabe también que algún día, alguien comenzará a buscarlos.

Mira el reloj, aún le quedan muchas horas para llegar a ese lugar donde lo están esperando. No se ha preparado nada, pero tiene tiempo.

El sueño comienza a ganarle.

Poco a poco cierra los ojos… pero hay algo que no le deja dormir: es ese director que de alguna forma ya sospechaba lo que iba a ocurrir. ¿Cómo lo sabía?

* * *

Ahora

Cada segundo de espera se convierte en un mundo desde esta ventana, pero ya queda menos, ya queda menos… Deben de estar a punto de salir de la pastelería, es cuestión de segundos, tienen que salir…

Un disparo y todo acabará.

¿Todo acabará?

Quizás la rabia, el rencor, el odio, una parte del dolor…

Pero ¿y la culpa?

Porque yo también fui culpable, porque al final fui yo quien tomó la decisión. Pero… ¿qué haces si ves que tu hija no puede respirar? ¿Si ves que su cuerpo está cada vez más y más caliente? ¿Te quedas en la oscuridad esperando a que se muera?

¿Te quedas allí viendo cómo se deshace entre tus brazos?

Aquella noche nuestra hija estaba ardiendo, apenas podía hablar, y a veces, al toser, le salía sangre por la boca.

Teníamos que ir al hospital.

Sí, yo tomé la decisión, a pesar del miedo.

A pesar del riesgo.

A pesar de la guerra.

Yo tomé la decisión.

* * *

Varias horas después de la actividad especial

El silencio es total en la habitación de la influencer y su asistenta. Desde que regresaron de la actividad especial apenas se han dirigido la palabra.

Al llegar al edificio de madera les han advertido que es mejor que salgan cuanto antes, esta mañana alguien ha visto lo ocurrido y la guerra está a punto de finalizar. A partir de ese momento nadie puede garantizarles su seguridad.

La asistenta lleva vomitando desde hace más de media hora, aún no ha podido salir del lavabo.

—¿Cómo estás? —le pregunta la chica asomándose ligeramente al baño.

—No estoy bien. No estoy nada bien. Solo tengo ganas de irme.

—Yo también tengo ganas de irme, cuanto antes.

—No ha sido una buena idea hacer este viaje.

—No, no ha sido buena idea.

—Solo quiero largarme de aquí, volver a casa y que mi mente borre todo lo que hemos visto, todo lo que ha pasado.

Llora al ver que ya no sale nada más por su boca, solo dolor y ácido.

Llaman al teléfono de la habitación.

—Sí —responde la chica.

—El coche las está esperando.

—Vamos.

Cierran la puerta de la habitación y bajan por las escaleras hasta recepción, allí solo hay un hombre que se ofrece a cogerles las maletas.

—¿Dónde está nuestro chófer, el del primer día? —pregunta la asistenta.

—No ha podido venir, las cosas se están complicando mucho, hay gente que les está buscando —les contesta el hombre en un tono

rudo, seco.

Ambas se miran. No se fían de alguien al que no conocen.

—¿A nosotras? ¿Nos están buscando a nosotras? —pregunta la chica.

—A toda la gente como ustedes —dice en un tono despectivo.

—Espera —dice la asistenta.

Marca un número de teléfono.

Espera un tono.

Dos.

Tres.

Pero nadie lo coge.

Vuelve a marcar, nerviosa.

Nada.

—¿Van a venir o me voy? —pregunta el hombre con un tono que no les gusta.

—Espere un momento, espere un momento —contesta nerviosa la asistenta.

Vuelve a llamar, pero no obtiene respuesta.

—¿Qué hacemos? —pregunta la influencer.

—Es mejor que se vayan cuanto antes —dice el único guía que allí queda—. No están seguras aquí, ninguno de nosotros estamos seguros ya.

Se deciden y suben en el coche con un desconocido.

Conforme se acercan a la frontera sienten miedo, mucho miedo.

—¿Aún tienes dinero?

—Muy poco, lo gasté casi todo para la actividad…

—Bueno, yo sí tengo algo.

—Lo que más miedo me da es que esos hombres de la barrera no solo quieran nuestro dinero, que quieran otra cosa…

A los pocos minutos llegan a la frontera, pero no hay nadie allí. El vehículo pasa de largo y sienten un alivio complicado de explicar. No

dicen nada, no preguntan, no hablan.

La asistenta vuelve a llorar, no puede evitarlo, mientras mira un alrededor frío, olvidado como los cadáveres de una guerra, como los árboles quemados de los parques, como aquel perro colgado de un árbol, como las casas desnudas de ladrillos… Pero sobre todo hay una imagen de la que sabe que nunca podrá deshacerse: lo que ha visto esta mañana.

La influencer le pone la mano en el regazo.

Su móvil emite un sonido: tienen de nuevo cobertura. Mira rápidamente una aplicación de mapas y respira aliviada al ver que el chófer las está llevando por el lugar correcto.

Quedan dos horas de viaje hasta el aeropuerto, pero ninguna de ellas se atreve a dormir, les da miedo despertarse en un lugar que no sea el adecuado.

Llegan a carreteras con gente viva, con coches que funcionan, con señales enteras…

Llegan después a un aeropuerto que no arde, del que salen y llegan aviones, con taxis, turistas con maletas y avisos normales por megafonía.

El chófer se detiene justo en la puerta de salidas. Baja y las ayuda con las maletas.

La asistenta está a punto de abrazarlo, de darle las gracias por no haberlas secuestrado, por no haberles hecho nada… pero no quiere estar ni un minuto más allí, con aquel hombre.

Una vez dentro del aeropuerto, respiran.

La asistenta se dirige de nuevo al baño.

La influencer la espera fuera mientras observa a una niña que va de la mano de sus padres…

No aguanta más y allí, en la propia terminal, comienza a vomitar.

* * *

Varias horas después de la actividad especial

Un director de cine y su asesor han abandonado la casa en la que han estado alojados durante los dos últimos días.

Es una furgoneta negra la que ha comenzado a atravesar el bosque alejándolos de allí.

Llevan unos kilómetros en el vehículo cuando llegan de nuevo a una frontera que ya no existe.

El coche pasa sin ningún contratiempo.

—¿Ya no hay frontera? —pregunta el agente extrañado sin dejar de mirar una barrera que está abierta, abandonada.

—Ellos huido, escapado todos, escapado todos —dice el conductor en un idioma en el que no acaba de expresarse bien.

—¿Huido? ¿Por qué?

—Porque si quedan aquí están muertos, muertos todos, ellos huir —insiste mientras pasa por la zona a más velocidad de la necesaria.

El coche resbala varias veces sobre el barro.

—Y ustedes también, algún día —añade el conductor.

Y ambos, director y representante, se quedan en silencio, temblando.

—¿Ha dicho lo que ha querido decir? —le susurra el uno al otro.

—No sé, igual se ha liado con el lenguaje, igual quería decir otra cosa… no sé…

El director coge su móvil y mira la dirección a la que tiene que ir, de momento parece que van bien. Observa nervioso los caminos, al conductor… Duda.

El chófer se da cuenta.

—No será hoy. Ahora aeropuerto —añade.

Ninguno de ellos dice nada.

El agente simplemente mira por la ventanilla y se alegra de ver cada vez más coches por la carretera.

Tras unas horas en las que la conversación ha sido inexistente, llegan al aeropuerto.

El chófer baja, saca el equipaje y, justo antes de dárselo, vuelve a hablar.

—Algún día, algún día… —les dice.

Vuelve al coche y arranca.

Ya en la terminal, una vez pasado el control de pasaportes y seguridad…

—Bueno, habrá que comer algo, ¿no?, que estoy desmayado. Hemos tenido que salir tan deprisa de allí que no nos han dado ni desayuno.

—Pero… ¿cómo puedes seguir teniendo hambre después de…?

—Pues tengo, claro que tengo hambre. Y tú alegra esa cara, que ya ha pasado.

—Sí, pero…

—Nada, lo tengo todo en la cabeza, todo lo vivido, lo he sentido. De aquí va a salir algo grande, algo muy grande. Nadie ha hecho una película sobre esto, voy a ser el primero.

* * *

Un mes antes

—¡Mierda! —grita a solas en el silencio del bosque un hombre al ver el siguiente nombre anotado en el papel.

Es algo que no esperaba.

El gran problema no es que al poner ese nombre no lo encuentre en internet, sino todo lo contrario; al teclear el nombre y el apellido le aparecen miles y miles de resultados.

Se da cuenta de la trampa: ese participante ha dado un nombre falso, hay demasiados John Smith en el mundo.

Asume ahora una nueva derrota, pues sabe que si esa es la persona a la que busca, quizás aquí se acaba todo.

Ahora ya solo le quedan dos esperanzas.

Se levanta.

Da varias vueltas sobre sí mismo, nervioso.

Coge el último papel y lo aprieta en el interior de una mano que, a pesar del frío, suda.

Sabe que es un todo o nada.

Sabe que ahí puede acabar su esperanza.

Se sienta de nuevo.

Abre el papel delicadamente, pasando sus dedos por cada arruga, como si quisiera retrasar al máximo posible la última decepción.

Lo lee: tiene un nombre y un apellido, y al lado la anotación «×2», iban dos personas.

Teclea el nombre sin demasiada convicción y lo primero que le aparece es una imagen donde hay dos personas juntas. Según indica el pie de foto, son dos hermanos, ambos herederos de una de las mayores fortunas de un país.

Se queda mirándolos fijamente, a ambos.

A uno.

Al otro.

Y sus pulmones dejan de moverse.

* * *

Varias horas después de la actividad especial

Una chica y su acompañante van en primera clase de un vuelo que durará cuatro horas y que las dejará de nuevo en casa. Ninguna de ellas ha querido comentar nada relacionado con el viaje, como si nunca hubiera existido, como si nunca hubieran estado allí.

La chica, cuando puede, se conecta a la wifi del avión para ver cómo evolucionan sus redes. Son muchos los que le piden que desvele el lugar en el que ha estado, pero no lo va a hacer. Afortunadamente, de momento nadie lo ha acertado, eso quiere decir que han hecho bien su trabajo. Sabe que en cuanto suba varias fotos en bikini y algún desnudo parcial, sus seguidores se irán olvidando de ese viaje.

Observa a su compañera, que ahora mismo duerme después de haberse tomado varios tranquilizantes.

Se pregunta de nuevo si se arrepiente del viaje: en realidad no, aunque sabe que nunca podrá olvidar todo lo vivido allí.

Piensa que no ha hecho nada malo, solo ha sido una espectadora, como todos los demás. Pero en lugar de ver la guerra por la televisión, lo ha hecho en directo.

Lo único es la actividad de esa mañana… eso ha sido distinto. Ahí sí que podría haber hecho algo: un gesto, un grito, algo, un aviso… Pero no hizo nada, al igual que todos los demás, simplemente observó.

Mira a su asistenta. No sabe si a partir de ahora su relación cambiará por todo lo ocurrido.

Se ha dado cuenta de que ciertos viajes te vuelven distinto porque, al finalizarlos, ya no eres la misma persona, incluso te hacen cambiar la relación que tenías con quienes te acompañaban.

* * *

Unos días después de la actividad especial

Hace ya tres días que dos hermanos pasan sus vacaciones en un lugar paradisiaco: playas de aguas transparentes, restaurantes al lado del mar y clubes exclusivos. Pero, a pesar de los días transcurridos, el hermano pequeño no es capaz de olvidar todo lo vivido.

Por las mañanas se queda tumbado en una de las hamacas de la playa mirando fijamente al mar sin hacer absolutamente nada. A veces llora, a veces duerme, a veces ambas cosas a la vez.

Es el mayor quien, de vez en cuando, cansado ya de esperar a que su hermano se recupere, realiza alguna actividad de las que ofrecen en el complejo turístico: excursiones para bucear por los corales, rutas en moto acuática hasta una de las islas más cercanas, cursillo de paddle surf…

Por las noches, nada más cenar, el hermano menor se retira a la amplia suite que tienen en la planta más alta de un hotel de lujo. Sale a la inmensa terraza y allí se queda observando toda la isla. Y aun dentro de su tristeza debe reconocer que todo lo que ve es precioso.

De vez en cuando olvida parte de sus recuerdos y sonríe. Y durante esos pequeños momentos de felicidad está tentado de llamar a su hermano para hacer algo juntos, pero al instante le atacan de nuevo los recuerdos.

Y se hunde.

Y se acurruca en el sofá.

Y es incapaz de salir de la habitación: se queda allí, varado en su propia orilla, llorando en la intimidad.

No sabe cómo decírselo a su hermano porque no quiere desilusionarlo, pero no le ha gustado este viaje. Bueno, es cierto que sí le gustó al principio, cuando aún no tenía claro todo lo que iban a

hacer, todo lo que iban a ver… Pero todo se desmoronó en su mente cuando se dio cuenta de que aquello no era un videojuego.

Tiene que hablar con él y desahogarse, tiene que contarle todo lo que piensa, todo lo que siente por dentro. Confesarle que por el día su mente es como un cóctel de pólvora y fuego que no le deja vivir, un lugar donde no puede encontrar la calma ni por un minuto.

Confesarle además que, por las noches, tiene pánico a dormirse, porque es justo ahí, cuando el propio cuerpo deja de controlar la mente, cuando los demonios se hacen dueños de la situación.

Confesarle que hay momentos en los que la oscuridad quiere llevárselo. Una oscuridad que le quema por dentro, que le hace heridas sin sangre…

Y llora.

Y de pronto grita.

Y se lleva las manos a la cabeza.

Y se tira al suelo, porque las heridas que más duelen son las que no sangran, las que van por dentro.

Y ahí se golpea a sí mismo.

Y, agotado, se queda derrumbado en el suelo.

Será a las dos horas cuando su hermano llegará y se encontrará, sobre los azulejos de la habitación, los efectos secundarios de un viaje que nunca debieron hacer.

* * *

Un mes antes

Aguanta la respiración.

Un segundo más.

Y luego entra en razón.

Por fin lo ha encontrado.

Comienza a ver decenas de imágenes en la prensa económica, en muchas de ellas está a solas, pero en muchas otras con su hermano.

Mira fijamente una de las pocas fotografías en la que aparece sin gafas de sol: tiene los ojos extremadamente claros: verdes.

Ese pelo rubio.

Esa altura.

Esa complexión.

Es él.

Lee con ansiedad su biografía: heredero de una de las fortunas más importantes del país, el mayor de dos hermanos. Siempre apostaron por él para seguir dirigiendo la empresa familiar… y desde que su padre lo puso al cargo las acciones han experimentado un notable aumento…

Es él.

Lo tiene.

Lee también información sobre el hermano pequeño, pero no le interesa demasiado.

Suspira.

Todo el trabajo ha valido la pena.

Ahora mismo la rabia le puede, y saca la pistola y apunta sobre la pantalla del móvil, como si así pudiera, a distancia, matarlo.

Continúa buscando, de forma enfermiza, más fotos, más información… Lo quiere saber todo, absolutamente todo de ese hombre que ha acabado con su vida en la distancia.

Cuando sabe que no puede llegar mucho más lejos, envía un mensaje con toda la información que ha podido recopilar: hay personas que le ayudarán.

Ya está.

Mañana, o como mucho en dos días, alguien le enviará toda la información relativa a ese hombre: dónde vive, si tiene mujer, si tiene hijos, sus aficiones, sus rutinas…

Se tumba en el suelo, boca arriba, mirando al techo.

Y sus ojos se convierten en pequeños estanques de lágrimas que se desbordan por la comisura.

Gotean en el suelo.

Ya está.

Y sonríe, y grita.

Y jura.

Y se acuerda de su mujer.

—¡Ya está, amor! —grita al aire.

Piensa en ella.

—Amor, ya está… —le dirá.

Eso le dirá.

* * *

Unos días después de la actividad especial

Un diplomático llega a uno de los hoteles más lujosos de una ciudad que ya ha visitado demasiadas veces. El botones le abre la puerta y le coge la pequeña maleta que lleva consigo, todo lo demás lo ha tirado en alguna de las dos gasolineras en las que ha parado.

Una vez en la habitación, que podría ser perfectamente para una familia numerosa, se da una ducha para eliminar cualquier resto de guerra que le quedase en el cuerpo.

Se mira al espejo y sonríe. Sabe que ha llegado un poco justo, pero aún tiene tiempo. Revisa el correo y ahí está, le acaba de llegar por email el discurso que le han preparado.

A las dos horas ya está en su puesto, sentado en un sillón con su nombre y con la bandera de su país. Mira el reloj de más de cinco mil euros comprado también con dinero público.

Es justo su turno.

Le dan la palabra.

Y así el portavoz de uno de los partidos políticos de la cámara se pone en pie ante los asistentes que han decidido ir hoy al hemiciclo, no demasiados.

Comienza su intervención:

Señoras, caballeros:

Hoy, desgraciadamente, nos toca hablar de nuevo de la guerra. Pero ustedes se preguntarán: ¿de cuál de todas? Lo que parecían vestigios del pasado vuelven, y cada vez con más fuerza. Cuando pensábamos que todos los conflictos iban quedando atrás, que éramos una sociedad más civilizada, vuelve el horror…

Intereses políticos, intereses territoriales, pero, sobre todo, intereses económicos. Ahí están las grandes corporaciones como carroñeros intentando aprovecharse de todo. ¿Y qué hacemos los demás? ¿Qué hacemos nosotros?

Nosotros tomamos posición: un rotundo no a la guerra. No a matarnos unos contra otros, no a la muerte de civiles inocentes, no a la barbarie.

Pero mi pregunta es…: ¿estamos haciendo lo suficiente por detenerla? No, sin duda. Pero claro, ¿por qué? Pues porque muchos de los aquí presentes… ¡Sí!, muchos de ustedes.

Y señala a una parte de la oposición.

Muchos de ustedes quizás tienen intereses en empresas que forman parte del negocio, porque al final toda guerra es un negocio.

Pero ¿y las personas? ¿A quién le importa el dolor de las personas? ¿Cómo se arregla una vida? ¿Cómo se soluciona el sufrimiento de las familias?

Bebe agua.

Deja un silencio.

Parece que, según las noticias, hay un halo de esperanza; parece que se ha llegado a un acuerdo en uno de los conflictos activos… Pero ¿y todas las vidas perdidas? ¿Cómo vamos a arreglar esto? ¿Quién se va a acordar de los muertos?

Hoy ocuparán parte de los titulares si los fallecidos son numerosos, pero si solo son cuerpos individuales, anónimos… esos muertos no les importarán nunca a nadie.

Pero algo les digo: esos muertos estarán siempre ahí para recordarles que ustedes no hicieron nada por impedirlo, sino todo lo contrario, simplemente miraron hacia otro lado.

Tras varios minutos más de discurso, el diplomático se baja del escenario con el aplauso de los suyos. Pero no se queda a escuchar las réplicas del resto de los compañeros, tiene demasiadas ganas de llegar a casa a recoger su trofeo.

Como ha acabado antes de lo esperado, cambia el vuelo que tenía por otro que simplemente sale una hora antes. Sabe que perderá el importe del primero, pero no paga él.

* * *

Unos días después de la actividad especial

Un director de cine está ahora mismo sentado en una terraza al lado del mar. Lleva ya días en el hotel simplemente pensando en todo lo que hará, en todos los premios que recibirá, como un Quijote que solo sabe construir grandezas en su mente.

Pero hay algo con lo que no contaba y que parece que puede hacer tambalear esos castillos construidos en su cabeza.

Llama de nuevo a su representante.

—¿Alguna novedad?

—Nada.

—Pero ¿qué coño está pasando?

—Está pasando que nadie quiere financiar tu película.

—Pero… ¿por qué?

—Porque estás tú.

—¿Qué mierda les pasa conmigo?

—Demasiado conflictivo, pasado de moda…

El director está a punto de gritar, pero se calma.

—Pero… ¿y el tema? ¿No les parece interesante?

—Bueno… hay temas que incluso los más poderosos prefieren no tocar.

—¡Qué coño! Pues habrá que irse a las subvenciones, ¿no le dan dinero a cualquiera para hacer cualquier mierda?

—Sí, es una posibilidad… si no fuera…

—Si no fuera ¿por qué?

—Porque te has cagado en los políticos demasiadas veces, en los de un bando y en los del otro, y ahora no hay nadie que te apoye.

—Hijos de puta…

—Tendrás que subvencionarla tú mismo.

—¿Yo?

—Sí, claro, si tan buena piensas que va a ser la película, pon tú el dinero y seguro que lo recuperarás en taquilla.

—¿Confiar yo en mí mismo? Ni loco.
Su representante le cuelga.

* * *

Unos días después de la actividad especial

Un hombre, al abrir la puerta de la suite de un hotel, se encuentra a su hermano pequeño tirado en el suelo.

Se agacha para ayudarle a levantarse y dejarlo sobre la cama.

Y lo abraza.

Lo abraza tan fuerte que por un momento el mundo solo existe allí.

No hay nada más: no hay cabaña en el bosque, no hay estrellas fugaces, no hay muertos en las carreteras, no hay miradas de miedo desde los hogares, no hay edificios ardiendo… no hay nada. Solo ese cariño que tanto necesita.

Tras varios minutos, el hermano menor comienza a recuperarse.

—Tengo que sacarlo fuera —susurra entre lágrimas.

—Sácalo todo, saca todos los demonios que tienes dentro, todo lo que no te deja respirar, sácalo —le dice apretándolo aún más entre sus brazos.

Y allí, un niño con disfraz de adulto se derrumba de nuevo y llora, y llora sin parar, y grita de vez en cuando…

Y dice que no ha sido real, que todo ha sido un juego, que no ha sido él.

—Lo siento —le dice su hermano mayor—, lo siento mucho… No ha sido una buena idea, pensé que… Pero no ha sido una buena idea, lo siento, lo siento, lo siento…

Se abrazan.

—Lo siento…

* * *

Unos días después de la actividad especial

Un diplomático que ha estado de viaje por fin llega a casa.

—Bienvenido —le dice una mujer del servicio.

—¿Y la señora? —pregunta sin saludar, no por ganas de verla, sino por todo lo contrario.

—La señora está fuera, me ha dicho que regresará más bien entrada la tarde.

—Perfecto —dice en voz baja.

Una vez en el hall pregunta de nuevo al servicio:

—¿Ha llegado algún paquete para mí?

—Sí, varios, los tiene todos donde siempre.

Baja hacia su despacho, y al entrar ve varios paquetes encima de una mesa: la mayoría son regalos de empresas que, de alguna forma u otra, quieren contentar a su partido; otros son invitaciones a eventos, alguna entrada a un concierto, varias comunicaciones oficiales y, finalmente, lo ve: allí está.

Lo coge y, nervioso, como si fuera un niño, va corriendo hasta su lugar secreto, ese museo donde tiene su colección privada.

Cierra la puerta con llave.

Sabe que allí no le va a molestar nadie.

Se sienta lentamente frente a una pequeña mesa.

Deja el paquete y, poco a poco, con delicadeza extrema, lo abre.

* * *

Un mes antes

Un hombre, en el interior de un edificio de madera en medio del bosque, permanece a la espera de que vengan a buscarlo.

Escucha el ruido de un motor que se acerca.

Sus pasos, porque no es él, le llevan al exterior, y desde allí se despide de un lugar que nunca debió existir.

Sube al vehículo sin decir nada.

Arranca.

Se dirige a la ciudad… A casa.

Justo cuando está entrando por una de las principales avenidas recibe un mensaje: ahí está, sabe que a veces la información viaja más rápido que las balas.

Le han enviado los datos de la persona que busca: padre de una niña pequeña, divorciado dos veces, en la actualidad sin pareja conocida… Le ha llegado también información sobre sus horarios de trabajo, sus viajes fijos, sus próximas reuniones…

A los pocos minutos le llegan las instrucciones para él mismo: unos billetes de avión y la dirección del piso donde vivirá alquilado las siguientes semanas, en una de las zonas más ricas de una ciudad que no conoce, justo frente a una preciosa pastelería.

Todo está organizado, saldrá al día siguiente por la mañana, prácticamente de madrugada, pero antes pasará por casa para darle la noticia a su mujer.

El coche se detiene frente a un edificio que, a pesar de las heridas, aún se mantiene en pie, como casi todas las personas que lo habitan.

Entra y sube hasta el cuarto piso, por las escaleras: los ascensores no son la prioridad a la hora de reparar los hogares tras una guerra.

Abre lentamente la puerta y, como siempre, le recibe el silencio. Camina lentamente hacia una habitación que siempre está cerrada.

Suspira. Nunca sabe lo que se va a encontrar.

Se asegura de no haber encendido ninguna luz, ella no lo soportaría.

Una vez dentro, lo de siempre: una estancia únicamente iluminada por una pequeña vela que nunca se apaga.

Se sienta junto a la cama.

Su mujer está allí, acurrucada junto a una muñeca de la que nunca se separa, y al notar que otro cuerpo se le acerca, abre los ojos asustada.

Se relaja al reconocerlo.

Sonríe.

Le da la mano.

—No hagas ruido, está dormida… —le susurra a su marido.

—Sí, ya lo veo… —le contesta él.

—Esta noche no ha tosido nada, no hace falta que la llevemos al hospital, aquí está mejor. Si esperamos unos días aquí, se curará.

—Sí, claro, claro… —le responde mientras le aprieta la mano intentando no derrumbarse allí mismo—. Aquí estará mucho mejor.

—Por favor, no te la lleves, no te la lleves fuera, ya está mucho mejor. Escucha, escucha, no tose, ya no tose —le suplica con unos ojos que le tiemblan.

El hombre aprieta la mano de su mujer y le da un beso en la mejilla; se acerca también al rostro de la muñeca y, mordiéndose el dolor, la besa.

Cierra los ojos y se imagina esa misma escena pero en el pasado, en aquellos tiempos cuando las personas no mataban a las personas, cuando los edificios no se caían, cuando no había trozos de gente por las calles, cuando la muerte no preguntaba por ti cada mañana… cuando un padre no le daba un beso a una muñeca…

El hombre abraza el cuerpo de una mujer que, a pesar de estar muerta, continúa respirando. Su mente ha sido capaz de convencerla de que quien está frente a ella es aquella niña que con tanta ilusión

buscaron. Aquella vida que dependía de dos pequeñas líneas dibujadas sobre un material del que ni siquiera conocían el nombre. Aquella pequeña que fue su felicidad durante varios años…

Silencio.

El único sonido ahora es el bailar de una llama en la cima de una pequeña vela.

—¿Ha acabado ya? —le pregunta ella—. ¿Han acabado ya las tormentas?

Y, por primera vez en mucho tiempo, el hombre le dice la verdad:

—Sí, ya ha acabado todo.

* * *

Ahora

Continúan sin salir.

A veces tengo miedo de que se me evapore el odio y en el poso solo quede el dolor. Por eso tiene que ser ya, tiene que ser hoy, no creo que tenga fuerzas para volver a hacer lo mismo de aquí a tres semanas.

La mirilla del fusil apunta hacia el mismo punto.

Cada vez que se abre la puerta mi corazón salta.

Me suda el dedo, la mano, el brazo… Creo que me sudan hasta los pensamientos.

Miro de nuevo mi pulsera, esa es la gasolina que incendia el odio necesario para hacer algo que nunca pensé que haría en mi vida: matar a una persona.

Papá.

Con el tiempo he aprendido que, para evitar que el odio se desvanezca, hay que alimentarlo con recuerdos, aunque estos duelan.

Por eso mi mente vuelve a todos aquellos días, semanas, meses… que pasamos viviendo escondidos, como hormigas bajo tierra.

Racionando los restos de una comida que cada vez era más escasa, por eso muchos de nuestros cuerpos se resumían en piel y huesos.

Pienso también en los tiempos de espera, porque la espera siempre fue peor que el miedo: esperar al próximo gran trueno, ese que caerá sobre nuestro edificio y borrará cien o mil vidas en un solo segundo; esperar a ver si el grupo de soldados que accederán a nuestro sótano serán enemigos y comenzarán a interesarse por nuestras mujeres, o si serán amigos y les dará también por hacer lo

mismo; esperar a que algún país, algún mandatario extranjero haga algo por nosotros, por los que no tienen importancia…

La espera de esa madre que vio salir por la puerta a su hijo, pero no lo ve volver; la espera de quien no tiene nada que hacer a excepción de tener miedo; la espera del hombre que vigila una herida que cada vez está peor; la espera de una ayuda internacional de la que todos los medios hablan, pero que nunca llega…

Podríamos decir que todos los que habitábamos aquel sótano estábamos hechos de esperas.

Y, por supuesto, la mía, mi espera.

La nuestra, la de una niña que ardía, que tosía sangre y que cada día estaba menos despierta.

¿Qué hacer? ¿Salir y arriesgarte a recibir una bomba o quedarte y ver cómo su cuerpo se muere?

Y ahí tomé la decisión.

Yo, sí.

Yo la tomé.

Hay decisiones que te persiguen de por vida.

* * *

Unos días después de la actividad especial

Amanece de nuevo en una preciosa playa. Luce el sol, la temperatura es perfecta y el mar está totalmente en calma.

Uno de los hermanos, el más alto, rubio, con unos ojos verdes tan claros que tiene que llevar siempre gafas de sol, está hablando en la barra con una chica en bikini.

Su hermano menor, moreno, un poco más bajo y un poco más triste, le espera en una hamaca en la terraza del bar.

A los pocos minutos, el mayor regresa con tres copas y dos chicas; todos se sientan alrededor del menor, que ni siquiera saluda, se mantiene tumbado mirando al frente.

—¿Le pasa algo? —pregunta una de ellas.

—No, es que, bueno… hemos vivido una experiencia mala en la familia —miente—, y aún lo está asimilando. Vamos a dejarlo, que seguramente después se le pasará. Y vosotras, decidme, ¿de dónde sois? ¿Qué os ha traído hasta aquí?

—Pues un poco por casualidad, somos amigas desde pequeñas y hace mucho tiempo que queríamos escapar de la ciudad y tener unas semanas para nosotras solas, nos hablaron de esta playa, de este lugar, y…

Y mientras habla con las dos chicas, el hermano menor, protegido tras unas gafas de sol, no hace más que observar a la gente que pasea por la orilla de la playa. Intenta así no volver a esos recuerdos que no sabe cómo eliminar de su mente.

Solo tengo que olvidarme de todo, pero cómo, se pregunta a sí mismo.

Céntrate en otras cosas, dale cualquier estímulo a tu vista, escucha música para engañar a tu oído, mira a la gente…, le sigue insistiendo su mente.

Se enfoca en una pareja que camina por la orilla, jugando entre ellos, riendo…; mira ahora a un grupo de tres chicos que se han

tirado al mar y comienzan a nadar hacia una boya lejana… Cuando los pierde de vista se fija en una mujer mayor que está en una tumbona leyendo, intenta desde la distancia averiguar qué libro es…

De vez en cuando, disimuladamente, tras las gafas de sol, mira a su hermano hablando con las dos chicas.

Cierra los ojos y su mente, agotada por intentar evadir los recuerdos, vuelve al mismo lugar.

¡No!, ¡no!, ¡no!, se dice a sí mismo, *tengo que olvidarlo*.

Vuelve a mirar hacia la orilla de la playa.

Ahí descubre a una niña de unos cinco o seis años que coge un cubo, lo llena de agua y lo vuelca sobre la arena.

Sonríe, está haciendo un castillo.

Se centra en ella.

Y así, viaje tras viaje, la niña continúa llevando cubos de agua. Pero hay algo que le extraña, porque no es un lugar adonde vengan familias, sí parejas y grupos de amigos, pero no había visto hasta ahora a ninguna familia.

La niña trae otro cubo y lo tira sobre la arena.

Y otro, y otro…

¿Dónde estarán los padres?, se pregunta mientras intenta localizarlos.

No ve a ningún adulto cerca.

¿Y si se ha perdido?, piensa.

Pero entonces… ¿estaría tan tranquila?

La niña se acerca al agua para llenar de nuevo el cubo, pero esta vez no se detiene: sigue adentrándose en el mar.

Un paso, y otro, y otro… Llega un momento en que el agua ya le cubre por la cintura.

El hermano menor se incorpora y mira a su alrededor: nadie parece darse cuenta de nada. Nadie hace nada.

La niña sigue caminando hacia el interior del mar, las olas ya le llegan por el cuello, apenas se ve un pequeño punto sobre el agua: su cabeza.

—¡La niña! —grita con todas sus fuerzas y asusta a toda la gente que hay alrededor.

»¡La niña! ¡Se está ahogando! ¡Que alguien la ayude! —grita con más fuerza aún, levantándose y señalando el mar.

Al ver que nadie le hace caso, es él mismo el que sale corriendo hacia el lugar donde la pequeña acaba de desaparecer.

Y se tira al agua.

Y comienza a nadar mar adentro.

Su hermano se levanta y corre tras él.

—¡No está! ¡No está! —grita desde la distancia.

Su hermano, tras apenas dos minutos, ya está a su altura.

—¡No está! —grita.

—¿Quién? —le pregunta cuando llega hasta él.

—¡La niña! ¡La niña que estaba haciendo ese castillo de arena! —le dice señalando justo en la orilla.

—¿Qué niña? ¿Qué castillo?

—Ese de ahí… —Y de pronto, al mirar hacia la orilla, se da cuenta de que allí no hay ningún castillo.

* * *

Unos días después de la actividad especial

Los dos hermanos salen a la orilla y allí les esperan varios turistas que no dejan de grabar con sus móviles, un equipo de varios socorristas junto a una moto acuática, las chicas en bikini…

Se pone a llorar.

—No es nada, no es nada, han sido unos días duros… —intenta justificar el hermano mayor ante la audiencia, que parece que no se va de allí.

Finalmente, cuando, poco a poco, los testigos van abandonando el lugar, los dos hermanos se quedan sentados sobre la arena.

—No debimos hacer ese viaje.

Silencio.

—Quiero irme a casa —dice el hermano menor cogiendo arena entre sus manos de donde antes pensó que había un castillo.

—De acuerdo, mañana nos vamos.

Y ambos se abrazan.

Dejan pasar el silencio entre el tiempo.

Poco a poco, el sol va escalando altura y haciendo más daño.

—Lo que vamos a hacer hoy es pasear por la orilla de esta playa hasta aquel restaurante de allí, que me han dicho que tiene unas vistas espectaculares —le señala el hermano mayor—. Comeremos tranquilamente y después nos iremos a descansar al hotel.

El menor asiente.

—Y esta tarde lo dejaremos todo preparado para coger el primer vuelo que haya mañana de regreso a casa.

* * *

Unos días después de la actividad especial

Un hombre abre lentamente un paquete y observa una placa en la que hay inscrito un texto y una fecha. Las letras tienen pequeñas partículas de oro.

Se dirige, nervioso, hasta la pared, coge una pequeña escalera que siempre tiene escondida y cuelga con cuidado la placa.

Se aleja unos pasos para verla desde lejos, junto a las otras dos. Se queda ahí durante minutos, observando lo conseguido.

Pero sabe que un tesoro no sirve de nada si no lo puede enseñar, por eso envía un mensaje:

Pieza conseguida para la colección, nos vemos a la hora de siempre en mi casa.

* * *

Unos días después de la actividad especial

Una chica acaba de entrar en una de las cadenas de restaurantes más importantes de Milán. Como siempre, su asistenta la acompaña. Están preparando todo para que el vídeo parezca en directo, cuando en realidad llevan horas montándolo. Mientras está en maquillaje piensa que al final sus seguidores dejaron de insistir con lo del viaje secreto. Alguno le reclamó algo, poco más.

Al menos nadie ha averiguado nada, piensa que nunca saldrá a la luz lo que hizo, lo que hicieron.

Comienza a grabar:

—Hola, chicos, chicas…, aquí estamos en directo grabando en una de las mejores hamburgueserías de la ciudad. Tengo que confesar que nunca había venido, y eso que hay un menú con mi nombre…

Sonríe.

—He pedido, por supuesto, el mío. Pero, eso sí, si no me gusta, os lo voy a decir sinceramente, ya sabéis que yo siempre, siempre, digo la verdad.

La cámara se acerca a su rostro.

Ella mira y guiña un ojo.

Coge la hamburguesa y, lentamente, se la acerca a la boca.

La muerde.

Y justo en el momento en que empieza a masticar observa a una niña pequeña que la mira con admiración.

La chica no puede tragar y comienzan a darle arcadas.

Y allí, delante de todo el mundo, se pone a vomitar.

* * *

Un mes antes

—Sí, ya ha acabado todo.

Se gira lentamente hacia él y se miran a la cara como dos desconocidos a los que una guerra separó para siempre.

—¿Ya ha acabado? —vuelve a preguntar.

—Sí, cariño, ya ha acabado todo.

Y la mujer, aun así, como si no terminara de creérselo, mira con miedo hacia la puerta.

—Está bien… pero la niña y yo nos vamos a quedar aquí dentro, unos días, hasta que pase todo, no hace falta que salgamos —añade.

—Claro… claro… No hace falta que salgáis, podéis quedaros todo el tiempo que quieras —contesta el hombre intentando aguantar unas lágrimas que delatarían la realidad.

—Además, ya no tose, ya está bien. Mírala, ya no tose, ya se ha curado.

—Sí… No hay prisa, podéis quedaros aquí…

La mujer sonríe en el interior de una realidad que solo existe en su mente.

—Te quiero, cariño —le dice el hombre y le da un beso en la mejilla.

Se acerca también a la muñeca e, intentando no colapsar allí mismo, le da un beso imaginándose por un momento que es su hija.

Cierra los ojos.

Se levanta.

Mira la vela.

Mira los dibujos en las paredes.

Sale de allí sabiendo que nunca más volverán a verse.

* * *

Una semana después de la actividad especial

Dos hermanos regresan paseando por la orilla de la playa después de comer en un precioso restaurante.

—Te he estropeado el día con esas chicas en bikini —dice el menor.

—Nada, no te preocupes.

—Esta noche aún podemos quedar con ellas —sonríe.

—¿Te apetece?

—Bueno, si no me entra el sueño con todas esas pastillas que me he tomado…

Continúan caminando por la playa.

—Cuatro mil.

—¡Vaya!

—Me gustaría llegar a los diez mil.

—Claro.

Y ambos hermanos continuarán caminando por la arena hasta llegar a esos diez mil.

El menor sabe que mientras su cabeza esté centrada en contar los pasos no pensará en nada más. El mayor también lo sabe.

—Diez mil —susurra.

Y ahora tiene pánico, porque sabe que después de forzar tanto a su mente para que no piense, va a pensar demasiado.

—¿Nos vamos al hotel?

—Vamos.

Ya por la tarde, en la suite de un hotel de lujo…

—¿Cómo estás? ¿Te apetece salir a cenar?

—No tengo fuerzas ni para abrir los párpados, me muero de sueño, debe de ser por todas esas pastillas.

—No te preocupes, duerme. Duerme todo lo que te haga falta, ya verás como cuando descanses lo verás todo de otra forma.

—¿Qué harás tú?

—Nada, me quedaré mirando la tele y luego ya pedimos algo en la habitación para cenar.

—No, no —protesta—. Es nuestro último día, sal un rato por ahí. Yo, en cuanto me duerma, ya no me despierto hasta mañana —insiste.

—Pero… ¿estarás bien?

—Yo estaré durmiendo —intenta sonreír.

A los pocos minutos, el hermano menor se queda dormido en el sofá.

El mayor sabe que con esas pastillas puede estar así hasta mañana.

Se da una ducha, se cambia y se dirige a uno de los restaurantes que hay en los bajos del hotel. No quiere ir demasiado lejos por si se despierta y le necesita.

Se sienta a una mesa junto al mar y pide la carta. Y allí, a solas, cena.

Será en el momento de pedir el postre cuando las dos chicas le localicen y se sienten junto a él.

Después irán a tomar unas copas en un bar que está justo al lado del restaurante, no quiere ir demasiado lejos.

Y una copa.

Y otra.

Y risas.

Y otra copa más.

Y será ya en la quinta cuando, a unos cuantos pisos de altura, su hermano menor se despierte temblando: acaba de tener una pesadilla.

Por un instante será la persona más feliz del mundo, al imaginar que todo lo ocurrido ha sido eso, una pesadilla, que nada ha sido real, que ha sido un sueño.

Será al darse cuenta de que no está en su casa, sino en la lujosa suite de un hotel, cuando se le venga el mundo abajo.

Tiembla.

Comienza a sudar.

Camina nervioso por la habitación.

Se ahoga en su propia respiración.

—¡No! —grita.

»¡No! ¡No! ¡No! —Y se pega golpes con sus puños en la cabeza, para intentar despertar.

Sale a la inmensa terraza para coger aire.

Ya es de noche, pero la orilla de la playa está perfectamente iluminada.

Mira a ambos lados, quizás intentando localizar a su hermano, quizás intentando despertar del todo.

Observa a una pareja de enamorados que pasea por la orilla sin separar sus manos ni sus labios. A su izquierda, varios trabajadores están colocando hamacas alrededor de un pequeño bar en la arena que enciende sus luces.

Mira de nuevo la orilla y la vuelve a ver: a ella.

* * *

Una semana después de la actividad especial

Allí está la misma niña de esta mañana haciendo un castillo de arena en plena noche.

La mira como quien ve un fantasma.

Observa cómo esa niña se levanta, coge el cubo y se introduce en el agua para llenarlo.

Regresa a la arena.

Vuelve al mar.

Regresa a la arena.

Vuelve al mar, pero esta vez, en lugar de regresar de nuevo a la arena, comienza a caminar mar adentro.

Continúa caminando.

Y continúa.

El agua ya le llega por el cuello.

—¡No! —grita desde la terraza.

Llora.

—¡No! ¡Cuidado! ¡Ten cuidado! —grita cada vez más fuerte.

»¡Que alguien haga algo! ¡Aquella niña de allí se va a ahogar! ¡Alguien tiene que ir a ayudarla! —grita histérico, con un dolor en su pecho que no puede soportar.

Es su mente ahora mismo un caleidoscopio de culpa, rabia, tristeza, tortura, recuerdos…

Y un huracán de daño le atraviesa la piel, la carne y los huesos.

Y grita.

Y grita.

Grita.

Pero su planta está tan alta que nadie alcanza a escucharle. Tampoco su hermano, que continúa tomando unas copas con las dos

chicas en uno de los bares cercanos.

* * *

Una semana después de la actividad especial

En el instante en que el hermano mayor se acerca a la barra para pedir tres copas más se escucha un grito seco, de miedo.

Y un segundo grito.

Y un tercero.

Y varias de las personas que están a su alrededor comienzan a correr hacia un lateral del hotel.

Él, asustado, sin saber muy bien por qué, también comienza a correr tras la gente para averiguar qué ha ocurrido.

Pero…

A cada metro que avanza, un trozo en su corazón se muere.

No, se dice a sí mismo.

No, se culpa.

No, no quiere ni pensarlo.

Al llegar al lugar observa a varias personas señalando algo en el suelo y mirando hacia arriba, hacia la terraza del último piso del hotel…

* * *

Un mes antes

Un hombre que ha salido de un hogar al que ya nunca más volverá llega a un aeropuerto para coger un vuelo hacia una ciudad desconocida.

Ya le han gestionado todo para poder alquilar un piso en una de las calles más exclusivas de la ciudad, frente a una pastelería. Ese piso será, durante las próximas semanas, su nueva casa.

Desde allí se dedicará a observar la coreografía de vidas que, diariamente, desfilan por la calle. Sabrá, por ejemplo, a qué hora exacta abre y cierra cada una de las tiendas; a qué hora pasa el mismo ejecutivo con el mismo traje con la misma cara de cansancio. Sabrá también en qué momento del día sale de uno de los portales de enfrente la misma cuidadora para pasear al mismo bebé, o el instante en que la misma pareja de siempre se despedirá con el mismo beso de siempre…

Lo tiene todo preparado.

* * *

LA ACTIVIDAD ESPECIAL

Finalmente, la organización ha decidido modificar la agenda que tenían programada para ese día: no habrá visita a los refugios subterráneos. Sí habrá, en cambio, esa actividad especial a la que todos se han apuntado sin saber de qué se trata.

El sol aún no ha aparecido, pero los tres vehículos ya están preparados para ir de nuevo hacia la ciudad. Llevan varios minutos con el motor en marcha: su organismo necesita expulsar todo el frío almacenado durante la noche antes de poder ser útiles.

Entran en el autobús.

En el interior del habitáculo los vahos de los participantes se mezclan entre la curiosidad y el miedo. Solo uno de ellos sabe con certeza a dónde van. Hay otros dos que lo sospechan.

Los neumáticos comienzan a deslizarse sobre una mezcla de tierra y hielo. Lentamente van cogiendo tracción.

—Como, finalmente, todos ustedes han decidido hacer esta excursión, hemos tenido que adaptar el protocolo y la seguridad. En principio solo venía una persona y ahora son siete. En este tipo de situaciones no basta con poner seis platos más a la mesa, es todo un poco más complicado.

Y el convoy se dirige hacia la ciudad para realizar esa actividad especial.

Tras varios kilómetros deambulando de lado a lado del camino, llegan a una carretera secundaria en la que ya hay asfalto.

Los turistas vuelven a observar el tanque calcinado en el arcén, pero ya no les llama la atención, ninguno de ellos vuelve a fotografiarlo. Continúa sorprendiéndoles, eso sí, un tráfico que va en

aumento conforme se acercan a la ciudad: a pesar de todo, a la gente le da por vivir.

Cuando llevan ya una media hora transitando por esa misma carretera, el autobús toma un desvío y se incorpora a una autovía que parece bordear la ciudad.

Los turistas observan, a través de sus prismáticos, el espectáculo que deja una guerra: cientos de coches que no circulan hacia ningún lugar; miles de cables muertos que no permitirán que exista el calor en las casas; personas en el suelo más cerca de la muerte que de la vida; edificios de esos que aún espiran humo, a los que ya solo les quedan los huesos…

Observan desde sus asientos lo que en su día debió de ser una de las típicas urbanizaciones de adosados con jardín. Pero ahora ya no hay niños, ni mascotas, ni un solo jardín.

A su derecha, unos kilómetros más adelante, observan una zona con edificios más altos. La mayoría de ellos tienen caries en las fachadas.

—Esta es la parte de la ciudad que íbamos a visitar hoy —les informa el guía—. La mayoría de sus habitantes están escondidos en los sótanos y garajes.

El convoy aminora la velocidad para que las cámaras puedan realizar algunas fotos.

—Pero bueno, por votación popular hemos decidido cambiar el itinerario, así que vamos a seguir unos kilómetros más al norte.

Continúan avanzando entre la guerra.

—¿Habéis pensado en lo que puede ser? —les pregunta la influencer a los dos hermanos, que están en los asientos de al lado.

—Hemos pensado mil cosas —responde el mayor.

—Nosotras también, incluso que íbamos a conducir un tanque —sonríe.

—Vaya, lo de conducir un tanque sería increíble —dice el hermano menor—. Tengo un videojuego que lo simula perfectamente, pero hacerlo en la realidad…

—También nos hemos planteado la opción de que nos lleven a alguno de esos campos de prisioneros para poder ver cómo viven desde dentro… —añade la asistenta de la chica—. Aunque la verdad es que eso no me apetece nada.

—¿Y la opción de que vayamos a algún lugar a coger algo que normalmente no se puede conseguir? ¿Tipo museo, banco o algo así? ¿Lo habéis pensado? —insiste la influencer.

—En las guerras siempre hay contrabando de arte, de piezas saqueadas, robadas… Pero no sé… —responde el hermano mayor.

Unos asientos más atrás…

—¿Vamos a donde crees que vamos? —le susurra el agente al director de cine.

—Bueno, eso espero. Yo no he venido hasta aquí para hacer una película sobre la guerra. De esas ya hay demasiadas.

Su compañero asiente.

—Yo he venido a mostrar lo que nadie ha mostrado. Y todo depende del tipo ese —le dice en voz baja señalando al diplomático.

A los pocos minutos el convoy para de golpe.

El frenazo pilla a todos por sorpresa, alguno de ellos se golpea débilmente con el asiento de delante.

* * *

Ahora

No salen.

No salen, y eso me pone cada vez más nervioso.

Los copos de nieve se siguen acumulando en mis pies; los recuerdos, en mi cabeza.

A pesar del frío, estoy sudando.

Mis dedos tiemblan sobre el gatillo.

Lo que tampoco puedo controlar es mi mente, sigue volviendo a todo lo ocurrido. Pienso que no deja de ser un mecanismo para que no desista, para que no me vaya de aquí sin disparar.

Aquella noche fue terrible y tuve que tomar una decisión. En una situación normal no habríamos dudado ni un segundo en salir corriendo hacia urgencias. Pero en una guerra la palabra *normal* deja de tener significado.

—En cuanto haya algo de luz me la llevo al hospital —le dije a mi mujer mientras intentábamos enfriar su cuerpo poniéndole un paño con agua fría en la frente.

—Está tan lejos. Tengo miedo, mucho miedo —me decía sin dejar de apartar su rostro del de la niña. Como si al estar en contacto toda esperanza fuera más cercana.

—Los combates ya están acabando, y parece que las calles son más seguras. Además, no nos buscan a nosotros, no somos nosotros a los que… —Iba a añadir *a los que odian*, pero no dije nada más.

—Eso da igual, las balas no distinguen de razas.

—Pero los que las disparan sí —le respondí.

La niña, nuestra niña, no dejaba de toser.

—Yo también iré —me sorprendió.

—Pero… —protesté— si ya es complicado que dos personas pasen desapercibidas, tres va a ser peor, mucho peor…

—No voy a abandonarla —me decía con lágrimas en los ojos—. ¿Me oyes? ¡No voy a abandonarla, no voy a separarme de ella!

Y no fui capaz de decirle que no.

La fiebre no remitía. Por eso, en cuanto amaneció, salimos los tres.

El hospital estaba a unos dos kilómetros, y usar un coche era un suicidio, no sabías si ibas a poder atravesar la siguiente calle, muchas de ellas estaban bloqueadas; no sabías si te iban a disparar en movimiento. Lo más seguro era andar, pegado a los muros de las fachadas, con un pañuelo blanco de paz en la mano.

La cogí en brazos y salimos de una oscuridad en la que llevábamos viviendo ya demasiado tiempo. Al estar nublado, el dolor de ojos fue soportable.

Fuera todo era gris.

Durante los primeros diez minutos solo nos encontramos a una pareja de jóvenes, a un hombre que venía con un carro al que le faltaba una rueda, un muerto de nadie abandonado en un contenedor y dos soldados que al vernos con la niña y reconocer que éramos de los suyos no nos dijeron nada.

* * *

—¿Qué ha pasado? —pregunta el director.

—Hay un control ahí delante, es normal, no tienen por qué preocuparse. Estamos en una de las zonas más sensibles de la ciudad.

Silencio.

—¿Qué significa eso de más sensible? —pregunta en voz alta la influencer, pero sin dirigirse a nadie en particular.

—Que aquí nos pueden pegar un tiro —le responde el diplomático.

De nuevo, silencio.

Los turistas observan varios vehículos esperando para pasar una frontera más, como esas cicatrices invisibles que rompen la ciudad.

El autobús llega a la altura del control y se detiene completamente. Varios hombres armados rodean el vehículo y uno de ellos entra. Y, como en la anterior ocasión, los mira a todos, como contándolos.

Sin decir nada más, se baja.

Todos intuyen, aunque nadie lo dice, que un nuevo sobre con dinero cambiará de manos.

El vehículo arranca.

La influencer observa a uno de los militares que le sostiene la mirada y le apunta con el fusil desde fuera, como si quisiera dispararle.

La chica se agacha por instinto.

Tras varios minutos en los que apenas se cruzan con nadie llegan a la enorme boca de un gran edificio gris dispuesto a tragarse a las tres furgonetas.

El parking está a oscuras.

—Hemos llegado —les indica el guía—. A partir de ahora tenemos unos cuarenta minutos de margen, nada más.

Silencio.

—Cuarenta minutos —dice de nuevo, pero ahora dirigiéndose directamente al diplomático.

—Entendido —contesta este.

Todos le miran, pero nadie se atreve a preguntar nada.

—Bueno, bajen y, por favor, sigan todas y cada una de las instrucciones. Ahora mismo… cómo decirles, no estamos en territorio amigo.

* * *

A un kilómetro de distancia del lugar donde han aparcado las tres furgonetas, más de cien personas sobreviven en las raíces de un edificio.

Entre todas ellas hay una pareja que permanece despierta en una cama improvisada, donde una manta hace las veces de colchón y sábana.

—Hoy hace cuarenta años que nos conocimos… —le susurra el hombre a la mujer.

Esta se abraza a él sin abrir del todo los ojos. A veces es complicado saber si fuera es de día o es de noche.

—Te has acordado…

—De momento la guerra no ha conseguido matarme los recuerdos —le sonríe.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Se dan un beso.

—Sabes que todo esto algún día se acabará y volveremos a pasear por la orilla del río.

—Allí nos conocimos.

—Tú ibas con tus amigas.

—Tú, con tus amigos.

—Cuando nos presentaron no sabía qué hacer, no sabía qué decirte…

—Bueno, me ofreciste una de las galletas que te estabas comiendo —sonríe.

—Mi primer regalo —le dice mientras dos cuerpos que tienen más huesos que carne se abrazan.

—Tu primer regalo fuiste tú.

Beso.

Silencio.

—¿Cómo va la herida del pie? —le pregunta ella.

—Bien… La metralla solo me rozó. Ya apenas me duele —miente.

—Pero sigues cojeando.
—Sí, pero pasará, pasará…
Silencio.
—Voy a salir.
—¿Adónde vas?
—Es una sorpresa.
—Pero…
—Es nuestro aniversario, déjame que te regale algo.
—Ten mucho cuidado, por favor.
—Tranquila.

El hombre se levanta sin hacer demasiado ruido y, tras ponerse los zapatos —el izquierdo le duele como si le estuvieran clavando cristales—, sube cojeando desde el sótano, por las escaleras.

Sale a la calle.

Hace frío.

Está comenzando a amanecer.

Pero si hay algo que siempre le llama la atención es la ausencia de colores: a su alrededor todo es gris.

Comienza a caminar intentando apoyar el pie izquierdo solo con el talón.

Cruza una calle, mira a su alrededor: nada.

Continúa, tiene unos quince minutos hasta su tienda, esa que hace tiempo cerró. A veces simplemente va allí para ver si aún existe.

Pero hoy va por otra razón muy distinta, tiene varias cajas de galletas escondidas, de las que le dio la primera vez que se conocieron, las de la caja roja.

* * *

Dos de los guías comienzan a distribuir más material de protección entre los turistas.

—Esto es mejor que los videojuegos —dice ilusionado el hermano menor.

—Me alegro de que te esté gustando.

—¡Es increíble! Es como estar dentro de una guerra de verdad —dice mientras se coloca el chaleco.

—Es que estamos dentro de verdad, mucho más de lo que te imaginas —le sorprende el diplomático, que acaba de ponerse el casco.

Quien más problemas está teniendo con las prendas es el director de cine, pues, por más que lo intenta, no es capaz de abrocharse el chaleco, no los hay de su talla.

—¡A la mierda, a la puta mierda! Yo no me pongo esto —grita allí, delante de todos, tirando el chaleco al suelo.

—Bueno, ya es usted adulto. Si desea continuar sin protección es bajo su responsabilidad. La otra opción es quedarse aquí, en el autobús, protegido hasta que regresemos —le advierte el guía.

—¡Y una mierda me voy a quedar aquí! Yo he venido justamente a esto…

Y todos los presentes se le quedan mirando, sorprendidos.

También el diplomático.

—Además —dice agarrándose la barriga—, yo ya tengo mi propio escudo antibalas.

El ambiente se relaja un poco con la broma.

Cuando todos están ya preparados comienzan a seguir a un hombre armado que les indica que le acompañen.

—Empiezo a tener miedo —le susurra la influencer a su asistenta.

—Y yo…

Tras subir dos tramos de escaleras desde el sótano llegan al hall del edificio.

—Bueno, la mala noticia es que tenemos que subir diez pisos más… y no, no funciona el ascensor.

Todos, instintivamente, se quedan mirando al director de cine.

—Y yo preocupado por no tener chaleco… y al final lo que me va a matar es esto —responde.

Comienzan a subir.

Primer piso.

Segundo piso.

Tercer piso.

Una bomba cae a lo lejos, nada más. Silencio.

Combates ajenos.

Cuarto piso.

Pausa.

El grupo se queda allí a la espera de que llegue el director, tienen que reagruparse, es el protocolo.

—Aquí no podemos ir por separado. Entraremos todos juntos y saldremos todos juntos —explica el guía.

Silencio.

—¿Entendido? —insiste porque nadie contesta.

—Entendido —responden todos.

Tras unos minutos llega el director, que no consigue encontrar suficiente aire para sus pulmones.

Descansan un poco.

Continúan subiendo.

Cuatro pisos más, y el mismo protocolo.

El director llega exhausto, pero las ganas de comprobar que estaba en lo cierto le pueden.

—Bueno, dos pisos más y ya estamos —dice él mismo animando al resto.

Tras una pequeña pausa suben los dos pisos restantes. Planta número 10.

Se reagrupan, nerviosos, como quien va a montar en una atracción que no conoce.

El grupo comienza a caminar por un enorme pasillo hasta una puerta que, al fondo, permanece abierta.

Son los dos hermanos los primeros en entrar.

Y al ver lo que hay allí se quedan con la boca abierta.

* * *

A unos cuantos metros de la planta décima de un edificio, un hombre llega cojeando a lo que un día fue su tienda. Lo único que ahora queda en pie son las paredes y algunas estanterías vacías en el interior: lo que no ha destrozado la guerra se lo han llevado las víctimas.

Unas lágrimas comienzan a nacer en la mirada de quien apenas reconoce el negocio que heredó de su padre, el negocio que con tanto esfuerzo ha estado regentando durante los últimos años.

Pero hoy tiene que olvidarse de todo eso, hoy es su aniversario, hace cuarenta años que conoció a su mujer, eso es lo importante.

Con dificultad, porque el pie cada vez está peor, se acerca a un armario que, en su parte baja, tiene un cajón secreto: aquello no lo ha encontrado nadie.

Lo abre y allí están: varias cajas de galletas junto a bolsas rojas de la misma marca.

Coge una caja y, justo antes de cerrar de nuevo el cajón, se acuerda de que en el sótano donde ahora vive hay varios niños. Coge las cuatro restantes.

Las introduce todas en una preciosa bolsa de un rojo que destaca entre tanto gris guerra.

Sonríe.

Sale y, por instinto, tiene la intención de cerrar una puerta que ya no existe. Cualquiera puede ahora entrar en lo que fue parte de su vida.

Cierra los ojos recordando tantos y tantos momentos vividos allí, prefiere quedarse con esa imagen.

Mira a ambos lados de la calle, mira también al frente, parece que no hay nadie.

Cojeando inicia el camino de vuelta.

* * *

Las segundas en entrar son la influencer y su acompañante, que, al ver y analizar lo que hay allí, lo primero que sienten es miedo.

Miedo porque no saben dónde se encuentran ni lo que está ocurriendo. Miedo porque hay personas que no conocen. Miedo porque nadie les ha dicho nada, nadie les ha explicado qué van a hacer allí.

Instintivamente, se cogen las manos la una a la otra, fuerte; se aprietan tanto que se hacen daño.

Analizan todo lo que tienen alrededor: una gran estancia diáfana, sin paredes, en realidad sin nada; tres grandes ventanales con vistas a parte de la ciudad y varios hombres armados que no dejan de mirarlas de arriba abajo.

Se vuelven a dar cuenta de que son las únicas mujeres allí dentro y recuerdan el incidente ocurrido en la frontera; no les gustaría volver a pasar por lo mismo.

Piensan ambas, ahora, en lo bien que se está viendo una guerra desde casa, revisando decenas, cientos, miles de vídeos de ataques aéreos en el móvil, o escuchando las noticias en la radio mientras uno prepara la cena, o viendo los resúmenes de los combates tirado en el sofá después de llegar tarde del gimnasio: cinco muertos tras los ataques realizados por cientos de drones que… ocho muertos y doce heridos, entre ellos tres niños, por el impacto de un misil lanzado por las fuerzas… recuperan ciento sesenta prisioneros encerrados en los subterráneos de un edificio… las fuerzas invasoras han comenzado un ataque nocturno que ha desmantelado…

* * *

Los siguientes en entrar son un director que apenas puede ya caminar y su representante, que, ofreciéndole su brazo como apoyo, le ayuda.

El director se agacha sobre sí mismo y, lentamente, mirando al suelo, comienza a coger aire: inspira, espira, inspira, espira… y así varias veces, con calma, hasta que consigue recuperar el aliento y el equilibrio.

Cuando parece que su cabeza ya no le da vueltas, levanta la vista y observa todo lo que le rodea.

Sonríe.

Satisfecho.

Mira a su agente y este también le sonríe.

—Pues… sí… —dice ahogadamente—. Pues… tenías razón…

Por fin certifican que han llegado al lugar adecuado, no hace falta que les expliquen nada. Acaban de averiguar que las cosas que nadie cree que existen al final sí que existen.

Mientras el director continúa recuperándose, su representante se acerca a uno de los grandes ventanales y, desde allí, observa parte de la ciudad: edificios convertidos en chimeneas, coches abandonados por todos lados, agujeros en el asfalto, en las paredes, en los futuros…

El director, al mirar todo su alrededor, se queda observando a la influencer y a su compañera; se da cuenta de que están agarradas, temblando.

—No tengáis miedo, no va a pasaros nada —les dice.

* * *

El último en entrar es el único de los turistas que ya sabía con certeza lo que se iba a encontrar, por eso no se sorprende al ver todo lo que le rodea.

Cierra los ojos por unos instantes. Al abrirlos mira a los dos hermanos.

Estos le devuelven una ligera sonrisa, como quien piensa que sabe algo pero en realidad no sabe nada.

Después, lentamente, al localizar a la influencer y a su asistenta se acerca a ellas.

—Te pregunté si sabías adónde habías venido, ¿lo recuerdas?

La chica, asustada, asiente.

Sin decirle nada más, el diplomático se dirige hacia el director.

Mirada contra mirada.

—Era esto lo que estabas buscando desde el principio, ¿verdad? —le pregunta.

—Sí, esto era —contesta el director.

—Bueno, pues ya lo has encontrado —le dice con una sonrisa—. Ahora falta saber si te atreverás a contarlo.

Se genera un silencio tenso en la sala, casi violento.

Nadie dice nada porque casi nadie sabe lo que están haciendo realmente allí.

Tras unos instantes en los que el único sonido es el de alguna explosión lejana, el diplomático comienza a caminar hacia una de las ventanas.

Se asoma.

Parece satisfecho.

Se va hacia una de las esquinas de la sala, saca un pequeño sobre de su bolsillo, lo abre y se lo lleva a la nariz.

Vuelve.

* * *

Ahora

Se abre la puerta de la pastelería.
Son ellos.
Me tiembla el pulso, la mirada y la conciencia.

Primero sale la niña y detrás, pero demasiado cerca de ella, el hombre.

Sé que a partir de ahora tengo aproximadamente unos treinta segundos antes de que se suban al coche que los espera en la esquina.

Caminan juntos, demasiado.
Pero tengo que disparar,
tengo que disparar,
tengo que disparar…

Tiembla también el arma mientras los últimos recuerdos llegan a una mente —la mía— que ya no sabe distinguir entre dolor y odio.

Vuelvo a ver en mi mente todo lo que vivimos aquel día.

Caminábamos los tres juntos, yo llevando a mi niña en brazos y mi mujer uno o dos metros por detrás. Nos arrastrábamos por las paredes, como extraños en nuestra propia ciudad, como gusanos que, a pesar de vivir bajo tierra, no quieren morir.

Cada vez que girábamos una esquina se nos saltaba el corazón, cada vez que veíamos a alguien nos arrepentíamos de haber salido, pero no podíamos detenernos, teníamos que llegar al hospital: a nuestra niña cada vez le costaba más respirar, ya apenas era capaz de retener una chispa de oxígeno en cada inspiración. Se le escapaba la vida como a un globo se le escapa el aire.

Exhaustos tras recorrer varias calles, nos refugiamos en una esquina.

Desde allí ya éramos capaces de distinguir el edificio del hospital, solo unas cuantas calles más…

Fue al cruzar de una acera a otra cuando escuché cómo mi mujer, que iba unos metros por detrás, caía al suelo.

* * *

Todos los presentes comienzan a encajar las piezas de un puzle demasiado macabro.

Hasta ahora no todos ellos se han dado cuenta de que junto a uno de los ventanales hay una silla, y que junto a esa silla hay un arma apuntando hacia la ciudad.

Nadie dice nada porque no sabrían qué decir.

—Usted primero —le indica el guía al diplomático.

El hombre comienza a caminar hacia el ventanal y, a la vez que se asoma para observar todo lo que le rodea, se limpia la nariz de forma disimulada: aún le quedan restos blancos.

Se coloca lentamente en una silla que se parece mucho a la que utilizan los adolescentes para los videojuegos.

Una vez regulada la altura y el respaldo, como el funcionario que va a iniciar su jornada de trabajo, coge el rifle que tiene frente a él.

—Este modelo es de mis preferidos.

Tras realizar varias comprobaciones visuales del arma, se lo coloca y mira a través del visor.

Silencio.

Una bomba cae a lo lejos sobre algún vivo.

Silencio.

Todos le miran sin atreverse a abrir la boca, sin atreverse a hacer nada.

—Me gusta cazar… —comenta mientras aprieta su cuerpo contra el arma y mantiene su ojo en la mirilla.

Silencio.

—Si pudieran ver todos los trofeos que tengo en mi casa… osos, ciervos, elefantes… —continúa hablando mientras con el visor recorre los edificios que le rodean—. Por ejemplo, de las nueve subespecies de tigres que existían originalmente en el planeta, en mi museo particular tengo tres cabezas.

Silencio.

—Sí, lo admito… —y parece hablar para él mismo—, siento un placer inexplicable al abatir a uno de esos animales: al más rápido, al más cotizado, al más grande, al más único… Es el placer de disparar y acertar. Un placer que seguramente ninguno de ustedes podrá comprender.

Silencio.

—Pero ¿y cuando ya lo has conseguido todo? ¿Cuando esa emoción inicial comienza a desaparecer? ¿Cuando el placer por disparar contra animales se va perdiendo? Entonces ¿qué? —pregunta al aire.

Silencio.

El hombre dirige su arma hacia una de las calles de enfrente: hacia otro hombre que camina cojeando, con una bolsa roja que

destaca en el entorno gris que le rodea.

Se centra en él.

* * *

Un hombre dispara desde la ventana de un edificio en ruinas en medio de una guerra. Allí donde nadie pregunta, allí donde nadie investiga.

Y una bala comienza a atravesar el cielo.

Una bala que va dejando una estela de muerte conforme avanza hacia otro hombre que, confuso, se detiene porque parece haber escuchado un sonido cercano.

Ignora, de momento, que es el sonido de su propia muerte.

Es en el interior de ese pensamiento cuando siente una picadura en el pecho.

Aún le da tiempo a dirigir la mirada hacia sí mismo, a mover su mano hacia la herida y a ser consciente de que está dejando de serlo.

El hombre cae al suelo y, junto a él, una bolsa roja con varias cajas de galletas en su interior.

* * *

—¡A la primera! —se felicita mientras sus manos tiemblan, mientras su cuerpo tiembla, mientras toda su mente tiembla de placer.

Y cierra los ojos.

Y se abraza al arma.

La influencer se lleva las manos a los ojos, como si eso bastara para borrar lo que ha visto, como los niños que para no ser vistos se tapan su propia mirada.

Su asistenta está en shock, su mente no puede comprender lo que acaba de ver. Con lágrimas en los ojos, la abraza.

El director y su representante simplemente miran, no tienen nada que decir. Están donde querían estar, pero tienen claro que están allí como testigos, porque quieren contarlo, pero no participar.

Es el hermano pequeño el que, al ver que la silla es muy parecida a la que tiene en su sala privada, habla.

—Es como en un videojuego —dice desde ese mundo alternativo que ahora mismo se está creando en su propia cabeza.

—¿Como un videojuego? ¡Esto es mucho mejor que un videojuego! ¡Esto es la vida misma! Por muchas gafas 3D que tengas en casa, por mucha tecnología de que dispongas… nunca podrás sentir algo así, nunca —le dice el diplomático, excitado.

»¿Has disparado alguna vez uno de estos?

—Sí, claro, claro, conozco bien el modelo. En mis videojuegos de guerra he matado a muchos enemigos con este tipo de fusil.

—¡Videojuegos, videojuegos! —grita un diplomático que cada vez está más nervioso, eufórico—. En un videojuego no se siente el retranqueo al disparar, no escuchas el ruido de la bala en tu sien, no hueles la muerte… Tienes que probarlo.

Silencio de nuevo.

—¡Claro! —responde el hermano menor, que comienza a temblar, como lo hace cuando siente mucha ilusión por algo, como cuando se evade y deja de distinguir entre realidad y ficción.

—Pero… —intenta protestar su hermano mayor.

—¡Déjale probar!, ¿no era este su regalo de cumpleaños? ¿Cuánto habéis pagado por esto? —insiste el diplomático.

Y el hermano menor, sin pedir permiso, porque piensa que no lo necesita, porque ya está harto de ser la sombra, de estar siempre por debajo, se dirige hacia la silla.

Y es justo al sentarse cuando su mente le hace creer que en realidad no está en medio de una guerra, sino en su propia habitación de juegos, en el único lugar donde él realmente manda.

Allí él es quien decide.

—Mira, prueba a disparar a aquel coche —le dice el diplomático mirándolo con unas pupilas demasiado dilatadas.

El hermano menor coge el arma, y lo hace bien. Nadie dice nada.

Y dispara.

La bala impacta a unos tres metros a la derecha del vehículo, contra la pared de una casa.

—Bueno, es la primera vez, no pasa nada —le anima el diplomático—. Prueba de nuevo.

Dispara.

Y esta vez sí, la bala impacta contra el cristal del coche. El guía se acerca a ellos con cara de preocupación.

* * *

Ahora

Mientras mi arma apunta, vuelvo a pensar en todas las posibilidades que tengo.

La primera sería no disparar y dejar que sus futuros continúen deslizándose a través del azar, desaparecer de sus vidas. Asumir que nada de lo que haga podrá cambiar lo que ocurrió.

Asumir también que el dolor nunca, nunca, desaparecerá, que a veces vendrá y otras veces se irá… pero que nunca podré deshacerme de él porque, con solo recordarla, ese dolor volverá.

Podría imaginar que nunca ocurrió nada, que nunca la perdí, que nunca me la quitaron… pero a la mente no se le puede engañar siempre, al final la verdad vuelve.

La segunda opción sería disparar al hombre.

Un disparo certero en la cabeza, por la espalda, sobre un objetivo inmóvil, a muy pocos metros de distancia, fácil, pero con cuidado para no darle a ella. Lo que aún no sé es si eso resolvería algo, si esa bala compensaría suficiente lo ocurrido para poder equilibrar la situación. Porque ninguna bala ha podido jamás cambiar el pasado.

La tercera sería, sin duda, la opción más cruel: disparar únicamente a la niña… y dejar al hombre vivo, observando cómo la vida de la pequeña se deshace frente a él; observando cómo todos los momentos que iban a vivir juntos desaparecen en un instante; observando el dolor en su estado más puro, más atroz.

Hay, también, una cuarta opción: esa pequeña pistola que llevo escondida en mi bolsillo trasero desde hace un año. Esa que he estado a punto de utilizar en muchos momentos, cuando el dolor lo ocupaba todo, cuando no veía salida, cuando era consciente de que ella no estaba a mi lado.

Una cuarta opción que a veces pienso que merezco, porque yo también fui culpable.

Sigo recordando mientras mi arma apunta…

Fue justo al cruzar de una acera a otra cuando escuché cómo mi mujer, que iba unos metros por detrás, caía al suelo.

Me asusté en un principio, pero me di cuenta de que solo se había tropezado. Al final es lo que tiene el hambre, que debilita demasiado el cuerpo.

Dejé un momento a mi niña en el suelo para ir hacia ella y así ayudarla a levantarse.

Fueron solo unos segundos.

Pero hay que tener cuidado con los segundos, porque no se necesita mucho más para que todo cambie, para que cambie todo.

* * *

—¡Nos tenemos que ir! —ordena el guía—, estamos llamando demasiado la atención.

—¡Un momento, un momento! —grita el diplomático, que parece fuera de sí.

El guía mira a los hombres armados y estos le responden levantando dos dedos.

—Dos minutos —le dicen al diplomático—. Tienes dos minutos, nada más. De lo contrario, los que te empezaremos a disparar seremos nosotros.

—Perfecto, me sobra, nos sobra —dice con una respiración entrecortada.

»¡Mira ahí! ¡Abajo, justo ahí abajo! —le dice al hermano menor.

—¿Dónde? ¿Dónde? —responde también excitado.

—Ahí, justo ahí abajo, frente a ti.

Y este observa a una familia que camina más o menos junta: el primero al que ve es un hombre que lleva a una niña en brazos, unos metros más atrás distingue a una mujer a la que parece que le cuesta seguir el ritmo.

Enfoca a los tres con la mirilla y, de pronto, observa cómo la mujer tropieza y cae sobre la acera.

El hombre que va delante con la niña, al escuchar el ruido, se gira y la ve.

Se detiene, deja a la niña en el suelo, apoyada en la pared, y corre a ayudarla.

—¡Ahora! ¡Al hombre! ¡Ahora! ¡Ahora! —le ordena el diplomático.

Y el hermano menor, que se imagina en su habitación de juegos, con sus gafas virtuales, siendo un avatar de sí mismo, comienza a apretar el gatillo apuntando a un hombre que en su imaginación es el enemigo.

El hermano mayor va corriendo hacia él para intentar evitar que su dedo acabe destruyendo una vida…

Pero cuando llega hasta el ventanal la bala ya ha salido.

Y el hermano mayor, con el corazón fuera del pecho, se queda allí, asomado en la ventana, con la intención de atrapar una bala que, como el globo que se escapa hacia el cielo, ya nunca volverá.

Reza para que esa bala no mate a nadie, para que impacte en el suelo, en un coche o en cualquier otro sitio… pero que no acabe en un cuerpo.

Observa al hombre que está abajo, en la calle.

Y el hombre, de pronto, al escuchar un ruido, se gira hacia él. Se miran.

Sus ojos coinciden durante una eternidad.

Y hay imágenes que jamás desaparecen de la mente.

Uno ve a un hombre de estatura media, de pelo negro, figura triste… con más huesos que carne y con más necesidad que esperanza.

El otro, desde la calle, observa la parte superior de un edificio y ve a un hombre rubio, delgado, con gafas de sol, que le mira fijamente.

La bala continúa su camino.

* * *

Ahora

Tengo a los dos en la mirilla: hombre y niña.

Solo tengo que desplazar la diana para acabar con una de las dos vidas. Solo tengo que desplazar unos milímetros mi dedo índice para que el gatillo haga su trabajo y ese hombre escuche el mismo ruido que escuché yo hace un año.

Hace un año

Escuché un ruido.

Instintivamente miré hacia arriba, hacia la ventana de un edificio cercano. Y lo vi allí: un hombre rubio, delgado, con gafas de sol…

Él, a pesar de esconderse tras sus gafas, también me miraba. Nunca podré olvidar su cara.

Al instante miré a mi mujer y suspiré aliviado al ver que ella, aparentemente, no tenía nada, solo se había tropezado. Fue al mirar a mi izquierda, hacia la pared donde había dejado apoyada a mi niña, cuando la vi en el suelo sobre un pequeño charco de sangre.

Me tiré sobre ella, queriendo retrasar el tiempo y que el impacto me diera primero a mí.

Abracé un pequeño cuerpo de apenas quince kilos, un cuerpo inerte, que ya no era vida, que ya no era ella, que ya solo era muerte.

Abracé un cuerpo del que no pude ni siquiera despedirme. Un cuerpo al que no pude preguntarle si había sido feliz, dónde quería ir de viaje el próximo verano o qué le hubiera gustado ser de mayor…

Allí, conmigo, estaban sus manos, estaban sus piernas, estaba su pequeña cabeza que ya no miraba, su pequeño corazón que ya no

fabricaba vida… Allí, en mis brazos, estaba la niña que ya no cumpliría más años.

Quiero pensar que cuando la apreté junto a mí aún pudo escuchar mis palabras…

Aquel día no solo murió nuestra hija: aquella bala nos mató a los tres.

* * *

Y a partir de entonces, cada día se convirtió en una mentira: mi mujer se quedó viviendo en el pasado, ahí donde se sentía feliz, allí donde su niña continuaba viva; y yo opté por almacenar tanto odio como dolor, por eso decidí cambiar el futuro de quien nos había matado.

Sé que ahora mismo no es el dolor, sino el odio, quien controla mi mente cuando con la mirilla apunto a la niña, a su niña, porque quiero que ese hombre sienta lo mismo que sentí yo, lo mismo que sigo sintiendo yo. Por eso no creo que sea suficiente con el dolor físico de una bala; debe sentir el otro, el que se te queda dentro, para siempre, el que te hace preguntarte cada día si podrías haber hecho algo distinto para evitar lo que ocurrió.

Un dolor como el de romper de huesos, como el de mantener la piel en el fuego, como el de un cristal recorriendo los pensamientos…

Y después, al lado del odio, está también la conciencia, la que me obliga a desviar la diana hacia el hombre y apartarme de la niña.

Apunto al hombre.
Apunto a la niña.
Apunto al hombre.
Apunto a la niña.

La diana se mueve de lado a lado apenas unos milímetros, lo suficiente para decidir una muerte.

Y dudo.

Y pienso en ella.

Y miro mi pulsera.
Papá.

Y disparo.
Y una bala impacta contra un cuerpo.

Y vuelvo a disparar.

* * *

Y, de los tres cuerpos,
dos caen al suelo, sin vida.

Que el lector decida.

La guerra es una masacre entre personas que no se conocen, para provecho de personas que sí se conocen pero que no se masacran.

PAUL VALÉRY

Gracias.

Esta es una de mis palabras preferidas, gracias.
Gracias por estar ahí libro tras libro.

Gracias por todos los mensajes y muestras de cariño que me hacéis llegar tanto por redes como presencialmente en las firmas.

Siempre intento elegir en cada uno de mis libros un tema diferente, de esos que nos pueden hacer reflexionar.

Espero haberlo conseguido también en esta ocasión.

Os animo, como siempre, a escribirme para contarme qué os ha parecido esta pequeña historia.

eloymo@gmail.com

Gracias.

¿Por qué mis libros no tienen texto de contra?

Porque pienso que es mucho más bonito adentrarte en una historia sin saber qué te vas a encontrar.

Por eso te pido que, si recomiendas el libro a alguien, si lo regalas, si hablas de él…
no cuentes cuál es el tema de esta novela.

Deja que el nuevo lector disfrute de ese momento mágico en el que te das cuenta de lo que estás leyendo.

Gracias.

Eloy Moreno (Castellón) se lanzó en 2010 a la aventura de autopublicar su primera novela, *El bolígrafo de gel verde*, que ha vendido más de 250.000 ejemplares. Su segunda obra, *Lo que encontré bajo el sofá* (2013), volvió a conectar con miles de lectores. En 2015 publicó *El regalo*, que recibió un gran reconocimiento tanto en ventas como de la crítica. Su siguiente obra, Invisible (2018), es un best seller traducido a más de 15 idiomas y que cuenta con su propia adaptación audiovisual en Disney+. Sus siguientes novelas, Tierra (2020), Diferente (2021) y Cuando era divertido (2022), fueron un éxito rotundo entre los lectores. En 2024 publicó Redes, una nueva historia ambientada en el mismo mundo que Invisible y que se ha mantenido entre los más vendidos del país desde su publicación. Su colección «Cuentos para entender el mundo» va dirigida tanto a adultos como a niños y se lee en centenares de centros educativos. Su último proyecto es una serie de cuentos ilustrados para el público infantil: Juntos, Lo quiero todo, Invisible y Las reglas del ratoncito Pérez.

Con más de 4.000.000 de lectores y una obra literaria publicada en más de treinta países, Eloy Moreno es uno de los escritores más leídos por su gran capacidad de abordar temas universales con una sensibilidad única y siempre desde puntos de vista sorprendentes.



Primera edición: noviembre de 2026

© 2026, Eloy Moreno
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: composición fotográfica de Pep Montoya

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8539-9

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

1. El viaje
2. Banda sonora
3. Ahora
4. El viaje
    1. Un mes antes
    2. Un año antes
    3. Un año antes
    4. Un año antes
    5. Un año antes
    6. Ahora
    7. Un año antes
    8. Un año antes
    9. Un año antes
    10. Un año antes
    11. Un mes antes
    12. Un mes antes
    13. Un año antes
    14. Un año antes
    15. Un año antes
    16. Un año antes
    17. Un mes antes
5. Comienza el viaje
    1. Un año antes
    2. Tras casi un minuto…
    3. Un año antes
    4. Ahora
    5. Un año antes
    6. Un año antes
    7. Pasan las horas y los kilómetros…
    8. Un mes antes
    9. Un mes antes
6. La última frontera

1. Un año antes
2. Un mes antes
3. Un mes antes
4. Un año antes
5. Un año antes
6. Ahora

7. El edificio de madera en el bosque
    1. Un año antes
    2. Un mes antes
8. La cena
    1. Ahora
    2. Un año antes
    3. Un mes antes
    4. Mientras cientos de billetes arden en una chimenea…
    5. Un año antes
    6. Un año antes
    7. Ahora
    8. Un año antes
9. La primera excursión
    1. Un año antes
    2. Ahora
    3. Un mes antes
    4. A los pocos minutos…
    5. Ahora
10. La segunda cena
    1. En el interior de la habitación con la puerta verde…
    2. Un mes antes
    3. Un mes antes
11. Después de la actividad espacial
    1. Varias horas después de la actividad especial
    2. Varias horas después de la actividad especial
    3. Ahora
    4. Varias horas después de la actividad especial
    5. Varias horas después de la actividad especial
    6. Ya en la terminal, una vez pasado el control de pasaportes y seguridad…
    7. Un mes antes

8. Varias horas después de la actividad especial
9. Unos días después de la actividad especial
10. Un mes antes
11. Unos días después de la actividad especial
12. Unos días después de la actividad especial
13. Unos días después de la actividad especial
14. Unos días después de la actividad especial
15. Un mes antes
16. Ahora
17. Unos días después de la actividad especial
18. Unos días después de la actividad especial
19. Unos días después de la actividad especial
20. Unos días después de la actividad especial
21. Un mes antes
22. Una semana después de la actividad especial
23. Ya por la tarde, en la suite de un hotel de lujo…
24. Una semana después de la actividad especial
25. Una semana después de la actividad especial
26. Un mes antes

12. La actividad especial
    1. Unos asientos más atrás…
    2. Ahora
    3. Ahora
    4. Ahora
    5. Sigo recordando mientras mi arma apunta…
    6. Ahora
    7. Hace un año
13. Sobre Eloy Moreno
14. Créditos